

SAN JERÓNIMO

COMENTARIO A ZACA-
RÍAS

Commentariorum in Zachariam

SABBATISMUS

San Jerónimo (347–420)
Commentariorum in Zachariam · Comentario a Zacarías

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego
(Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan
Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

DOS LIBROS DE COMENTARIOS SOBRE EL
 PROFETA ZACARÍAS DE SAN EUSEBIO JERÓ-
 NIMO, PRESBITERO DE ESTRIDÓN, DIRIGI-
 DOS A EXUPERIO, OBISPO DE TOLOSA.

Prólogo.

Ya a finales de este otoño, nuestro hermano, tu hijo, el monje Sisinio, me entregó una carta de tu dignidad. Leída esta, me alegré de que estés bien y te acuerdes de mí y de todos los hermanos que sirven al Señor en los lugares santos, en cuyo refrigerio te haces amigos con el mamón de la iniquidad y preparas tabernáculos eternos, para que puedas decir con David: "¡Cuán amables son tus moradas, oh Señor de los ejércitos! Mi alma anhela y aun desfallece por los atrios del Señor" (Sal 83:1). Pues si "el gorrión encuentra una casa, y la tórtola un nido donde poner sus polluelos" (Ibíd.), ¿por qué tú, que eres pontífice del Señor y pisas los lagares en el fin del mundo para dar a los pueblos sedientos el vino de la sangre de Cristo, no proclamarás y dirás libremente: "Mi corazón y mi carne se regocijan en el Dios vivo: bienaventurados los que habitan en tu casa" (Sal 83:3)?

Oigo que tú, en el valle de lágrimas, en el lugar que Dios ha dispuesto para el combate a fin de dar la corona a los vencedores, dispones ascensiones en tu corazón, y vas de virtud en virtud, e imitas la pobreza del Señor, para que con Él te hagas rico, y en ti recline su cabeza, y cada día sea acogido, visitado, alimentado, vestido, y que ardes especialmente en la lectura de las Sagradas Escrituras.

Y como deseaba ofrecerte algún pequeño obsequio de mi modesto ingenio, y la explicación de los doce profetas que había comenzado llegaba a su fin, no quise abandonar la obra emprendida; sino que lo que iba a dictar incluso sin ti, lo he consagrado especialmente a tu nombre; y me alegro de que el oscurísimo libro del profeta Zacarías, el más largo de los doce, deba ser tratado en un tiempo en que, por la prisa de aquel que ha de volver, la interpretación no admite demora: sino que, quiera o no, me veo obligado a dictar lo que he de enviarte, al menos durante las provechosas y furtivas horas de la noche.

Orígenes escribió dos volúmenes sobre este profeta, hasta la tercera parte del libro desde el principio. Hipólito también publicó Comentarios, y Dídimo también, a petición mía, dictó libros de Explicaciones, los cuales, junto con otros tres sobre Oseas, también me los dedicó (προσεφώνησεν). Pero toda su exégesis (ἐξήγησις) fue alegórica, y apenas tocaron unos pocos puntos de la historia.

Así pues, deseando imitar a aquel padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mt. 13:52), y a la esposa del Cantar de los Cantares, que dice: "Nuevas y viejas, primo mío, he guardado para ti" (Cant. 7:13), he mezclado la tropología de los nuestros con la historia de los hebreos, para edificar sobre roca y no sobre arena (Mt. 7), y poner un cimiento estable, que el arquitecto Pablo escribe haber puesto (1 Cor. 3).

Será propio de tu benevolencia acoger no nuestra erudición, que es nula o escasa, sino

nuestra pronta voluntad hacia ti, para que nos provoques a otras cosas y nos animes a correr en el largo campo de las Escrituras.

Pero si hay algunos a quienes antes prometí la interpretación de estos y otros volúmenes, que perdonen mi increíble amor por ti, y consideren que todo lo que te he escrito a ti, está escrito para ellos. Pues "la caridad es benigna, la caridad no tiene envidia, no busca lo suyo."

Pero ya es tiempo de que, exponiendo las palabras de Zacarías, despleguemos las velas de la interpretación al Espíritu Santo.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I. Versículo 1. En el mes octavo, en el segundo año de Darío, vino la palabra del Señor a Zacarías, hijo de Berequías, hijo (Vulgata: del hijo) de Idó, el profeta, diciendo. LXX: En el mes octavo del segundo año bajo Darío, vino la palabra del Señor a Zacarías de Berequías, hijo de Idó el profeta, diciendo. En el segundo año de Darío, hijo de Histaspes, el mismo Zacarías es testigo de que se había cumplido el septuagésimo año de la desolación del templo, que fue predicho por Jeremías (Capítulos 25 y 29), diciendo: "Oh Señor de los ejércitos, ¿hasta cuándo no te compadecerás de Jerusalén y de las ciudades de Judá, con las cuales has estado airado?" "He aquí, este es el año septuagésimo" (Zac. 1:12): y no hay duda de que Ciro, rey de los persas, que destruyó el imperio de los caldeos, en el primer año de su reinado envió de vuelta desde Babilonia a Judea a unos cincuenta mil cautivos; también devolvió los vasos que Nabucodonosor se había llevado, y ordenó que se reedificara el templo en Jerusalén, y constituyó como príncipes del pueblo que regresó a Zorobabel, hijo de Salatiel, y a Jesús, hijo de Josadac, el sumo sacerdote. Por lo tanto, después de que Ciro, que había reinado treinta años en Persia, fuera asesinado entre los masagetas por Tomiris, reina de los masagetas, su hijo Cambises le sucedió en

el reino; y cuando este completó ocho años, tuvo como sucesores a dos hermanos magos: habiendo sido estos asesinados por el pueblo, Darío, hijo de Histaspes, fue constituido rey de los persas por decisión de las siete familias. En el segundo año de su reinado, vino la palabra del Señor al profeta Ageo y a Zacarías, hijo de Berequías, hijo de Idó. Ya hemos hablado sobre Ageo; pocas cosas hay que decir sobre el título de Zacarías. Siendo él hijo de Berequías, se pregunta por qué se le llama hijo de Idó. Y no se duda, según el libro de las Crónicas, que él mismo sea Idó, quien fue enviado a Jeroboam, hijo de Nabat (II Crón. 12), bajo cuyo reinado el altar fue derribado, y la mano del rey se secó, y fue restaurada de nuevo por sus plegarias (I Reyes 13): Por lo tanto, desde el primer año del rey Ciro hasta el segundo año de Darío, hijo de Histaspes, se cuentan cuarenta años, en los cuales solo se había construido el altar y se habían echado los cimientos del templo, mientras las naciones vecinas de alrededor prohibían la obra, y Cambises, rey de los persas, que había enviado cartas sobre este asunto a los príncipes de Celesiria, Fenicia y Samaria. Sobre lo cual Esdras escribe la historia más detalladamente. Pero Ageo comenzó a profetizar en el sexto mes, en el primer día del mismo mes. Zacarías, en cambio, profetizó en el mismo año, pero no en el mismo mes: pues después de dos meses, en el octavo mes del año, derramó su vaticinio. De donde, según el orden de los doce profetas, aquel es colocado correctamente en décimo lugar, y este en undécimo. Y es de gran confianza, más aún, de esperanza y

fe en el Señor, que lo que por tanto tiempo fue omitido, ya sea por prohibición del rey o de las gentes, comiencen a hacerlo por la amonestación de dos hombres. Hemos antepuesto estas cosas según la historia, a nuestra manera acostumbrada. Ahora debemos disertar brevemente según el sentido anagógico (*anagogen*). El octavo mes entre los hebreos, que ellos llaman Marjesván, los egipcios Atir y nosotros llamamos Noviembre, es el comienzo del invierno: en el cual, consumido el calor del verano, toda la tierra se desnuda de su verdor, y los cuerpos de los mortales se contraen, y no hay ninguna solemnidad según la ley. Pues está escrito que tres veces al año todo varón debe presentarse ante el Señor nuestro Dios (Éxodo 34). La primera festividad es la de los Ázimos, Fase, que entre nosotros se llama Pascua en lengua griega y latina. La segunda es Pentecostés, después de siete semanas, en la que se ofrecen los panes de la proposición de los primeros frutos nuevos. La tercera, en el séptimo mes, es la de las trompetas de la propiciación y de los tabernáculos, es decir, *skenopegia*, cuyo último día se llama de la salida y el término. Por lo tanto, el pueblo, estando en cautiverio, y todavía bajo el rey de los persas, sin haberse edificado aún el templo, ni construido las murallas y los muros de la ciudad, no ve la profecía en tiempo de alegría, sino después de la alegría. Y sin embargo, el que tenía la memoria del Señor, y por la memoria, la bendición, y por la bendición, el testimonio: por esta razón Zacarías, hijo de Berequías, hijo de Idó, es enviado a él. Zacarías se interpreta como

"memoria del Señor"; Berequías, "bendición del Señor"; Idó, "su testimonio". Veamos, por tanto, qué ha dicho al pueblo en el profeta Zacarías el Verbo del Señor, que estaba en el principio con Dios Padre.

(Versículos 2, 3) El Señor se airó contra vuestros padres con indignación, y les dirás: Así dice el Señor de los ejércitos: Convertíos a mí, dice el Señor de los ejércitos, y yo me convertiré a vosotros, dice el Señor de los ejércitos. No seáis como vuestros padres, a quienes los profetas anteriores clamaban, diciendo. LXX: El Señor se airó contra vuestros padres con gran ira, y les dirás: Así dice el Señor omnipotente: Convertíos a mí, dice el Señor de las virtudes, y yo me convertiré a vosotros, dice el Señor de las virtudes: y no os hagáis como vuestros padres, a quienes los profetas que fueron antes reprendieron, diciendo. La ira del Señor no significa una perturbación en Aquel que se aíra, sino los méritos y pecados de aquellos sobre quienes se desata la ira de Dios; de lo contrario, el Señor nunca castiga airado, sino que corrige con este fin, para enmendar. De ahí que también el profeta ruegue en los Salmos: Señor, no me arguyas en tu furor, ni me corrijas en tu ira (Salmo 6:1). Y en otro lugar leemos: Corrígenos, Señor, pero no en tu furor, sino en tu misericordia (Jeremías 10:24). Por tanto, el Señor se airó contra los padres de aquellos que ahora son corregidos, no con gran ira según los intérpretes de los Setenta, sino simplemente con ira. Pues si se hubiera airado con gran ira, nunca habría llamado a los cautivos a la penitencia por medio

de Daniel y Ezequiel. Y mientras está airado con ellos, os habla el Señor de los ejércitos, en lugar de lo cual en hebreo se pone SABAOTH, que los Setenta tradujeron a veces como omnipotente y a veces como de las virtudes. Y habla: Convertíos a mí, y yo me convertiré a vosotros, según aquello que leemos: Acercaos al Señor, y Él se acercará a vosotros. A lo cual esto es lo contrario: Os apartasteis de mí, y yo me aparté de vosotros. Además, les manda que vuelvan al Señor aquellos que han vuelto de Babilonia, para que también el Señor vuelva a ellos, no sea que los hijos comiencen a sufrir lo que en otro tiempo sufrieron los padres, a quienes de modo similar hablaron los profetas de aquel tiempo. Es de notar que en pocos versículos y breves sentencias, en Ageo y Zacarías, siempre se añade dice el Señor de los ejércitos, para que sepan que es el Señor quien manda contra el decreto del rey y los enemigos que rugen alrededor; y con esta confianza se animen a la edificación del templo.

(Versículo 4) Así dice el Señor de los ejércitos: Apartaos de vuestros malos caminos y de vuestros pésimos pensamientos; y no oyeron ni me prestaron atención, dice el Señor. LXX: Así dice el Señor omnipotente: Apartaos de vuestros pésimos caminos y de vuestras malas invenciones; y no prestaron atención para oírme, dice el Señor. La sentencia depende de lo anterior, y lo que sigue debe ajustarse a lo precedente. Pues Zacarías no habla al pueblo, sino que muestra lo que los profetas anteriores dijeron a sus padres, a lo cual clamaron, diciendo: Así dice el Señor de los

ejércitos: Apartaos de vuestros malos caminos y de vuestros pésimos pensamientos. Esto clamaba Isaías, esto Oseas, Joel, Amós y Jeremías, que abandonaran los malos caminos y dejaran los pésimos pensamientos, con los cuales pecaban tanto de obra como de mente; y sin embargo, no oyeron al Señor que los amonestaba por medio de los profetas, ni prestaron atención, no a los profetas que les hablaban, sino a mí, dice el Señor: pues en ellos era yo quien hablaba y era despreciado. De ahí que también el Señor dice en el Evangelio: Quien a vosotros recibe, a mí me recibe (Mateo 10:40).

(Versículos 5, 6.) "¿Vuestros padres, dónde están? ¿Y los profetas, vivirán para siempre? Sin embargo, mis palabras y mis decretos, que mandé a mis siervos los profetas, ¿no alcanzaron a vuestros padres? Y se convirtieron y dijeron: Según pensó el Señor de los ejércitos hacernos [Al. con nosotros] conforme a nuestros caminos y conforme a nuestras invenciones, así lo hizo con nosotros."

LXX: "¿Vuestros padres, dónde están? ¿Y los profetas, vivirán para siempre? Sin embargo, recibí mis palabras y mis decretos, que yo mando en mi espíritu a mis siervos los profetas, que alcanzaron a vuestros padres: y respondieron y dijeron: Según estuvo preparado el Señor omnipotente para hacernos conforme a nuestros caminos, y conforme a nuestras invenciones, así lo hizo con nosotros."

¿Dónde están, dice, vuestros padres, que no oyeron ni me prestaron atención? ¿Dónde están

vuestros profetas? Pues debe entenderse *apo koinou*: ¿dónde están vuestros padres, y dónde están vuestros profetas? Es decir, los falsos profetas: pues nunca diría de los santos profetas: "¿vivirán para siempre?" Y así, tanto aquellos que pecaron y no quisieron volver a mí, como aquellos que pecaron con falsas promesas y engañaron, habiendo sido retirados por la muerte, mis palabras, que hablé por medio de mis profetas, permanecen para siempre; ellas alcanzaron a vuestros padres y mostraron que era verdad lo que dije. Los cuales padres vuestros, comprobando en sí mismos las profecías de mis profetas por el desenlace de los hechos, se convirtieron al arrepentimiento y dijeron: Como predijo el Señor de los ejércitos que nos haría, según nuestras obras y pecados nos ha retribuido. Leamos a Daniel confesando al Señor en su nombre y en el del pueblo, que no quisieron oírle, y que justamente les sucedió todo cuanto padecieron (Dan. 3).

(Versículo 7.) "En el día veinticuatro del undécimo mes Shebat: en el segundo año de Darío, fue hecha palabra del Señor a Zacarías, hijo de Berequías, hijo de [Vulg. hijos de] Iddo, el profeta, diciendo."

LXX: "A los veinticuatro, en el undécimo mes, que es el mes de Shebat: en el segundo año bajo Darío, fue hecho el sermón del Señor a Zacarías hijo de Berequías, hijo de Iddo el profeta, diciendo."

Algunos ponen el duodécimo mes en lugar del undécimo; e interpretando el día veinticuatro del mismo mes por razones aritméticas, sospe-

chan un número cuadrangular, firme y estable, queriendo que sean ciertas y estables las cosas que se escriben; pero nosotros digamos que en el mismo segundo año del rey Darío, en el tercer mes después de la primera visión, es decir, el undécimo después del octavo, que entre los hebreos se llama SHEBAT, de nuevo fue hecho el sermón del Señor a Zacarías. Hemos enseñado a menudo que el segundo número es inmundo, y pertenece a la conjunción de la carne, y de las cosas del mundo, y a la materia. Pero el undécimo mes que se llama SHEBAT, y en nuestra lengua se traduce por "vara" (*virga*), suena a austeridad y corrección, según aquello del Apóstol: "¿Qué queréis? ¿Iré a vosotros con vara (*in virga*)?" (1 Cor. 4:21). Y del Salmista que dice: "Tu vara y tu cayado, ellos me consolaron" (Salmo 22:5). Y es en el tiempo más crudo del invierno, que por los egipcios se llama Mechir, por los macedonios *Peritios*, por los romanos febrero. El día veinticuatro del mes significa también la ilustre sombra de la noche, fallando la luna en las tinieblas, y creciendo el ciego y perpetuo horror de la noche. De donde congruentemente aquellos que todavía estaban en la cautividad, y en su mayor parte estaban desterrados entre los medos y caldeos, y asirios, en el segundo año y en el gravísimo frío del undécimo mes, y en el día veinticuatro del mismo mes, ven para el pueblo judío lo que sigue.

(Versículos 8 sigs.) "Vi de noche, y he aquí un hombre que cabalgaba sobre un caballo alazán, y él estaba entre los mirtos que estaban en la profundidad; y detrás de él había caballos alazanes,

variados y blancos. Entonces dije: ¿Qué son estos, señor mío? Y el ángel que hablaba en mí me dijo: Yo te mostraré qué son estos. Y el hombre que estaba entre los mirtos respondió y dijo: Estos son los que el Señor ha enviado para que recorran la tierra. Y ellos respondieron al ángel del Señor que estaba entre los mirtos, y dijeron: Hemos recorrido la tierra, y he aquí que toda la tierra está habitada y descansa. Entonces el ángel del Señor respondió y dijo: Señor de los ejércitos, ¿hasta cuándo no tendrás piedad de Jerusalén y de las ciudades de Judá, contra las cuales has estado airado estos setenta años? Este es el septuagésimo año. Y el Señor respondió al ángel que hablaba en mí palabras buenas y palabras consoladoras."

LXX: "Vi en la noche, y he aquí un hombre que subía sobre un caballo alazán, y él estaba entre dos montes sombríos, y detrás de él caballos alazanes, y variados, y blancos, y dije: ¿Qué son estos, señor? Y me dijo el ángel que hablaba en mí: Yo te mostraré qué son estos. Y respondió el hombre que estaba entre los montes, y me dijo: Estos son los que el Señor envió para que dieran la vuelta a la tierra. Y respondieron al ángel del Señor que estaba entre los montes, y dijeron: Hemos dado la vuelta a toda la tierra, y he aquí que toda la tierra está habitada y descansa. Entonces respondió el ángel del Señor y dijo: Señor omnipotente, ¿hasta cuándo no tendrás piedad de Jerusalén y de las ciudades de Judá, contra las cuales has estado airado? Este es el septuagésimo año. Y respondió el Señor al ángel que hablaba en mí palabras buenas y sermones consoladores."

Primero discutamos la historia: "Vi", dice, "de noche": no de día, como Moisés, que veía a Dios cara a cara; e Isaías que decía: "Vi al Señor sentado sobre un trono excelso y elevado" (Is. 6, 1): antes de que el pueblo fuera llevado a la cautividad, antes de que Jerusalén fuera destruida y el templo; pero estando todavía el pueblo situado en los males de la servidumbre, lo que ve por ellos, lo discierne en las tinieblas. "Y he aquí un hombre que subía sobre un caballo alazán". Los hebreos piensan que este es el ángel Miguel, que es el vengador de las iniquidades y pecados de Israel. Y que estuviera entre los mirtos que estaban en la profundidad, quieren que por mirtos se entiendan los profetas y santos, que vivían en medio del pueblo cautivo, y estaban en la profundidad. pero al hombre, es decir, a Miguel, le seguían caballos alazanes, variados y blancos, en un orden, según piensan, cambiado. de modo que los blancos signifiquen a los medos y persas, porque bajo ellos fue despedida la cautividad e instaurado el templo. los variados, a los macedonios, de los cuales algunos fueron amigos, otros perseguidores (sobre esto habla plenamente la última visión de Daniel [Cap. 8]). los alazanes ciertamente al reino de los romanos, cruento y sanguinario, que mató al pueblo y subvirtió el templo.

Otros, sin embargo, conservando el orden que está escrito, interpretan al hombre que subió sobre el caballo alazán, y a los caballos alazanes, variados y blancos, como cuatro reinos. El primero y el segundo sanguinarios, los asirios y caldeos, de los cuales los primeros llevaron cautivas a las

diez tribus bajo Salmanasar. Los segundos a Judá y Benjamín, incendiada la ciudad de Jerusalén y subvertido el templo. Los terceros y cuartos, variados y blancos, piensan que significan a los medos y persas: de los cuales algunos fueron clementes, como Ciro, y Darío hijo de Histaspes, y Asuero, a quien los griegos llaman Artajerjes, bajo el cual se cumple la historia de Ester; otros crueles, como Cambises y los demás.

Viendo, pues, el profeta a un hombre que subía sobre un caballo alazán, y tras él caballos alazanes, variados y blancos, e ignorando lo que había visto, y deseando saber la razón de su visión, y diciendo: "¿Qué son estos, señor mío?". El ángel que hablaba en él promete que se lo dirá: y callando aquel, el hombre que estaba entre los mirtos lo menciona. Estos son los reinos a los que mandó el Señor que recorrieran la tierra y la sometieran a su potestad. Finalmente, los ángeles que presidían sobre los reinos y naciones no vienen a otro, sino al mismo hombre y ángel del Señor que estaba entre los mirtos, y dicen: "Hemos recorrido la tierra, y he aquí que toda la tierra está habitada y descansa." Y el sentido es: Todos los reinos bajo nosotros están seguros y pacificados, ni son oprimidos por angustia alguna.

A partir de esta respuesta el ángel que intercedía por Israel toma la ocasión de rogar por el pueblo, y dice al Señor: Puesto que todo el orbe está quieto y pacificado, ¿por qué, Señor, no tienes piedad de Jerusalén y de las ciudades de Judá, máxime cuando según tus promesas el tiempo de la cautividad se ha cumplido? Y respondió el

Señor al ángel que hablaba en el profeta palabras buenas, palabras consoladoras: buenas, sobre la promesa de las cosas futuras; consoladoras, sobre la necesidad de las presentes. Esto según la letra, para que no parezcamos ocultar a los nuestros lo que aprendimos de los maestros de una lengua extranjera.

Por lo demás, los maestros de las Iglesias entienden por la noche en que se discierne la visión, la oscuridad de la visión mística. Pues puso Dios las tinieblas como su escondite (Sal. 18, 12). Y según los intérpretes de los Setenta se dice de él: "El abismo como una vestidura es su ropaje" (Sal. 104, 6). El hombre que subía sobre el caballo alazán es el Señor Salvador, quien asumiendo la dispensación de nuestra carne, oye en Isaías: "¿Por qué son rojas tus vestiduras?" (Is. 63, 2). Este que ahora se muestra alazán al pueblo cautivo, en el Apocalipsis de Juan se describe sentado con vestiduras blancas y sobre un caballo blanco (Apoc. 3 y 6). Que se diga que está entre dos montes sombríos (aunque en el hebreo no se tenga "dos"), entienden que es el Nuevo y el Viejo Testamento, que se dice que está cubierto de hojas espesísimas, y de arboledas, y de bosques sombríos, porque está envuelto en muchas oscuridades. Por mirtos que estaban en la profundidad, entre los cuales se describe que está, entienden las potestades angélicas, que le ministraron incluso puesto en la carne. O ciertamente montes (para quitar lo que no está escrito, "dos") de modo absoluto y sin número, podemos entender a los muchísimos santos y apóstoles y

varones apostólicos, de quienes se recuerda que recorrieron todo el orbe como alazanes, variados y blancos. De los cuales algunos fueron coronados con el martirio y se llaman alazanes. Otros por sus obras y doctrina, y variedad de signos, son llamados variados. Otros recibieron los premios de la virginidad y de los dogmas íntegros, y del corazón puro que ve a Dios.

Finalmente el profeta interroga al mismo hombre y ángel que estaba entre los mirtos, y dice: "¿Qué son estos, señor mío?". Y el ángel que hablaba en él, a saber, el sentido profético, promete que ha de mostrar lo que se discierne. Y habiendo prometido, no respondió él mismo, sino el otro que estaba entre los mirtos, y dice: "Estos son los que el Señor ha enviado para que recorran la tierra". Pues los apóstoles fueron enviados por el Señor para que llenaran todo el orbe con la predicación evangélica, los cuales después de que cumplieron la obra, regresaron al ángel del gran consejo que estaba entre ellos, que hablaba con el Apóstol: "Buen olor de Cristo somos en los que se salvan y en los que perecen" (2 Cor. 2, 15), y entre los pueblos de ambas vocaciones. Y le dijeron: Hemos recorrido la tierra, hemos cumplido la obra que se nos encomendó, y he aquí que toda la tierra está habitada y descansa, la cual antes estaba desierta de Dios: ahora es habitación suya, descansa de las guerras, de las batallas de los vicios y de los pecados. porque ha recibido la herencia del Señor que vuelve al Padre, y que dice: "Mi paz os doy, mi paz os dejo" (Juan 14, 27).

Pero aquello que se pide con plena misericordia, que al estar próximo el año septuagésimo Dios se apiade de Jerusalén y de las ciudades de Judá, lo refieren a esta inteligencia: Que mientras viene la verdadera paz, y el sabbatismo, y se cumple el número de las siete décadas, es decir, el año septuagésimo, ni Jerusalén recibe la plena libertad, que se interpreta como visión de paz y es la Iglesia, ni las ciudades de Judá, las almas que confiesan al Señor. Finalmente el Señor promete palabras buenas, palabras consoladoras: porque ahora vemos en parte, y en parte profetizamos (1 Cor. 13, 12). Pero cuando venga lo que es perfecto, sean destruidas las cosas que son en parte: y liberados de la Babilonia de este siglo, clamemos: "Al convertir el Señor la cautividad de Sión, fuimos hechos como consolados" (Sal. 126, 1).

(Versículos 14 sigs.) "Y me dijo el ángel que hablaba en mí: Clama, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos: Celé a Jerusalén y a Sión con gran celo, y con gran ira me airo yo [Al. me airaré] sobre las naciones opulentas; porque yo me airé un poco, pero ellas ayudaron para mal. Por eso, así dice el Señor: Volveré a Jerusalén con misericordias, y mi casa será edificada en ella, dice el Señor de los ejércitos, y el plomo será extendido sobre Jerusalén."

LXX: "Y me dijo el ángel que hablaba en mí: Clama, diciendo: Así dice el Señor omnipotente: Celé a Jerusalén y a Sión con gran celo, y con gran ira me airo sobre las naciones que han atacado: por cuanto yo ciertamente me airé un poco, pero ellas atacaron para males. Por eso, así dice el

Señor: Me volveré a Jerusalén con misericordia, y mi casa será instaurada en ella, dice el Señor omnipotente; y la medida será extendida sobre Jerusalén."

Todavía estas son las "palabras buenas y palabras consoladoras" que ahora se le manda al profeta clamar: que el Señor ha celado a Jerusalén y a Sión con gran celo. Pues quien cela, muestra que ama a la que cela, de ningún modo diciendo por medio de Jeremías: "Como desprecia la mujer a su marido, así me despreció la casa de Israel" (Jer. 3, 20). A la cual por medio de Ezequiel el Señor hablaba: "Airado ya no me airaré contigo, y mi celo se retiró de ti" (Ez. 16, 42). El que, pues, celó a Jerusalén y a Sión (pues es una y la misma ciudad), ahora se aíra sobre las naciones opulentas, a las cuales arriba llamó caballos alazanes, blancos y variados: porque él mismo los entregó para ser corregidos; pero aquellas se ensañaron con los entregados; él quiso que como a un hijo lo enmendara un pedagogo; aquellas como a un enemigo intentaron matarlo y castigarlo. A lo cual es similar aquello en Isaías: "Yo los di en tus manos; pero tú no les hiciste misericordia. Sobre el anciano agravaste el yugo, y dijiste: seré señora para siempre" (Is. 47, 6). El celo, sin embargo, se toma **anthropopathos** (como sentimiento humano), al igual que la ira. Por lo cual son convencidos los herejes que detractan del Antiguo Testamento, porque Dios, cuando se aíra, no desea perder a aquellos con quienes se aíra, sino enmendarlos. Porque, dice, celé a Jerusalén y a Sión con gran celo, a las cuales los adversarios

deprimieron más de lo que yo había querido: por eso dice así el Señor: Volveré no en una misericordia, sino en muchas misericordias a Jerusalén, y mi casa, es decir, el templo, será edificado en ella bajo Zorobabel y Josué hijo de Josedec: y el plomo de los albañiles será extendido sobre Jerusalén.

Puede entenderse por la Iglesia Jerusalén y Sión, la "visión de paz" y la "atalaya," que no considera las guerras de este siglo, ni las cosas humildes y terrenas, sino la paz y la concordia, y las alturas de los cielos. A la cual, airándose el Señor por los vicios y pecados y por la caridad que se enfría diariamente (Mt. 24), la entregará a persecuciones, para que como en un crisol aparezca el oro puro y la plata. Pero los adversarios a quienes fue entregada, esforzándose por destruirla, llenan a Jerusalén con la sangre de los muertos de puerta a puerta. Por lo cual el Señor, prometiendo de nuevo paz y misericordia, dice que él mismo la edificará. Y el plomo o cordel según las medidas y órdenes de cada uno debe ser tendido en ella. Qué sea, sin embargo, el cordel, se demuestra en el capítulo siguiente, donde dice el profeta: "Levanté mis ojos y vi: y he aquí un hombre, y en su mano un cordel de medir." Además, el templo de Dios que los adversarios destruyeron, puede entenderse también como el venerable cuerpo del Señor, del cual él mismo decía: "Destruid este templo, y en tres días lo resucitaré" (Jn. 2, 19). El cual, destruido en la pasión, fue resucitado en la resurrección, y fue el semillero y principio de todos los templos, de los cuales también habla el

Apóstol: "Vosotros sois templo de Dios, y el Espíritu Santo habita en vosotros" (2 Cor. 6, 16).

(Versículo 17.) "Clama todavía diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos: Todavía afluirán mis ciudades con bienes; y el Señor todavía consolará a Sión, y todavía elegirá a Jerusalén."

LXX: "Y me dijo el ángel que hablaba en mí: Clama todavía, diciendo: Así dice el Señor omnipotente: todavía se difundirán las ciudades en bienes, y todavía el Señor tendrá misericordia de Sión, y todavía elegirá a Jerusalén."

El ángel que arriba había dicho al profeta: "Clama: Así dice el Señor de los ejércitos," ahora también lo impele a clamar, no con intensidad de voz, sino de mente; y esto es lo que manda clamar: "Todavía afluirán mis ciudades con bienes," las cuales ahora ves devastadas por el fuego babilónico, de nuevo abundarán en todas las cosas, y con los bienes presentes el Señor consolará la miseria pasada, y elegirá a Jerusalén, a la cual poco antes había arrojado. Que si referimos esto a la Iglesia, a la cual promete bienes verdaderos y perpetuos, deben creerse aquellos bienes de los cuales leemos escrito: "Veas los bienes de Jerusalén" (Sal. 128, 5). Y en otro lugar: "Si quisieréis y me oyereis, los bienes de la tierra comeréis" (Is. 1, 19). Y aquello: "Confiado estarás en el Señor, y te elevará sobre los bienes de la tierra." Los cuales se promete a sí mismo por la esperanza de las cosas futuras el varón sabio, a quien el Señor había revelado las cosas inciertas y oscuras de su sabiduría, y dice: "Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes" (Sal. 27, 13).

Con estos bienes, después de los incendios de las saevísimas persecuciones que las Iglesias del Señor padecieron tanto de los gentiles como de los herejes arrianos, una vez restituida la paz, vemos a las Iglesias del Señor afluir, y consolada a Sión y elegida a Jerusalén, a las cuales poco antes había arrojado. Esto mismo podemos entenderlo tanto del templo del Señor como de cada uno de los creyentes. Algunos refieren a Sión consolada y a Jerusalén elegida y lo demás que de este modo es predicado por todos los profetas a la Jerusalén celestial, la cual destruida por la ruina, ha de ser edificada por las virtudes. Todas las cuales cosas nosotros interpretaremos más rectamente sobre la Iglesia.

(Versículos 18, 19.) "Y levanté mis ojos y vi: y he aquí cuatro cuernos. Y dije al ángel que hablaba en [Al. con] mí: ¿Qué son estos?" Y él me dijo: "Estos son los cuernos que aventaron a Judá, a Israel y a Jerusalén." Y me mostró el Señor cuatro herreros [fabros]. Entonces dije: "¿Qué vienen a hacer estos?" El cual habló, diciendo: "Estos son los cuernos que aventaron a Judá por cada uno de los varones, y ninguno de ellos levantó su cabeza; y estos han venido para aterrarlos [deterere], para derribar los cuernos de las naciones que alzaron el cuerno sobre la tierra de Judá para dispersarla."

LXX: "Y levanté mis ojos y vi: y he aquí cuatro cuernos. Y dije al ángel que hablaba en mí: ¿Qué son estos, Señor?" Y él me dijo: "Estos son los cuernos que dispersaron a Judá, a Israel y a Jerusalén." Y me mostró el Señor cuatro herreros, y dije: "¿Qué vienen a hacer estos?" Y dijo: "Estos

son los cuernos que dispersaron a Judá y quebrantaron a Israel; y ninguno de ellos levantó la cabeza; y estos han salido para aguzarlos en sus manos." Los cuatro cuernos son las naciones que alzaron el cuerno sobre la tierra del Señor para dispersarla."

Que los cuatro cuernos que aventaron y dispersaron a Judá, a Israel y a Jerusalén son cuatro naciones —los babilonios, los medos y persas, los macedonios y los romanos— el Señor mismo lo explica ahora interrogado por el profeta, y Daniel lo replica plenamente. El cual, en la visión de la imagen que tenía cabeza de oro, pecho de plata, vientre de bronce y piernas y pies de hierro y de barro, interpretó estas cuatro naciones (Dan. 2). Y de nuevo en otra visión de cuatro bestias —una leona, un oso, un pardo y otra bestia horrible cuyo nombre no puso— mostró las mismas naciones bajo otra figura. Que los medos y los persas fueron un solo reino después de la victoria de Ciro, no lo dudará quien haya leído las letras tanto seculares como sagradas. Y muy rectamente puso cuernos por reinos, teniendo la Sagrada Escritura esta costumbre de que el reino siempre se interprete en los cuernos, como es aquello: "Y exaltó el cuerno de su Cristo" (Sal. 148, 14). Y en otro lugar: "Y nos erigió un cuerno de salvación en la casa de David su siervo" (Lc. 1, 69). Y que diez cuernos han de reinar al final, lo testifica el mismo profeta Daniel (Dan. 7). Por aquel tiempo, pues, en que se veía esta visión, ya había pasado el reino de los babilonios, instaba el de los persas y medos, y estaba por venir el de los griegos y macedonios,

y el de los romanos. Qué hicieron los babilonios, qué los medos y persas, qué los griegos —es decir, los macedonios— a Judá, a Israel y a Jerusalén, el varón erudito lo reconoce, especialmente bajo Antíoco, por sobrenombre Epífanés, bajo el cual se teje la historia de los Macabeos. Después del advenimiento del Señor Salvador también, cuando Jerusalén fue rodeada, lo que sufrieron los israelitas tanto lo denuncia previamente el Evangelio (Lc. 19) como lo enseña plenamente Josefo, escritor vernáculo de la historia judaica. Estos cuernos aventaron y dispersaron a Judá, casi varón por varón, de modo que ninguno de ellos, deprimido por el grave peso de los males, levantara la cabeza. A los cuatro herreros o artesanos, a los cuales los griegos llaman *tektonas*, no los contempla el profeta mismo, sino que el Señor se los muestra y le explica quiénes son los herreros y artesanos, a los cuales nosotros entendemos como ángeles obedientes a la potestad dominical para que lo que las naciones habían destruido, estos lo edifiquen. Pero esto, por lo cual nosotros interpretamos del hebreo: "Estos han venido para aterrarnos [deterere]," a saber, a los reinos, los Setenta interpretaron: "Estos han salido para aguzarlos en sus manos." "Aguzarlos," sin embargo, debe tomarse por desgastarlos [deterere]. O ciertamente desgastarlos para que sometan todos los cuellos bajo el yugo de Cristo, y no (como alguno interpretó) que cuando hayan sido aguzados se vuelvan peores. Pues si los ángeles vinieran para esto, para hacer peores a los malos, no deben llamarse herreros, es decir, destructores de males

y edificadores de bienes; sino que ellos mismos serían tomados por malos y destructores. Y debe notarse esto: que estos cuatro cuernos de las naciones alzaron un solo cuerno contra el pueblo de Dios; pues no reinaron a la vez ni oprimieron juntos a Israel, sino que se sucedieron unos a otros: a los babilonios, los medos y los persas; al reino de los persas, el reino de los macedonios; al reino de los macedonios, el imperio de los romanos.

Esto lo hemos dicho siguiendo el orden de la historia. Pero que el profeta diga que levantó sus ojos, debe ajustarse espiritualmente a aquel sentido: "Levanté mis ojos a los montes, de donde vendrá mi auxilio" (Sal. 121, 1). Y: "Levantad vuestros ojos y ved las regiones, porque ya están blancas para la siega" (Jn. 4, 35). Y lo que leemos en Isaías: "Dijo el Santo: Levantad vuestros ojos a lo alto y ved quién mostró todas estas cosas" (Is. 40, 26). Es necesaria, pues, la elevación de los ojos y la inteligencia espiritual para que veamos las fortalezas contrarias que alzaron su cuerno contra nosotros, y de las cuales habla el Apóstol: "No es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los rectores de las tinieblas de este mundo, contra las nequicias espirituales en los cielos" (Ef. 6, 12). A estos cuatro adversarios que siempre luchaban contra los santos, Cristo los oprimió al venir. Y de estos el Salmista reduplica: "Sobre el áspid y el basilisco caminarás, y hollarás al león y al dragón" (Sal. 91, 13). Podemos tomar los cuatro cuernos que reinaron contra el pueblo de Dios y los cuatro *pathe*, que los eruditos, no expresan-

do palabra por palabra *kakozelos* "pasiones," sino que interpretan como "perturbaciones": la enfermedad del ánimo y el gozo; dos presentes y dos futuros: el miedo y el deseo, de los cuales también el ilustre poeta significa (Eneida 6): "De aquí temen y desean, se duelen y gozan."

Contra estas, cuatro herreros y (por así decirlo) médicos y buenos artesanos, no son discernidos por el profeta —pues todavía no podía verlos por sí mismo sin la muestra de Dios— sino que le son mostrados por el Señor, a saber, las cuatro virtudes: prudencia, justicia, fortaleza, templanza, sobre las cuales Tulio [Cicerón] disputa plenamente en los libros de los *Oficios*, escribiendo también un libro propio sobre las cuatro virtudes. Los que, pues, destruyen los vicios, edifican las virtudes; y todos los santos que, poseyendo estos remedios, instauran siempre la Iglesia, deben llamarse herreros. De donde también hablaba el Apóstol: "Como sabio arquitecto puse el fundamento" (1 Cor. 3, 10). Y el Señor airado dice que quitará de Jerusalén al arquitecto y al varón sabio (Is. 3). Y el mismo Señor, Hijo del Dios omnipotente y Creador de todas las cosas, es llamado hijo del herrero [fabri]. Leí en los comentarios de alguien que los cuatro herreros se entienden como los cuatro Evangelistas, que restituyen al oprimido Israel —a saber, el sentido que ve a Dios— y a Judá que confiesa al Señor, y a Jerusalén visión de paz, a su pristina sede, y a los que las naciones de los vicios habían dispersado de la Iglesia, por la predicación del Evangelio los retrajeron a la salvación.

(Capítulo 2.---Versículos 1, 2.) "Y levanté mis ojos y vi: y he aquí un hombre, y en su mano un cordel de medir. Y dije: ¿A dónde vas? Y él me dijo: A medir a Jerusalén, para ver cuánta es su anchura y cuánta su longitud [Al. su altura]."

LXX: "Y levanté mis ojos y vi: y he aquí un hombre, y en su mano un cordel de geómetra; y le dije: ¿A dónde vas? Y me dijo: A medir a Jerusalén, para ver cuánta sea su anchura y cuánta su longitud."

El que antes con los ojos levantados hacia los cuatro cuernos había visto cosas tristes, ahora de nuevo levanta sus ojos para ver al hombre de quien está escrito: "He aquí el varón cuyo nombre es Oriente" (Zac. 6, 12); de quien también arriba leímos: "Y he aquí un hombre que subía sobre un caballo alazán, y estaba entre los mirtos que estaban en la profundidad," o "entre los montes sombríos" (Zac. 1, 8). Y de quien habla el Padre: "Este edificó mi ciudad" (Heb. 11), cuyo artífice y fundador es Dios. Este es visto también por Ezequiel, teniendo un cordel en la mano y una caña para la medida del codo viril, para medir a Jerusalén, cuya descripción, es decir, su anchura y su longitud, prosigue el mismo profeta con sermón místico (Ez. 40). Algunos piensan que esto se completó en parte bajo Zorobabel, Josué, Esdras, Nehemías y los demás caudillos o reyes que gobernaron al pueblo de Israel hasta el advenimiento del Señor Salvador. Otros, ciertamente, y especialmente los judíos, lo interpretan en el reino de mil años, hombres carnales que buscan cosas carnales. Pero la mayoría de los nuestros lo

refieren a la Jerusalén celestial, y dicen que esta ha de ser edificada de nuevo, la cual había quedado destituida por la ruina de las almas pecadoras. Que sospechen esto los herejes. Por lo demás, nosotros interpretemos el monte Sión y la madre de los primogénitos y de los santos como la Iglesia, la cual fue edificada en la pasión del Señor y en su resurrección, y es edificada diariamente por aquel que conoce las medidas y los méritos de cada uno. Lo que dijimos de la Iglesia puede recibirse también de las almas de los creyentes, que diariamente son edificadas por el Señor y disciernen su paz, la cual fue dejada a los apóstoles.

(Vers. 4 sigs.) Y he aquí que el ángel que hablaba en mí salía; y otro ángel salía a su encuentro, y le dijo: Corre, habla a este muchacho, diciendo: Sin muro será habitada Jerusalén, por la multitud de hombres y de jumentos en medio de ella. Y yo seré para ella, dice el Señor, muro de fuego en derredor, y estaré en gloria en medio de ella.

LXX: Y he aquí que el ángel que hablaba en mí estaba, y otro ángel salía a su encuentro, y le dijo diciendo: Corre y habla a aquel jovencillo, diciendo: Fructífera será habitada Jerusalén por la multitud de hombres y de jumentos en medio de ella. Y yo seré para ella, dice el Señor, muro de fuego en derredor, y estaré para gloria en medio de ella.

El ángel que hablaba en el profeta, y estaba, o como se lee en hebreo, salía —pues esto significa JASA—, los hebreos piensan que es Miguel. Y sospechan que el otro ángel que salía y venía a su encuentro es Gabriel, quien habla a Miguel para

que hable al profeta sobre cuán grande abundancia de todas las cosas, y multitud de hombres y de jumentos, y firmeza de muros habrá de tener Jerusalén, la cual al presente parece estar destruida hasta la ceniza y el rescoldo.

Nosotros, sin embargo, según el sentido espiritual, interpretemos todas estas cosas en la Iglesia, la cual es habitada sin muro —o como tradujeron los Setenta, *katakarpos*, esto es, abundancia de todos los frutos— y tiene multitud de hombres y de jumentos, y el Señor es fuego en su derredor, y él mismo mora en medio de ella en gloria. Esta es la ciudad de la cual leemos en otro lugar: "Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios" (Sal. 86, 2). Y de nuevo: "Grande es el Señor y muy loable, en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo" (Sal. 47, 1). En esta ciudad, cualquiera que habita puede decir: "Pero yo soy como olivo fructífero en la casa de Dios" (Sal. 51, 10). Y: "El Señor me rige y nada me faltará: en lugar de pastos allí me colocó. Sobre aguas de refrigerio me educó" (Sal. 22, 1). Y será habitada, dice, Jerusalén sin muro por la multitud de hombres y de jumentos, o bien por la abundancia de todos los frutos.

Algunos interpretan los hombres y los jumentos como dos pueblos, el de los judíos y el de los gentiles; que aquellos que versados en la Ley vinieron a la fe de Cristo han sido llamados "hombres": nosotros, en cambio, que tras la idolatría estuvimos como en el desierto de la Ley y en la soledad de los profetas, y recibimos su pasión, debemos ser llamados "jumentos". Otros, sin

embargo, quieren que se entienda por "hombres" a todos los racionales y eruditos en la ciencia de las Escrituras; y por "jumentos" a todos los sencillos de entre los creyentes, y que de estos se dice: "A los hombres y a los jumentos salvarás, Señor" (Sal. 35, 7). Estos jumentos y estos seres vivientes oyen la voz del buen pastor, y lo conocen y lo siguen: quien es él mismo pastor, porque nos rige; y puerta, porque por él entramos en la Iglesia y al Padre (Jn. 10); y muro de fuego en derredor, para que caliente a los que creen y habitan en medio, quienes antes se habían entibiado por el frío de la caridad, y puedan ser fervientes en espíritu. Pero a los lobos y a las fieras más sañudas —de quienes está escrito: "No entregues a las fieras el alma que te confiesa" (Sal. 73, 19); y cuyo fruto es heno, leña, estopa (1 Cor. 3, 12); y aportan abrojos y espinas— los consume con su fuego; y quien es fuego para los adversarios, sea gloria en medio de los creyentes. Además, que el Señor sea el muro de Jerusalén, lo leemos también en otro lugar: "Montes hay en su derredor, y el Señor en derredor de su pueblo" (Sal. 124, 2).

Todas estas cosas los judíos las piensan bajo el Ungido (eleimmeno), a quien se prometen con esperanza vanísima, que han de venir carnalmente; que tanta bienaventuranza habrá de tener Jerusalén que, por la multitud de hombres y de todos los jumentos, no pueda tener muro; sino que el muro sea la defensa del mismo Señor, y disfrute de la gloria de aquel que habita en medio.

(Vers. 6 sigs.) ¡Ea, ea! Huid de la tierra del Aquilón, dice el Señor: porque por los cuatro

vientos [Al. en los vientos] del cielo os dispersé, dice el Señor. Oh Sión, levántate, tú que habitas con la hija de Babilonia. Porque esto dice el Señor de los ejércitos: Después de la gloria me envió a las naciones que os despojaron: porque el que os tocare, toca la niña de su ojo. Porque he aquí que yo levanto mi mano sobre ellos, y serán prey para aquellos que les servían, y conoceréis que el Señor de los ejércitos me envió.

LXX: ¡Ea, ea! Huid de la tierra del Aquilón, dice el Señor, porque de los cuatro vientos del cielo os congregaré, dice el Señor. En Sión salváos, los que habitáis en la hija [Al. en la hija] de Babilonia. Porque esto dice el Señor omnipotente: Después de la gloria me envió a las naciones que os despojaron: porque el que os tocare, es como el que toca la niña de su ojo: He aquí que yo aplicaré mi mano sobre ellos, y serán prey para los que les servían, y conoceréis que el Señor omnipotente me envió.

Las regiones del mundo, que los griegos llaman klimata, se entienden según la ubicación de Jerusalén y del templo. Por tanto, los asirios y babilonios, que devastaron al pueblo de Dios, habitan en la tierra del Aquilón. Finalmente, en Jeremías (Cap. I), la olla que según Ezequiel (Cap. XXIV) está llena de carnes (se entiende la ciudad de Jerusalén) se enciende desde la cara del Aquilón. Puesto que, por tanto, el ángel que había salido al encuentro del ángel que profetizaba en Zacarías, había mandado que hablara al muchacho (pues en comparación con la dignidad angélica, toda la naturaleza humana es llamada "puericia" o niñez, porque no los ángeles progred-

san en nosotros, sino nosotros en los ángeles), y le dijera: "Sin muro habitarán [Al. será habitada] Jerusalén", y lo demás. Ahora el mismo mensaje del Señor se dirige a los que habitan en el Aquilón: para que de los cuatro vientos sean congregados, en los cuales habían sido dispersados por todo el orbe, y regresen a Sión los que habitaban en Babilonia. O ciertamente así: Vosotros que habéis sido dispersados en las cuatro regiones [Al. partes] del cielo, huid de la tierra del Aquilón; y, oh Sión, que ahora habitas en Babilonia, huye y regresa a tu antigua sede. El hecho de que se diga "o" (¡ea!) por tercera vez en caso vocativo es una exhortación a la fuga, para que sepan que han sido amonestados a huir no una vez, sino frecuentemente.

Debe decirse también de otro modo: El Aquilón es un viento durísimo, que hace durísimos los corazones de sus habitantes, y por el cual se encienden los males sobre todos los que habitan en la tierra, y hacia el cual, según este mismo profeta Zacarías, salen los caballos negros para establecerse en su región (Zac. 1 y 6). Aquel también que en Isaías había dicho jactancioso: "Al cielo subiré, sobre las estrellas del cielo pondré mi trono, me sentaré en el monte sublime, sobre los montes excelsos en el Aquilón" (Is. 14, 13), alardea de tener su reino en el lugar más frío de la tierra. Leemos en otro lugar: "He aquí que del Aquilón viene humo" (Is. 14, 31): y de los que se habían alejado mucho de la ciudad santa, se dice de ellos: "He aquí que estos vienen de lejos, del Aquilón y del mar" (Is. 49, 12). Y por Jeremías habla el Espíritu Santo, provocando a los que están en cautiverio

a que regresen a Jerusalén: "Ve y lee estas mis palabras hacia el Aquilón, y dirás: Regresa a mí, habitación de Israel, dice el Señor" (Jer. 3, 12). Se nos manda, pues, a nosotros que hemos habitado hacia el Aquilón y hemos perdido el calor del fervor del Señor, que estamos dispersos por el orbe de la tierra, y de quienes el Evangelio predica que el Señor envía a sus ángeles a los cuatro vientos (Mc. 13) y nos congrega, y a los que nos hallamos en los vicios y confusión de este siglo: que huyamos a Sión, la Iglesia del Señor, y dejando las cosas humildes, permanezcamos en su atalaya y en la sublimidad de sus dogmas.

Lo que sigue: "Esto dice el Señor de los ejércitos, después de la gloria me envió", etc., se introduce la voz del Salvador hablando, quien siendo Dios omnipotente dice haber sido enviado por el Padre omnipotente, no según aquello en que es omnipotente, sino según aquello en que fue enviado después de la gloria. "El cual, estando en forma de Dios, no tuvo por rapiña el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo, y se hizo obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2, 6). Ni es de maravillar que Cristo sea llamado omnipotente, de cuya persona leemos en el Apocalipsis de Juan: "Esto dice el testigo fiel, el principio de la creación de Dios, el que es, y el que era, y el que ha de venir, el Señor Dios omnipotente" (Apoc. 1, 4-5). También aquello que leemos en el salmo veintitrés: "Levantad, príncipes, vuestras puertas, y ensalzaos, puertas eternas, y entrará el rey de la gloria" (v. 7): y de nuevo es dicho por

otros ángeles que ignoran el misterio de la carne [Al. encarnación] asumida: "¿Quién es este rey de la gloria?" El Señor de las virtudes, él mismo es el rey de la gloria", se refiere a Cristo. Pues donde nosotros leemos "Señor de las virtudes", en el hebreo está escrito SABAOTH, que por los traductores de la LXX se vierte como "omnipotente". Por lo cual entendemos que, dondequiera que se diga "Señor de las virtudes" respecto a Cristo, debe entenderse que es omnipotente. Ni es de maravillar si Cristo es llamado omnipotente: "A quien le ha sido entregada toda potestad en el cielo y en la tierra" (Mt. 28, 18). Y quien dice: "Todas las cosas que son del Padre son mías" (Jn. 16, 15). Pero si todas las cosas, esto es, Dios de Dios, Señor de Señor, luz de luz, por tanto también de omnipotente, omnipotente: pues no puede ser que, siendo una misma la naturaleza, sea diversa la gloria.

Fue enviado, pues, después de la gloria de la majestad divina a las naciones que despojaron al pueblo de Dios, para que los que antes los habían saqueado sean prey de los que les servían, y toda la multitud que antes servía conozca que el Dios omnipotente lo envió.

En cuanto a lo que dice: "El que os tocara, toca la niña de su ojo"; entiende el toque como vejación e injuria, según aquello que leemos: "No toquéis a mis ungidos, y no hagáis mal a mis profetas" (Sal. 104, 15). Pues quien tocara a los santos del Señor, es como si deseara vengar la niña de su ojo, y se esforzara por privarlo de la clara luz de la que habla en el Evangelio: "Vosotros sois

la luz del mundo" (Mt. 5, 14). Pero Dios levanta su mano para herir a las naciones adversarias, y a su pueblo, o bien reducirlo a Jerusalén, o a la Iglesia. Entiende las naciones adversarias según la tropología como las potestades contrarias, que diariamente someten a los pecadores a su poder y los compelen a servirles.

(Vers. 10 sigs.) Canta y alégrate, hija de Sión: porque he aquí que yo vengo, y habitaré en medio de ti, dice el Señor. Y muchas naciones se unirán al Señor en aquel día, y serán mi pueblo: y habitaré en medio de ti, y sabrás que el Señor de los ejércitos me envió a ti. Y poseerá el Señor a Judá como su porción en la tierra santificada, y elegirá todavía a Jerusalén.

LXX: Alégrate y goza, hija de Sión, porque he aquí que vendré, y habitaré en medio de ti, dice el Señor: y muchas naciones se refugiarán en el Señor en aquel día, y serán su pueblo, y habitarán en medio de ti: y sabrás que el Señor omnipotente me envió a ti, y poseerá el Señor a Judá como su porción en la tierra santa, y elegirá todavía a Jerusalén.

Y estas cosas han de entenderse todavía desde la persona del Señor: que exhorta a su pueblo, restituido del cautiverio a su antigua sede, a gozar y alegrarse, porque el mismo Señor viene y habita en medio de él, y muchas naciones han de creer en él, de las cuales se dice: "Pídeme, y te daré las naciones por tu herencia, y por tu posesión los confines de la tierra" (Sal. 2, 8). Y habita en medio de él hablando a los discípulos: "He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la

consumación del siglo" (Mt. 28, 20). Y posea el Señor a Judá como su porción que confiesa y cree en su nombre, y no la posea en otra parte sino en la tierra santa, que se interpreta como la Iglesia; y elija todavía a Jerusalén, a la cual había dejado a la tentación en las persecuciones.

Algunos de los judíos piensan que estas cosas se cumplieron en parte bajo Zorobabel y Josué, Esdras y Nehemías, sobre todo porque Jerusalén es elegida y Judá es poseído: a saber, las dos tribus que regresaron del cautiverio babilónico y fueron llamadas Judá, y no Israel, los cuales hasta ahora permanecen entre los medos. Otros, en cambio, lo difieren para el futuro, diciendo que entonces las naciones creerán en aquel que es enviado por el Señor, y que Jerusalén ha de ser elegida; cuando ciertamente ya todas las naciones creyeron en el Señor Salvador, ni puede ser elegida la que está totalmente destruida. Pero rectamente después del cautiverio la hija de Sión es provocada al gozo, de la cual también se dice en el salmo: "Cuando el Señor hiciere volver el cautiverio de su pueblo, se regocijará Jacob y se alegrará Israel" (Sal. 52, 7).

(Vers. 13) Calle toda carne ante la faz del Señor, porque se ha levantado de su santa habitación. LXX: Tema toda carne ante la faz del Señor, porque se ha levantado de sus nubes santas. Siendo esto así, y habiendo el Señor de poseer a Judá como su porción y de elegir a Jerusalén, todo el género humano tema el advenimiento del Señor, porque se ha levantado de su santa habitación. Pues se dice que el Señor se "levanta", y como que "despierta del sueño", cuando se levanta para la

venganza de su pueblo, según aquello que está escrito: "Levántate, ¿por qué duermes, Señor?" (Sal. 43, 23). O bien, según los LXX que dijeron "se levantó de sus nubes santas", entiende por ellas a los patriarcas, profetas y apóstoles, a quienes el Señor mandó que no llovieran lluvia sobre Israel. Estas son las nubes de las cuales está escrito: "Y las nubes derramen la justicia" (Is. 45, 8): pues ni aquellas nubes corpóreas, en las que el aire más denso se condensa, pueden llover justicia. En estas y con estas nubes el Señor dice en el Evangelio que ha de venir (Lc. 21). Y en Isaías leemos que el Señor vino a Egipto en una nube ligera (Is. 19, 1). Egipto se toma por el mundo, al cual se recuerda que el Señor descendió en la carne, la cual, nacida del útero virginal, no estaba agravada por ningún peso de semilla humana ni de pecados.

En cuanto a que "toda carne" se tome no absolutamente de los hombres, y de las bestias, y de las aves, y de los peces, sino especialmente de los hombres, lo significa aquella Escritura: "Escucha mi oración, a ti vendrá toda carne" (Sal. 64, 3). Pues no vendrá al Señor toda carne de los animales irracionales; sino aquella que ha de recibir el don del Espíritu Santo, y de la cual se dice: "Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas" (Joel 2, 28).

(Cap. III.---Vers. 1 sigs.) Y me mostró a Jesús, el gran sacerdote, que estaba ante el ángel del Señor; y Satán estaba a su derecha para oponérsele. Y dijo el Señor a Satán: Increpe el Señor en ti, Satán, e increpe el Señor en ti, que eligió a

Jerusalén. ¿No es acaso este un tizón arrebatado del fuego?

Y Jesús estaba vestido con vestiduras sucias, y estaba ante la faz del ángel, el cual respondió y dijo a los que estaban ante él, diciendo: Quitaos las vestiduras sucias de él. Y le dijo a él: He aquí que he quitado de ti tu iniquidad, y te he vestido de mudas. Y dijo: Poned una tiara limpia sobre su cabeza, y pusieron una tiara limpia sobre su cabeza, y lo vistieron con vestiduras.

LXX: Y me mostró el Señor a Jesús, el gran sacerdote, que estaba ante la faz del ángel del Señor, y el diablo estaba a su derecha para oponérsele. Y dijo el Señor al diablo: Increpe el Señor en ti, diablo, e increpe en ti el Señor que eligió a Jerusalén. ¿No es este como un tizón arrebatado del fuego?

Y Jesús estaba vestido con vestiduras sucias, y estaba ante la faz del ángel, y respondió y dijo a los que asistían ante su faz, diciendo: Quitadle las vestiduras sucias. Y le dijo a él: He aquí que he quitado de ti tus iniquidades; y vestidle una túnica talar (podere), y ponedle una tiara limpia sobre su cabeza; y le pusieron la tiara limpia sobre la cabeza, y lo rodearon de vestiduras.

Antes de llegar a la inteligencia espiritual, debe decirse somera y brevemente cómo explican los hebreos este pasaje. Quieren que por Jesús, el gran sacerdote —a quien los griegos llaman archiereia y los latinos pontífice— se entienda el hijo de Josedec, quien con Zorobabel presidió al pueblo. A cuya derecha estaba el adversario —pues esto significa Satán— para oponérsele. Y rectamente estaba a su derecha, no a la izquierda,

porque la acusación era verdadera, por cuanto él mismo con otros había tomado una mujer extranjera; lo cual está escrito muy ampliamente en Esdras y en Malaquías, que sigue a este profeta (1 Esdras 10 y Mal. 2). Y dijo el Señor a Satán, al acusador y a su adversario —pues él mismo es el enemigo y el vengador, y el acusador de sus hermanos—: "Increpe el Señor en ti, Satán": como en "llovió el Señor del Señor": "e increpe el Señor en ti, que eligió a Jerusalén". Puesto que, por tanto, de todas las ciudades de Judá ha sido ahora elegida Jerusalén, no imputándole en absoluto el Señor los pecados que cometió, ¿por qué intentas abrumar como a un tizón —que vulgarmente llaman tea— a Jesús, que escapó del cautiverio babilónico casi medio quemado?

Lo que sigue: "Jesús estaba vestido con vestiduras sucias", lo interpretan de tres maneras. O por el matrimonio ilícito, o por los pecados del pueblo, o por la suciedad del cautiverio. But el ángel ante cuya faz estaba Jesús, mandó a los demás ángeles en la persona del Señor que le quitaran las vestiduras sucias de que hablamos arriba. Cuando hubieron cumplido el mandato por obra, de nuevo el mismo ángel habla a Jesús: "He aquí que he quitado de ti tu iniquidad" —estas son las vestiduras sucias— "y te he vestido de mudas", esto es, te he unido a una esposa israelita; por lo cual los Setenta tradujeron podere, que nosotros podemos llamar "túnica talar", por cuanto cae hasta los talones y los pies. Y lo que sigue: "Poned una tiara limpia sobre su cabeza", por "tiara" (cidari) leemos en hebreo SANIPH, que por la

mayoría es llamada "mitra"; y en esta quieren que se entienda la dignidad del sacerdocio, para que, quitadas las suciedades de los pecados, tuviera un sacerdocio limpio. Así los judíos.

Pero los nuestros así discurren: que es el gran sacerdote a quien se dice: "Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec" (Sal. 110, 4). El cual, puesto que por sí mismo no puede ser visto, es mostrado por el Señor al profeta estando ante el ángel del Señor, a quien quieren que sea el Ángel del Gran Consejo; no porque sean uno y otro, o recibamos dos personas en el Hijo, sino porque el mismo y único se muestra tanto como hombre ensuciado como se dice que aparece como ángel mediador entre los hombres y Dios. Pero que no es Jesús el hijo de Josedec, intentan mostrarlo por esto: que no se ha añadido en el presente lugar "hijo de Josedec", quien en otros lugares, y donde verdaderamente se dice de Jesús el hijo de Josedec, es siempre censado por el sobrenombre del padre. Se ve, pues, a Jesús de pie y permaneciendo con paso firme: "y Satán estaba a su derecha para oponérsele". Pues fue tentado en todo modo sin pecado. Y en el Evangelio se le acerca el tentador, buscando siempre contrariar su derecha y sus virtudes. Y lo que sigue: "Increpe el Señor en ti, Satán, e increpe el Señor en ti que eligió a Jerusalén", así lo explican: porque el Padre y el Hijo son el Señor, y en el salmo ciento nueve leemos: "Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha". El Señor habla de otro Señor, no porque el mismo Señor que habla no pueda increpar, sino porque, por la unidad de la naturaleza, habiendo

increpado el uno, increpa el mismo que habla. "Pues quien ve al Hijo, ve también al Padre" (Jn. 14, 9); y este es el que eligió a Jerusalén, la Iglesia que contempla la paz del Señor. El tizón arrebatado del fuego puede muy rectamente entenderse como aquel que, habiendo estado en Babilonia, no fue consumido por el fuego babilónico ni tocado por la llama de este siglo. Por lo cual también Moisés en la soledad ve una gran visión, en la cual la zarza ardía y no se consumía (Ex. 3). Este Jesús estaba vestido con vestiduras sucias; quien, no habiendo cometido pecado, por nosotros se hizo pecado, "y él mismo lleva nuestras enfermedades y por nosotros se duele, y nosotros lo reputamos estar en dolor, y en llaga, y en angustia. Pero él fue herido por nuestros pecados" (Is. 53, 4). Pero él fue herido por nuestros pecados (Is. 53, 4). Y en el Apóstol leemos: "Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición" (Gál. 3, 13). Este habla en el salmo veintiuno: "Lejos de mi salud las palabras de mis delitos" (Sal. 22, 1). Y en el salmo sesenta y ocho: "Dios, tú sabes mi insapiencia, y mis delitos ante ti no están ocultos" (Sal. 69, 5). Todas estas cosas se llaman "vestiduras sucias", y le serán quitadas cuando haya borrado nuestros pecados; para que, porque él se vistió de vestiduras sucias, nosotros, resurgiendo en él, oigamos después del bautismo: "Sean siempre blancas tus vestiduras" (Ecl. 9, 8); y toda la Iglesia de los creyentes oye por Isaías: "Lavaos, sed limpios" (Is. 1, 16). Y de ella misma se profetiza en el Cantar de los cantares: "¿Quién es esta que sube blanqueada?"

(Cant. 3, 6). En cuanto a la podere (túnica talar), entiéndela como su encarnación, la cual es de la tierra y se significa en los pies. La tiara limpia sobre su cabeza, entiéndela como el esplendor de la majestad divina, de modo que uno mismo y el mismo se vea según el hombre adornado con la podere, y según Dios con la tiara.

(Vers. 6, 7.) Y el ángel del Señor estaba de pie, y el ángel del Señor protestó a Jesús, diciendo: Esto dice el Señor de los ejércitos: Si anduvieres en mis caminos, y si guardares mi custodia, tú también juzgarás mi casa, y guardarás mis atrios, y te daré acompañantes de entre estos que ahora aquí asisten.

LXX: Y el ángel del Señor estaba de pie: y el ángel del Señor protestó ante Jesús, diciendo: Esto dice el Señor omnipotente: Si anduvieres en mis caminos, y si guardares mis preceptos, tú también juzgarás mi casa; y si guardares mi atrio, te daré quienes conversen en medio de estos que están aquí.

Los hebreos, prosiguiendo el orden de la interpretación comenzada, entienden que estas palabras fueron dichas a Jesús, el hijo de Josedec, por el ángel del Señor: que después de la remoción de las vestiduras sucias y de restituida la dignidad del sacerdocio limpio, se le manda según aquello que está escrito en el Evangelio: "He aquí que has sido sanado, no quieras pecar más, no sea que te suceda algo peor" (Jn. 5, 14). Y se le vuelve a prometer un premio, si anduviere en los caminos del Señor y guardare sus preceptos: que él mismo sea el juez de su casa, esto es, persevere como

pontífice en el templo, y guarde sus atrios y vestíbulos; y que le dé el Señor, de entre el número de los ángeles (que en aquel tiempo estaban ante su presencia), aquellos por cuyo auxilio sea rodeado y esté seguro de todo fraude de los enemigos.

Según los nuestros, que refieren todas estas cosas al Señor Salvador, esto parece ser difícil: que el ángel diga a Jesús que si anduviere en los caminos del Señor y guardare sus preceptos, él mismo también juzgue su casa, y guarde sus atrios, y le dé el Señor acompañantes de entre estos que le asisten. Lo que se resuelve fácilmente si consideramos a aquel que se dignó asumir la forma de siervo (Fil. 2). "Y siendo rico, por nosotros se hizo pobre" (2 Cor. 8, 9). Todo lo que, por tanto, se dice de los miembros, se refiere al cuerpo: nuestro progreso es la victoria del Señor. Y cuando nosotros hayamos llegado al varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo (Ef. 4), él juzgará la casa de Dios, según aquello que dijo el Apóstol: "Pero Cristo como hijo sobre su casa, cuya casa somos nosotros" (Heb. 3, 6). Y a Timoteo: "Si tardare, para que sepas cómo debes conversar en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y firmamentum de la verdad" (1 Tim. 3, 15). Y no solo juzgará su casa, sino que guardará los atrios del Señor, de los cuales está escrito: "Adorad al Señor en su atrio santo" (Sal. 28, 2). Juzgará, pues, o discernirá su casa, y según los méritos de cada uno, dando a unos diez ciudades y a otros cinco (Lc. 19). Y constituyendo a unos en la Iglesia profetas, a otros apóstoles, a otros doctores, a otros hacedores de

milagros (1 Cor. 12). Teniendo a unos por ojos, a otros por manos, a otros por pies, según aquello que leemos: "Dios estuvo en la sinagoga de los dioses, y en medio juzga a los dioses" (Sal. 80, 1).

Le dio también ministros de entre el número de los ángeles, quienes, constituidos en la carne, son semejantes a los ángeles, y de quienes hablaba el Apóstol: "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Fil. 3, 20). Pues si los ángeles ni se casan ni se dan en casamiento, y los que perseveran en la continencia virginal son semejantes a los ángeles (Mt. 22), ¿por qué no habríamos de pensar que los apóstoles y todos los santos dados a Jesús son de dignidad angélica, para que le asistan en la Iglesia y nunca tengan los pies vacilantes, sino que estén de pie con el Señor que está de pie?

(Vers. 8, 9.) «Escucha, Jesús, sumo sacerdote, tú y tus amigos que habitan ante ti, porque son varones que portenden». «Pues he aquí que yo traeré a mi siervo el Oriente, porque he aquí la piedra que puse ante Jesús, sobre una sola piedra hay siete ojos». LXX: «Escucha, pues, Jesús, sumo sacerdote, y tus prójimos que se sientan ante tu faz, porque son varones teratoscópoi (τερατοσκόποι), esto es, observadores de portentos, porque he aquí que yo traeré a mi siervo el Oriente, porque la piedra que puse ante la faz de Jesús, sobre una sola piedra hay siete ojos».

Los nuestros en este lugar se ven apremiados por los judíos, porque según la consecuencia y el texto del discurso deberían entender más bien que Jesús el sacerdote es el hijo de Josedec, que el Señor Salvador. Pues si el discurso es al Señor, y

se dice a Cristo: «Escucha, Jesús, sumo sacerdote», ¿quién es aquel de quien se añade: «He aquí que yo traeré a mi siervo el Oriente», quien por otro nombre es llamado piedra, y fue puesta ante Jesús, y sobre esta piedra hay siete ojos? Por el contrario, los nuestros se esfuerzan por afirmar que tanto Jesús el sumo sacerdote, como el Oriente y la piedra, son llamados Cristo según diversos sentidos. Pero cómo se diga esto de él mismo [Al. de sí mismo] a él como si fuera de otro, es difícilísimo de exponer.

Por tanto, quienes quieren que Jesús sea el hijo de Josedec, el sumo sacerdote, interpretan a sus amigos que habitan o se sientan ante él, y que son varones que portenden, como sus discípulos y los profetas. Pues los profetas han sido puestos como señal de las cosas futuras. ¿Qué es, pues, lo que Jesús y sus amigos son obligados a oír: «Traeré a mi siervo el Oriente», y lo demás? Arriba Dios había prometido [Al. permitido] a Jesús hijo de Josedec, el sumo sacerdote, que si caminaba en sus caminos y guardaba sus preceptos, él mismo juzgaría su casa y custodiaría sus atrios, y le daría ministros de dignidad angélica: ahora le dice a él y a sus amigos que la plena felicidad y la perfecta bienaventuranza será entonces en el futuro, cuando venga el Oriente, de quien está escrito: «He aquí el varón cuyo nombre es Oriente» (Zac 6, 12). Y en Malaquías: «Nacerá para vosotros que teméis mi nombre el sol de justicia, y la salud en sus alas» (Mal 4, 2). Y en Números: «Nacerá una estrella de Jacob, y un hombre de Israel» (Núm 24, 17).

En el Evangelio también leemos clarísimamente sobre Cristo: «En las cuales nos visitará el Oriente desde lo alto: para iluminar a los que se sientan en tinieblas y en sombra de muerte, para dirigir nuestros pies por el camino de la paz» (Lc 1, 78). El cual Oriente es llamado también piedra angular (Ef 2), porque une a ambos pueblos y asocia dos muros en una sola casa. Esta piedra es piedra de escándalo para los que no creen, de la cual también se dice en los Salmos: «La piedra que rechazaron los edificadores, esta ha sido hecha cabeza de esquina: por el Señor ha sido hecho esto» (Sal 117, 22-23). Sobre esta piedra hay siete ojos, de los cuales habla Isaías: «Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una flor subirá de su raíz, y descansará sobre él el espíritu de Dios, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y lo llenará el espíritu de temor de Dios» (Is 11, 1 ss.).

Quienes quieren que el sumo sacerdote y sus amigos sean entendidos como el Señor Salvador y sus discípulos, toman a los varones teratoscópoi y que portenden de tal modo que los refieren a los apóstoles (Al. discípulos), quienes habrían es-
crutado sus signos místicos y conocido las cosas futuras por las presentes, mientras interpretan los ojos restituidos en aquel que fue ciego de nacimiento (Jn 9) sobre el pueblo de los gentiles, y en la mujer con flujo de sangre (Mt 9), explican la Iglesia liberada de las obras de sangre.

Pero esto que sigue: «porque he aquí la piedra que puse ante Jesús», los amantes de la historia lo entienden de Cristo de tal modo que dicen que

Cristo vendrá después de Jesús hijo de Josedec. Pues dicen que este estar «ante Jesús», esto es, en su presencia y ante su faz, significa las cosas futuras, y que es llamado piedra por la fortaleza y el vigor con que quebrantó todos los reinos, a quien también leemos en Daniel que fue cortado de un monte sin manos (Dan 2).

(Vers. 10.) «He aquí que yo grabaré su escultura, dice el Señor de los ejiertos, y quitaré la iniquidad de aquella tierra en un solo día». «En aquel día, dice el Señor de los ejércitos, llamará el varón a su amigo bajo la viña y bajo la higuera». LXX: «He aquí que yo cavaré una fosa, dice el Señor omnipotente, y palparé toda la iniquidad de aquella tierra en un solo día. En aquel día, dice el Señor omnipotente, llamará cada uno a su prójimo bajo la vid y bajo la higuera».

Arriba había dicho: «He aquí la piedra que puse ante Jesús, sobre una sola piedra hay siete ojos». Ahora consecuentemente mantiene la metáfora (metaphoran) de la piedra y dice: «Grabaré su escultura»; o bien, «labraré su grabado». Pues lo que en hebreo está escrito MAPHATE PHETHEE, Aquila lo interpretó como diaglypso anoigma autes (διαγλύψω άνοιγμα αυτής), esto es, «labraré su apertura»; Teodoción y Simaco: «labraré su escultura». Y el sentido es: Haré que esta piedra sea vulnerada por los clavos de la cruz y la lanza del soldado, y en su pasión quitaré la iniquidad de la tierra en un solo día, de la cual está escrito: «Este es el día que hizo el Señor, exultemos y alegrémonos en él» (Sal 117, 24).

En aquel día de la pasión de Cristo, el varón que es perfecto en Cristo, y que con los apóstoles ha subido a la cumbre de la benevolencia del Señor, llamará a su prójimo, sea a los creyentes de entre los judíos, o ciertamente al pueblo de los gentiles, bajo la viña que es llamada Sorec, y de la cual dice en el Evangelio: «Yo soy la vid» (Jn 15, 1), y cuyo fruto alegra el corazón del hombre; y bajo la higuera, los dulcísimos frutos del Espíritu Santo, para que descansen en paz eterna y, reprimida la sedición del mundo y la sangre de los guerreros, sepan que están bajo el Rey cuyo nombre místicamente en Salomón es paz. De esta misma sesión bajo la viña y bajo la higuera, también el profeta Miqueas hace mención, diciendo: «En aquel día llamará cada uno a su prójimo y a su hermano bajo su higuera y su viña, y no habrá quien los espante» (Miq 4, 4).

Pero en cuanto a lo que está escrito según los Setenta: «He aquí que yo cavaré una fosa», podemos entender la zanja o fosa por la escultura de la piedra: pues todo lo que se esculpe también se cava. Sin embargo, si alguien con más afán de disputa no quisiera referir esto a la piedra, sino tenerlo como un principio propio y su propia sentencia, digamos que Dios omnipotente, en el día de la pasión de su Hijo (o, como piensan los judíos, en el último fin del mundo, cuando venga a juzgar), cava y saca a la luz las obras de cada uno, y palpa la tierra entera en el día del juicio: pues este es aquel día único, y en aquel día cada uno de los santos llamará a sus compañeros y

amigos, que son ellos mismos también santos, al descanso, y se gozará en la virtud de sus obras.

(Cap. IV.---Vers. 1.) «Y volvió el ángel que hablaba en mí, y me despertó como a un varón que es despertado de su sueño». LXX: «Y volvió el ángel que hablaba en mí, y me despertó como suele ser despertado el hombre de su sueño».

¿A dónde se había ido, pues, para que volviera, especialmente aquel que hablaba en el profeta y sin el cual no podía estar en aquel en quien hablaba? Pero cuantas veces la fragilidad humana es dejada a su propia debilidad, ha de creerse que el auxilio de Dios y de sus ángeles se aparta de nosotros. Así pues, también el profeta, atónito por el estupor de la gran visión, estaba entumecido en toda su mente y no podía ver la clara luz de la verdad: por lo cual es despertado de la visión pasada a otra visión, como despertando de un sueño, para que vea lo que con los ojos cerrados no veía.

Digamos también de otro modo. El proverbio de Salomón es testimonio: «Si te sentaras, estarás sin temor; pero si durmieras, dormirás dulcemente, y no temerás el terror que te sobrevenga, ni los ímpetus de los impíos que se te echen encima» (Prov 3, 23 ss. [Vulg. 24, 25]). Quien durmiera este sueño, y oyera decir de sí lo que leemos escrito de Lázaro: «Si duerme, sanará» (Jn 11, 12), podrá cantar con la esposa: «Yo duermo, y mi corazón vigila» (Cant 5, 2). Veamos, pues, a qué cosas contemplar se levanta el profeta como de un sueño.

(Vers. 2 ss.) Y me dijo: «¿Qué ves tú?». Y dije: «He visto, y he aquí un candelabro todo de oro, y su lámpara sobre su cabeza; y sus siete lucernas sobre él; siete y siete vasijas de infusión (infusoria) para las lucernas que estaban sobre su cabeza». «Y dos olivos sobre él, uno a la derecha de la lámpara y uno a su izquierda». Y respondí y dije al ángel que hablaba en mí, diciendo: «¿Qué son estas cosas, señor mío?». Y respondió el ángel que hablaba en mí y me dijo: «¿Acaso no sabes qué son estas cosas?». Y dije: «No, señor mío». Y respondió y me dijo, diciendo: «Esta es la palabra del Señor a Zorobabel, diciendo: No con un ejército ni con robustez, sino con mi espíritu, dice el Señor de los ejércitos. ¿Quién eres tú, monte grande, ante Zorobabel hecho llanura? Y sacará la piedra primaria e igualará la gracia a su gracia».

LXX: Y me dijo: «¿Qué ves tú?». Y dije: «He visto, y he aquí un candelabro todo de oro, y una lámpara sobre él; y siete lucernas sobre él, y siete vasijas de infusión para las lucernas que estaban sobre él». Y he aquí dos olivos sobre él, uno a la derecha de la lámpara y uno a la izquierda». Y pregunté y dije al ángel que hablaba en mí, diciendo: «¿Qué son estas cosas, Señor?». Y respondiendo el ángel que hablaba en mí, me dijo: «¿No conoces qué son estas cosas?». Y dije: «No, señor». Y respondió y me dijo diciendo: «Este es el sermón del Señor a Zorobabel, diciendo: No con gran fortaleza ni con robustez, sino con mi espíritu, dice el Señor omnipotente: ¿Quién eres tú, monte grande, ante la faz de Zorobabel para que corrijas? Y sacará la

piedra de la heredad: la igualdad de la gracia su gracia».

El ángel que despertó a Zacarías como a un hombre que se levanta del sueño, le pregunta qué ha visto, para que al responder él, ignorante y preguntando qué discierne, y diciendo: «¿Qué son estas cosas, señor mío?», oigamos de él: «Esta es la palabra del Señor a Zorobabel: No con un ejército ni con robustez, sino con mi espíritu, dice el Señor». Digamos, pues, recorriendo cada parte, primero qué les parece a los hebreos, por quienes hemos sido instruidos en el Antiguo Testamento; luego, por estos como peldaños, ascendamos a las cumbres [Al. umbrales] de la Iglesia.

El candelabro de oro macizo lo interpretan como la Ley, esto es, nomon (νόμον). La lámpara, sin embargo, esto es, la llama que luce y brilla en el vértice del candelabro, como a Cristo, que sea cabeza de la Ley e ilumine a todo el mundo. Las siete lucernas sobre el candelabro, las siete gracias del Espíritu Santo, de las que dijimos arriba que en una sola piedra hay siete ojos. Pues para nadie es duda que la Ley fue escrita bajo el dictado del Espíritu Santo. En cuanto a las siete vasijas de infusión en las que está el aceite que se manda a las lucernas que lucen sobre el candelabro, quieren que se entienda que estas siete gracias descenden del cielo a los hombres por medio de la Ley. Los dos olivos sobre el candelabro por la parte derecha e izquierda, entre los cuales en medio luce la lámpara, los interpretan como la Ley y los Profetas.

Y cuando el profeta hubo narrado su visión, no sabiendo qué veía, pregunta al ángel que hablaba en él, a saber, el sentido iluminado por Dios. Pues este ángel es nuestro ángel, que entendiendo prudentemente, nos indica la voluntad de Dios y dice: «¿Qué son estas cosas, señor mío?». Pero el ángel no explica la visión del profeta, como se le había pedido; sino que al que pregunta le pregunta a su vez: «¿Acaso ignoras qué son estas cosas?». Al responder él «no lo sé», también él mismo respondió: «Esta es la palabra del Señor a Zorobabel diciendo: No con un ejército ni con robustez, sino con mi espíritu, dice el Señor». El discurso del Señor, pues, a Zorobabel, que habló no con un ejército ni con robustez, sino con mi espíritu, es la interpretación misma de la visión: no con un ejército ni con multitud de guerreros, sino con el espíritu de Dios fue conducido de vuelta el pueblo, y ha de ser conducido más plenamente, y los adversarios han de ser asolados.

Y lo que sigue: «¿Quién eres tú, monte grande, ante Zorobabel hecho llanura?», lo entienden como dicho al diablo, que estaba a la derecha de Jesús para oponérsele, y se elevaba contra Zorobabel y el pueblo de los judíos. Pero fue convertido en llanura y humillado; y yace bajo los pies de Israel, porque Dios sacará la piedra primaria, Cristo su Hijo, que siempre fue auxilio para el pueblo de Israel. Y su gracia, esto es, de la piedra hacia los que trajo de vuelta de la cautividad, igualará la gracia que siempre ejerció con sus padres. Estas cosas hemos encontrado dichas por los hebreos.

Ahora discutamos lo que ha sido escrito por varones eclesiásticos en sus Comentarios. El candelabro de oro [Al. sin embargo] de oro purísimo lo entienden como la Iglesia, la cual en las sagradas Escrituras busca el sentido y la mente más que las palabras. Que en el sentido se acepte el oro, lo muestran las partes posteriores y los hombros de la paloma en el salmo sesenta y siete [Sal 68, 14]: que se dice que radian con el verdor o el fulgor del oro. La lámpara también ellos la entienden como Cristo, porque luce en la Iglesia, el cual decía de sí mismo: «Nadie enciende una lucerna y la pone bajo el celemín» (Mt 5, 15), esto es, bajo la medida de la Ley; sino sobre el candelabro, esto es, la libertad del Evangelio, para que luzca a todos los que están en la casa. Las siete lucernas y sus vasijas de infusión [Al. suffusoria] también ellos las entienden como las gracias del Espíritu Santo, por las cuales la Iglesia recibe el aceite de la misericordia de Dios y de todas las virtudes. Los dos olivos sobre el candelabro también ellos los entienden como Moisés y Elías, que hablaban con el Señor en el monte y significaban lo que habría de padecer en Jerusalén (Mt 17). Pues toda la ley y los profetas predicán la pasión de Cristo. Otros interpretan los dos olivos a la derecha y a la izquierda como la Ley y el Evangelio, de modo que en la derecha esté el Evangelio y en la izquierda la Ley; de cuya derecha e izquierda se dice en el Cantar de los cantares: «Su izquierda bajo mi cabeza, y su derecha me abraza [Al. me abrazará]» (Cant 2, 6). En cuanto al monte, muchísimos de los nuestros lo interpretan como el diablo y el

Anticristo, que ose estar ante Zorobabel (de quien ha de nacer Cristo) y erigirse, y decir en el Evangelio: «Todas estas cosas me han sido entregadas, y te las daré si postrándote me adoraras» (Mt 4, 9). Al cual el Señor, postrándolo bajo sus pies y haciéndolo humilde y abatido de soberbio que era, le dice: «Vete atrás, Satanás, pues escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás» (ibíd. 10 y Deut 6, 13). And dan el ejemplo en el Evangelio del lunático, a quien como los apóstoles no hubieran podido sanar, preguntan por qué no pudieron sanarlo, y oyen: «En verdad os digo, si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada será imposible para vosotros. Pero este género no se expulsa sino por la oración y el ayuno» (Mt 17, 19-20 [Vulg. 20, 21]). Allí el monte se acepta abiertamente como el diablo. Otros, sin embargo, con no pequeña temeridad, refieren esto que manifiestamente se dice del diablo a Cristo, quien en las sagradas Escrituras es llamado monte con frecuencia. Y no es necesario dar ejemplos, de los cuales hay gran copia. Pero son llevados a este error porque está escrito en los Setenta: «¿Quién eres tú, monte grande, ante la faz de Zorobabel para que corrijas?», a saber, que este monte que está ante la faz de Zorobabel, esto es, que descien- de de la estirpe de Zorobabel, quiera corregir el mundo él mismo, y de él sea lo que sigue: «Sacaré la piedra de la heredad» de la cual está escrito: «Tú eres quien me restituirás mi heredad» (Sal 15, 5 [Vulg. 16, 5]). Y en otro lugar: «Elegió para nosotros su heredad, la hermosura de Jacob que

amó» (Sal 46, 5 [Vulg. 47, 4]). Y de nuevo: «Ha sido hecha la parte del Señor Jacob, el cordel de su heredad Israel» (Sal 104 [Vulg. Deut 32, 9]). Y en el segundo salmo: «El Señor me ha dicho: Mi hijo eres tú, yo hoy te he engendrado. Pídeme, y te daré las gentes por heredad tuya» (Sal 2, 7-8). Sacará, pues, el Señor la piedra primaria, de quien leemos: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y Dios era el Verbo. Y: Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada ha sido hecho» (Jn 1:1, 3). En cuanto a lo que dice: «Igualará la gracia a su gracia», esto significa: todos nosotros hemos recibido de su plenitud, y gracia por gracia, esto es, por la gracia de la Ley, la gracia del Evangelio, para que reciban una gracia igual y un don par tanto los creyentes de Israel como el pueblo de los étnicos. Por lo cual también Gabriel habla a María: «Has hallado gracia ante el Señor» (Lc 1, 30). Y el apóstol Pablo escribe: «Pues por gracia habéis sido salvados» (Ef 2, 8). Y Juan el evangelista: «La Ley —dice— fue dada por Moisés; la gracia, sin embargo, y la verdad han sido hechas por Jesucristo» (Jn 1, 17).

(Vers. 8 ss.) Y fue hecha la Palabra del Señor a mí, diciendo: «Las manos de Zorobabel fundaron esta casa, y sus manos la perfeccionarán, y sabréis que el Señor de los ejércitos me envió a vosotros». «Pues ¿quién despreció los días pequeños? Y se alegrarán, y verán la piedra de estaño en la mano de Zorobabel». «Estos siete son los ojos del Señor, que discurren por toda la tierra». LXX: Y fue hecho el sermón del Señor a mí, diciendo: «Las manos de Zorobabel fundaron esta casa, y sus

manos la completarán». «Y sabrás que el Señor omnipotente me envió a ti: pues ¿quién despreció en los días pequeños? Y se alegrarán, y verán la piedra de estaño en la mano de Zorobabel: estos siete son los ojos del Señor, que miran sobre toda la tierra».

Tanto por los hebreos como por los nuestros se dicen muchas cosas, de las cuales seguimos la mayoría y repudiamos otras; expongamos lo que nos place, conservando la verdad de la historia, para que a partir de esta podamos reconocer a aquel que por la historia es profetizado. Las manos de Zorobabel, príncipe de los judíos que regresaron de Babilonia, hicieron los cimientos del templo, y sus manos llegarán hasta los pináculos del templo, completando lo que habían comenzado y construyendo todo lo que había sido empezado. Leemos en Esdras que por Zorobabel el templo fue comenzado y perfeccionado (Esd 4 y 6). Y cuando, dice el profeta Zacarías, veáis puesto por vosotros el remate en el templo que ahora edificáis, entonces entenderéis que yo fui enviado por el Señor, y que he dicho las cosas que hablé por mandato suyo.

«Pues ¿quién despreció los días pequeños?». «Quién» se acepta aquí por «raro», según aquello: «¿Quién piensas que es el dispensador fiel y prudente?» (Lc 12, 42). Y: «Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo, y quién subirá a tu monte santo?» (Sal 14, 1 [Vulg. 15, 1]). Raro es, pues, el que desprecie los días pequeños de este siglo y piense que la potestad regia es nada. Cuando viéramos a los potentes del siglo brillar con oro, púrpura y el

rutilar de las gemas, rodeados de un ejército, tengamos en nosotros: ¿quién piensas que desprecia los días pequeños? Por lo cual también Jacob, entendiendo que la vida de los hombres es breve, dice: «Pequeños y malísimos son los días de mi vida» (Gén 47, 9). Quienes, pues, despreciaran los días pequeños (esto, sin embargo, lo refiere a la potestad regia, para amonestar a Zorobabel, a Jesús y al pueblo que edifica el templo de Dios, para que de ningún modo teman a los adversarios que se lo prohíben, sino que oigan al Señor que los exhorta), por el hecho de que desprecian la cumbre real, se alegrarán y verán el auxilio del Salvador, que es prometido de la estirpe de Zorobabel y, por su fortaleza, es llamado piedra, y piedra de estaño: por lo cual en el hebreo está escrito ABDIL [Al. Abdel], por el hecho de que sea muro y fortaleza y vigor de los creyentes.

Pues así como el estaño defiende a los otros metales del fuego y, siendo por naturaleza el bronce y el hierro durísimos, si estuvieran sin estaño se queman y consumen, así toda la fortaleza de ángeles y hombres, si no tuviera el auxilio del Salvador, se prueba ser imbécil y frágil. En cuanto a esta piedra, esto es, la masa, que entre los hebreos se escribe ABDIL, esto es, de estaño, se etimologiza como apochorizon (ἀποχωρίζων), esto es, «separando» y «secerniendo», para que, del mismo modo que el estaño disocia los metales mezclados y adulterados entre sí por medio del fuego, así el Señor, verdadero probador y refinador (chonetes), separe el bronce de los vicios y el plomo de los pecados del oro y la plata de las

buenas obras, para que permanezca el oro puro y la plata. En otras palabras, este apochorizon y separador se escribe en el Evangelio: «Cuyo biello está en su mano, y él purgará su era, y separará la paja del trigo» (Lc 3, 17), el cual clama por Jeremías: «¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? dice el Señor» (Jer 23, 28).

Muchos de los nuestros interpretan como Cristo las manos de Zorobabel, que fundó la casa y él mismo la perfeccionó. Lo cual, si lo aceptamos, nos veremos obligados a exponer qué sea la piedra de estaño en la mano de Zorobabel. ¿Paso en la mano de Cristo ha de ser aprobado otro Cristo? Aunque algunos han aceptado la piedra de estaño como el cuerpo del Señor, porque no habría sido manchado por ninguna sordidez de pecados, ni es llamado plomo, sino estaño purísimo. En cuanto a los siete ojos que discurren por toda la tierra y lo juzgan todo, ya expusimos arriba que son los siete espíritus: y que a Dios nada se le oculta, pues es consciente tanto de lo pasado como de lo presente y lo futuro, y devuelve a cada uno según sus obras, especialmente cuando venga en la persona del que separa a los buenos de los malos y del refinador.

(Vers. 11 ss.) Y respondí y le dije: «¿Qué son estos dos olivos a la derecha del candelabro y a su izquierda?». And respondí por segunda vez y le dije: «¿Qué son las dos espigas de los olivos que están junto a [Al. sobre] los dos picos de oro, en los cuales hay vasijas de infusión de oro?». Y me dijo diciendo: «¿Acaso no sabes qué son estas cosas?». Y dije: «No, señor mío». Y dijo: «Estos son

los dos hijos del aceite, que asisten al Dominador de toda la tierra». LXX: Y respondí y le dije: «¿Qué son estos dos olivos a la derecha del candelabro y a la izquierda?». Y pregunté por segunda vez y le dije: «¿Qué son los dos ramos de olivos que están en manos de las dos narices de oro y que infunden y retraen las vasijas de infusión de oro?». Y me dijo: «¿No sabes qué son estas cosas?». Y dije: «De ningún modo, señor». Y dijo: «Estos son los dos hijos de la pingüedad, que asisten al Señor de toda la tierra».

Al preguntar el profeta qué significaban los dos olivos, uno de los cuales estaba a la derecha del candelabro y el otro a la izquierda, el Señor, o el ángel del Señor, no quiso responder. Lo cual entendiendo el profeta, pregunta por segunda vez y dice: «¿Qué son estas dos espigas de los olivos, o dos ramos?», preguntando por cosas menores, ya que no mereció oír las mayores. Estos dos ramos, pues, están en mano de las dos narices, o sobre los dos picos de oro, que en hebreo se llaman SINTHOROTH [Al. Sinthuroth], en griego myxoteres (μυξωτήρες), los cuales mismos son dos myxoteres, sobre los cuales están las dos espigas, o dos ramos de olivos de oro purísimo. Y como el profeta preguntara también sobre los dos ramos, y de nuevo fuera preguntado por el ángel si acaso sabía qué significaban los dos ramos, y él hubiera dicho «no, Señor», respondió el ángel del Señor: «Estos son los dos hijos del aceite», como quiso Simaco, o stilpnotetos (στιλπνότητος), como interpretó Aquila, esto es, «del esplendor»; o poiotetos (ποιότητος), esto es, «de la pingüe-

dad», como vertieron los Setenta; o lamprotetos (λαμπρότης), esto es, «de la claridad», como tradujo Teodoción: «que asisten al Dominador de toda la tierra».

Sobre los dos olivos que estaban a la derecha de la lámpara y a la izquierda, leímos arriba. Y por eso ahora, al preguntar el profeta sobre estas cosas, no merece oír, porque no retiene las anteriores, o porque lo que allí se dijo más oscuramente desea oírlo aquí más manifiestamente, o ciertamente por el silencio del ángel se refuta su pertinacia de pretender saber cosas mayores que él mismo; aunque los hebreos afirman que por eso no oyó nada al preguntar sobre los olivos, porque no preguntó bien ni buscó todo lo que debiera haber sabido. Finalmente, después pregunta más plenamente añadiendo las espigas o ramos de olivos, sobre los cuales arriba había llamado; pues allí dijo: «¿Qué son estos dos olivos?»; aquí pregunta: «¿Qué son las dos espigas de los olivos?», metafóricamente porque los árboles son rectos al modo de las espigas y, como las espigas están cubiertas por las aristas, así estos estén cubiertos por una cierta valla de ramos y hojas y se eleven a lo alto.

Algunos de los nuestros interpretan los dos olivos como el Hijo y el Espíritu Santo, y la lámpara del medio como Dios Padre. Pero no sé cómo, sin blasfemia, acepten a uno a la derecha y al otro a la izquierda. Los ramos también, o espigas de los olivos, explican que son la encarnación del Salvador y la semejanza de la paloma del Espíritu Santo, porque no podemos ver los olivos enteros,

sino una cierta parte y, por así decirlo, los ramitos de la encarnación de Cristo y de la muestra del Espíritu Santo que se nos han manifestado. Otros entienden los dos Testamentos: a la derecha el Evangelio, a la izquierda la Ley, por el hecho de que en uno esté el sentido espiritual y en el otro el corporal; y porque ni el Evangelio entero ni la Ley entera podemos explicar, y «ahora conocemos en parte y en parte profetizamos» (1 Cor 13, 9), y todavía no podemos entender lo que es perfecto. Hay quienes interpretan los dos ramos de los olivos o las dos espigas, y a los hijos de la pingüedad o del esplendor, como el sacerdocio y la Ley, que proporcionen el gozo a toda la tierra. Otros, a Enoc y Elías, uno de los cuales en el prepucio y el otro en la circuncisión plugo a Dios, y fue arrebatado al cielo con su cuerpo (Gén 5 y 2 Rey 2). Por esplendor, aceite, pingüedad y claridad, leemos en hebreo ISAAR, según aquello que sobre el gozo y la felicidad de los santos está escrito en los Salmos: «Se embriagarán de la grosura», o «de la pingüedad de tu casa» (Sal 35, 9 [Vulg. 36, 8]): pues piotes (πιότης) suena más a «pingüedad» que a «grosura». Estas cosas, según pudimos y según las fuerzas de nuestro ingenio pudieron soportar, las hemos dicho, rozando brevemente las varias opiniones tanto de los hebreos como de los nuestros; si alguien dijera algo mejor o más bien más verdadero, también nosotros gustosamente nos plegamos a cosas mejores.

(Cap. V.—Vers. 1 ss.) Y me volví, y levanté mis ojos, y vi, y he aquí un volumen volador (volumen volans); y me dijo: ¿Qué ves tú? Y dije: Veo un

volumen volador: su longitud es de veinte codos, y su latitud de diez codos. Y me dijo: Esta es la maldición que saldrá sobre la faz de toda la tierra: porque todo ladrón, como allí está escrito, será juzgado, y todo el que jura [falsamente] por esto será igualmente juzgado. Yo lo sacaré, dice el Señor de los ejércitos, y vendrá a la casa del ladrón, y a la casa del que jura falsamente en mi nombre; y permanecerá en medio de su casa, y la consumirá, tanto sus maderas como sus piedras.

LXX: Y me volví, y levanté mis ojos, y vi una hoz voladora (falcem volantem). Y me dijo: ¿Qué ves tú? Y dije: Veo una hoz voladora, de veinte codos de longitud y diez codos de latitud. Y me dijo: Esta es la maldición que sale sobre la faz de toda la tierra: porque todo ladrón será castigado hasta la muerte por esto, y todo perjurio será atormentado hasta la muerte por esto. Y la sacaré, dice el Señor Omnipotente, y entrará en la casa del ladrón, y en la casa del que jura falsamente en mi nombre; y descansará en medio de su casa, y lo consumirá a él, y sus maderas y sus piedras.

Habiéndome vuelto —dice el profeta— hacia otra visión, y levantando mis ojos de las cosas alegres y felices hacia otras más tristes, divisó un volumen volador que en hebreo se llama MEGELLA, y que por Aquila y Teodoción fue vertido como diphthera (διφθέρα), y por Símaco como kephalis (κεφαλὴς), esto es, "cabezal" o "capítulo", conforme a aquello que leemos en el salmo: «En el capítulo del libro está escrito de mí» (Sal 40,8 [Vulg. 39,8]); o según los Setenta, drepanon

petomenon (δρέπανον πετήμενον), esto es, una "hoz voladora".

Pues todas las cosas que arriba había visto habían anunciado la edificación del templo, el advenimiento del Señor Salvador y la liberación del pueblo de Babilonia. Por tanto, para que no se elevara su corazón junto con el Apóstol (a quien le fue dado un ángel de Satanás que lo abofeteara para que no se enalteciera [2 Cor 12]), él mismo ve también cosas tristes, para que todo lo que de arrogancia había crecido por la revelación de los bienes, disminuya por la conminación de las tristezas.

Se muestra, además, un volumen volador en el cual están escritos los pecados de todos, para que cada uno reciba según sus obras, ya sea el bien o el mal, diciendo Daniel: «Los tronos fueron puestos, y los libros fueron abiertos» (Dan 7,10).

Pero si aceptamos la "hoz", como tradujeron los LXX, tomemos un ejemplo del Apocalipsis de Juan, en el cual está escrito: «Y respondió el ángel, y dijo al que estaba sentado sobre el caballo: Envía tu hoz agudísima, y vendimia tu viña, porque sus uvas están maduras» (Apoc 14,18).

En lugar de la hoz, leemos en el Deuteronomio "saetas" y "espada": «Embriagaré mis saetas con sangre, y mi espada devorará carnes» (Dt 32,42). Y porque Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, quienes por su propio vicio perdieron su habitación celestial, por eso él mismo dice por Isaías: «Se ha embriagado mi espada en el cielo» (Is 34,5). Pues por la espada perecerán todos los pecadores del pueblo, no ciertamente por una

espada corporal (ya que hay muchos y diversos caminos hacia la muerte además de la espada), sino por la espada espiritual con la cual han de ser heridos quienes no hicieron penitencia, y a quienes conmina el Salmista proclamando: «Si no os convirtiereis, vibrará su espada: su arco entesó, y lo preparó; y en él preparó vasos de muerte» (Sal 7,13-14 [Vulg. 7,12-13]).

Y en Jeremías leemos: «¿Hasta cuándo cortarás, oh filo, o espada del Señor?» «¿Hasta cuándo no descansarás?» «vuélvete a tu vaina» (Jer 47,6). Esta espada no solo se llama hoz, que corta el heno, el rastrojo y las espinas; sino que también se llama segur de los árboles, la cual cortará a aquellos que no hubieren hecho dignos frutos de penitencia. Y sobre los cuales Juan el Bautista proclamaba: «He aquí que la segur está puesta a la raíz de los árboles: todo árbol que no hace buen fruto, será cortado y echado al fuego» (Mt 3,10).

Este volumen en el que se describen los pecados de todos, o la hoz que corta los delitos de todos, es enviado a la viña de los de Sodoma, de la cual está escrito: «Nuestros enemigos son insensatos: porque de la viña de Sodoma es la viña de ellos, y su vástago de Gomorra: su uva es uva de hiel, y el racimo es de amargura para ellos. Furor de dragones es su vino, y furor de áspid incurable» (Dt 32,31 ss. [Vulg. 32,31-33]).

Esta hoz tiene veinte codos de longitud y diez de latitud, en cuyo número las cosas alegres se asocian a las tristes. Pues para esto reprende el Señor: para que enmiende. En el veinte, que se forma de dos décadas, se anuncian cosas austeras

y tristes; en el diez, esto es, una década, cosas mejores y prósperas; pues por todos los flagelos y suplicios es instruido Israel.

Y al mismo tiempo amonestemos a quienes piensan que el hurto y el perjurio son crímenes pequeños, que la maldición que está descrita en el volumen y en la hoz se introduce en la casa del ladrón y del perjurio, y permanece en ella, y consume todas sus maderas y piedras. Pero si en estas cosas que se consideran menores (me refiero al hurto y al perjurio) hay tanta conminación de penas, ¿qué diremos de la fornicación, el adulterio, el homicidio, el sacrilegio y todos los crímenes que por el Apóstol son enumerados entre las obras de la carne (Gál 5)?

He leído que veinte codos de longitud y diez de latitud se refieren a la edad del Señor Salvador, esto es, para formar el número treinta: porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo el juicio al Hijo, y por él el mundo ha de ser juzgado (Jn 5).

(Vers. 5 ss.) Y salió el ángel que hablaba en mí, y me dijo: Levanta tus ojos, y mira qué es esto que sale. Y dije: ¿Qué es? Y dijo: Esta es una ánfora (amphora) que sale; y dijo: Este es el ojo de ellos en toda la tierra. Y he aquí que se transportaba un talento de plomo (talentum plumbi), y he aquí una mujer sentada en medio de la ánfora. Y dijo: Esta es la Impiedad (impietas); y la arrojó en medio de la ánfora, y lanzó la masa de plomo (massam plumbeam) en la boca de ella.

LXX: Y salió el ángel que hablaba en mí, y me dijo: Mira con tus ojos, y ve qué es lo que sale; y

dije: ¿Qué es? Y dijo: Esta es una medida (mensura) que sale. Y dijo: Esta es la iniquidad de ellos en toda la tierra. Y he aquí que un talento de plomo fue elevado: y he aquí una mujer sentada en medio de la medida, y dijo: Esta es la iniquidad, y la arrojó en medio de la medida, y arrojó una piedra de plomo en la boca de ella.

Una ánfora o medida salía y era transportada por el aire. Y para que no dudáramos con qué nombre propiamente se la llama, el mismo ángel, que había mostrado la ánfora o medida, le impone el nombre y dice, según los Setenta: «Esta es la iniquidad de ellos en toda la tierra»; según los hebreos: «Este es el ojo», esto es, la manifestación de todos los pecados. Y he aquí que una mujer estaba sentada en medio de la ánfora o medida, que entre los hebreos se llama EFA, y frecuentemente es vertida por los LXX como oifi (οἴφι); y esta misma mujer era llamada "Impiedad".

Al distinguir estas cosas, he aquí que un talento de plomo, esto es, una masa a modo de piedra, era transportado, ya sea por su propio ímpetu, ya sea por mandato del Señor, o era transportado por otro cuyo nombre se calla. Pero aquel ángel que hablaba en el profeta, y saliendo de él le mostraba todas las cosas, arrebató a la mujer que se llamaba Impiedad y la lanzó de cabeza al medio de la ánfora, ella que antes era transportada libremente y, sentada sobre la ánfora, se aparecía a todos. Y para que no volviera a levantar la cabeza y se regocijara en su iniquidad e impiedad, lanza el talento de plomo a modo de una piedra pesadísima en la boca de la ánfora, para oprimir

y encerrar a la Impiedad en medio, para que de ningún modo pueda escapar.

Estas cosas las hemos trazado como ciertas sombras y líneas de la imagen futura, para que llenemos con sus colores lo que resta. El ángel que hablaba en el profeta, habiendo salido de él y hablando como de cerca, le ordena que levante sus ojos y vea los pecados del pueblo de Israel amontonados en una medida perfecta, y cumplidos los delitos de todos; y que este es "el ojo de ellos", que en hebreo se dice ENAM y se escribe con Ayin, Yod, Nun, Mem. O "la iniquidad de ellos", que si estuviera escrita con la letra Vav, se leería rectamente AVONAM [Vulg. ONAM], como pensaron los LXX; y este error frecuentemente se arraigó en la edición común (Vulgata), porque las letras Vav y Yod tienen la misma forma, pero son de distinta medida, de modo que una se lee por la otra.

Esta ánfora o medida es "el ojo de ellos" en toda la tierra, esto es, la manifestación de los pecados, para que aquellos cuyos vicios estaban ocultos y dispersos fueran expuestos a los ojos de todos amontonados en uno solo, para que Israel saliera de su lugar y se mostrara a todas las naciones qué tal fue en su propia tierra. Y he aquí que se transportaba un talento de plomo. En lugar de "talento de plomo", leemos en lo que sigue "piedra de plomo". El talento se llama KIKKAR (CHACHAR); la piedra, EBEN. Es, pues, la misma piedra de plomo la que es también el talento de plomo, lo cual nosotros, expresándolo más claramente, hemos interpretado como masa o esfera

de plomo, por lo que se significa el peso gravísimo de los pecados.

Y sobre esta medida y ánfora de todos los delitos, en medio estaba sentada la Impiedad, a la que con otro nombre podemos llamar idolatría y negación de Dios. De donde el Salvador dice a los judíos: «Llenad la medida de vuestros padres» (Mt 23,32). Esta Impiedad que estaba sentada sobre los pecados de Israel y se gloriaba en su maldad, después es enviada al medio de Babilonia y es oprimida por el mal de la cautividad. O según Teodoción, ella misma se arroja y se esconde en medio de la ánfora, y atrae sobre sí el peso gravísimo del plomo, para tener la boca tapada y no poder jactarse más. O ciertamente es oprimida por el ángel de Dios, para que ella, que antes se alegraba en la maldad, calle en un silencio eterno. A dónde, pues, y por quiénes sea transportada encerrada, lo enseña la siguiente lección.

(Vers. 9 ss.) Y levanté mis ojos, y vi, y he aquí dos mujeres que salían, y había espíritu en sus alas, y tenían alas como alas de milano (milvi); y elevaron la ánfora entre la tierra y el cielo. Y dije al ángel que hablaba en mí: ¿A dónde llevan estas la ánfora? Y me dijo: Para que se le edifique una casa en la tierra de Senaar (Sennaar), y sea establecida, y sea puesta allí sobre su base.

LXX: Y levanté mis ojos, y vi, y he aquí dos mujeres que salían, y había espíritu en sus alas, y ellas mismas tenían alas como son las alas de la abubilla (upupae). Y elevaron la medida entre la tierra y el cielo. Y dije al ángel que hablaba en mí: ¿A dónde llevan estas la medida? Y me dijo: Para

que le edifiquen una casa en la tierra de Babilonia, y la preparen, y la pongan allí sobre su sede.

A las "dos mujeres que salían", los judíos las consideran el reino de los medos y los macedonios, cada uno de los cuales afligió al pueblo babilonio, y allí su impiedad puso su sede. Pero fingen esto astutamente, para que lo que se ha dicho de ellos no se entienda de ellos mismos. Pues las dos mujeres que salen, no hay duda de que deben entenderse como las diez y las dos tribus de la tierra de Judea; de las cuales unas fueron capturadas por los asirios, y las otras por los caldeos.

«Y en sus alas había espíritu», esto es, la potestad del diablo, de quien está escrito en el Eclesiastés: «Si el espíritu del que tiene potestad subiere sobre ti, no dejes tu lugar» (Ecl 10,4). Y en el Evangelio leemos sobre el espíritu inmundo que, cuando ha sido arrojado de su casa, andando por lugares desiertos y áridos, con otros siete espíritus más inicuos que él, vuelve a su antigua casa (Lc 11).

Por este espíritu, pues, estas mujeres, arrebatadas como por el viento y el soplo, eran llevadas con vuelo veloz y tenían alas; según el hebreo ASIDA, que Aquila, Símaco y Teodoción vertieron como "garza" (herodionem); solo los LXX tradujeron "abubilla" (upupam). Los hebreos consideran a la asida como el "milano" (milvum), ave rapacísima y que siempre acecha a las aves domésticas; pero sobre la garza, aquellos que escribieron sobre la naturaleza de las volátiles afirman tres géneros: uno blanco, otro moteado; el tercero

negro, que es el más feroz y sanguinario, y que lucha impaciente por el apareamiento, de modo que de sus ojos brota sangre.

Sobre la abubilla, que nosotros hemos derivado de la semejanza del nombre griego (pues ellos mismos la llaman popa por el hecho de que se posa sobre el estiércol humano), dicen que es un ave muy sucia, que siempre mora en los sepulcros, siempre en el estiércol humano; finalmente, se dice que de él hace su nido, y se cree que alimenta a sus polluelos con los gusanillos del estiércol putrefacto.

Cualquiera de las tres aves que quieras entender por la asida, conviene a estas mujeres de Judá y de Israel, las cuales por sus pecados fétidos fueron entregadas a la potestad de los demonios y por ellos llevadas a la cautividad. Y llevaron la ánfora o medida en la cual se mantenía encerrada la impiedad, puesta encima una masa de plomo para que no pueda salir, y el peso gravísimo de todos los pecados por el aire entre la tierra y el cielo.

Comprendiendo esto el profeta, no preguntaba quiénes fueran estas mujeres (pues estaba patente a su espíritu profético) ni qué llevaban, sobre lo cual arriba había sido instruido; sino a dónde lo llevaban. Finalmente sigue: «Dije al ángel que hablaba en mí: ¿A dónde llevan estas la ánfora?». Quien respondió: «Para que se le edifique una casa en la tierra de Senaar (Sennaar)». Por lo cual los Setenta vertieron: «en la tierra de Babilonia».

Pues Senaar es el campo de los caldeos, en el cual aquellos que habían movido sus pies desde el Oriente, y no podían permanecer en la servidumbre de Dios, edificaron la torre de la soberbia (Gén 11); de donde también la ciudad misma fue llamada Babilonia, esto es, "confusión", por el hecho de que allí las lenguas de todos fueron confundidas y mezcladas. La impiedad, por tanto, es llevada por estas mujeres a Babilonia, para que allí se edifique su casa, y sea establecida, y sea puesta sobre su base, y descansa en eterna estación. Pues verdaderamente en Babilonia está la sede de la impiedad, tanto según la historia como según los entendimientos místicos.

Si quisieras aceptar a las dos mujeres como los pueblos de los herejes y de los judíos (ambos de los cuales salen de la faz de Dios y son llevados por un espíritu incierto, y tienen alas de milano, de garza y de abubilla, mientras siempre a modo de la perdiz hacen riquezas, no con juicio [Jer 17,11], y se apresuran a arrebatarse de la Iglesia, y se deleitan en las contiendas y riñas). Y a cuantos engañaren los arrastran a la perdición, se revuelcan en el cieno de las liviandades y en suciedades eternas. estas mujeres levantan el peso gravísimo de la impiedad y edifican en la confusión su casa, y sirven al rey babilonio, para que allí habiten los pueblos de los herejes y de los judíos, donde moran los de la idolatría, sirviendo al leño y a las piedras.

(Cap. VI.) Y me volví, y levanté mis ojos, y vi. y he aquí cuatro cuadrigas (*quadrigae*) que salían de en medio de dos montes; y los montes

eran montes de bronce (aenei). En la primera cuadriga había caballos rojos, y en la segunda cuadriga caballos negros, y en la tercera cuadriga caballos blancos, y en la cuarta cuadriga caballos variados y fuertes. Y respondí, y dije al ángel que hablaba en mí: ¿Qué son estas cosas, señor mío? Y respondió el ángel, y me dijo: Estos son los cuatro vientos del cielo, que salen para estar ante el Dominador de toda la tierra. En la que estaban los caballos negros, salían hacia la tierra del Aquilón, y los blancos salieron tras ellos, y los variados salieron hacia la tierra del Austro. Pero los que eran los más robustos salieron, y buscaban ir y discurrir por toda la tierra. Y dijo: Id y recorred la tierra; y recorrieron la tierra. Y me llamó, y me habló diciendo: He aquí que los que salen hacia la tierra del Aquilón, hicieron reposar mi espíritu en la tierra del Aquilón.

LXX: Y me volví, y levanté mis ojos, y vi: y he aquí cuatro cuadrigas que salían de en medio de dos montes, y los montes eran montes de bronce. En la primera cuadriga caballos rojos, y en la segunda cuadriga caballos negros, y en la tercera cuadriga caballos blancos, y en la cuarta cuadriga caballos variados estorninos (sturnini). Y respondió, y dije al ángel que hablaba en mí: ¿Qué son estas cosas, señor?; y respondió el ángel que hablaba en mí, y dijo: Estos son los cuatro vientos del cielo, que salen para asistir al Señor de toda la tierra. En la que estaban los caballos negros, salían sobre la tierra del Aquilón, y los blancos salían tras ellos, y los variados salían hacia la tierra del Austro, y los estorninos salían

y consideraban cómo circundar la tierra. Y dijo: Id y circundad la tierra, y circundaron la tierra; y clamó, y me habló diciendo: He aquí los que salen sobre la tierra del Aquilón: hicieron reposar mi furor en la tierra del Aquilón.

Pasé —dice— a otra visión, y levanté los ojos de mi corazón más alto hacia el cielo; y vi cuatro cuadrigas que salían de en medio de dos montes que eran de bronce, esto es, insuperables y fortísimos, y que por ninguna antigüedad podrían ser consumidos. Pues los que arriba había llamado montes de mirtos, o sombreados y boscosos, ahora los llama de bronce.

En la primera cuadriga había caballos rojos, cruentos y sanguinarios, y terribles por la crueldad babilonia. En la segunda cuadriga, caballos negros, el reino de los medos y de los persas; el cual, sentado en una biga y saliendo por el edicto del rey Asuero, presentaba la muerte de todos los judíos con un triste anuncio. En la tercera cuadriga, caballos blancos, los macedonios, bajo cuyo rey Antíoco leemos la victoria de los Macabeos. En la cuarta cuadriga, caballos variados y fuertes. Pues sabemos que los reyes de los romanos, unos fueron clementes con la nación judía, como C. César, Augusto y Claudio; otros perseguidores y terribles, como C. Calígula, Nerón, Vespasiano y Adriano.

En lugar de "fuertes" (fortibus), que Aquila vertió como kraterous (κρατερούς) y los Setenta como psarous (ψαρούς), en el hebreo está escrito AMASIM. Y algunos ejemplares tienen mal pyrrhous (πυρρῆους), confundiendo las diferen-

cias de los colores y de los reinos, ya que los pyrrhoi, esto es, rojos, no se llaman AMASIM, sino ADAMIM.

Preguntando, pues, el profeta qué querrían significarle las cosas que divisaba, el Ángel que hablaba en él responde y narra que son los cuatro vientos del cielo, esto es, las cuatro regiones del mundo que los griegos llaman klimata (κλίματα), los cuales asisten y obedecen a la voluntad del Señor. Pues nada hicieron estos cuatro reinos que hemos dicho sin la voluntad del Señor.

«En la que estaban los caballos negros —dice—, salían hacia la tierra del Aquilón». Qué bellamente se omite la primera cuadriga en la que estaban los caballos rojos, y se describe qué hicieron tanto la segunda como la tercera y la cuarta. Pues ya en aquel tiempo en que el profeta refería estas cosas, el reino babilonio había pasado, y la potencia de los medos poseía toda el Asia; bajo cuyo rey Darío, en su segundo año, en el mes undécimo, que se llama SHEBAT (SABAT), en el día vigésimo cuarto del mes, contempla todas las cosas que arriba hemos expuesto.

Así pues, en la que estaban los caballos negros, salían hacia la tierra del Aquilón, para que la virtud meda derrocaria el reino de los caldeos. Y esto hay que notar: que los klimata, esto es, las regiones del orbe y del mundo, se llaman en las Sagradas Escrituras según la situación de Jerusalén y del templo. También los blancos salieron tras ellos, los reyes de los macedonios siguiendo las huellas de los medos y persas, para subyugar a los caldeos y a Babilonia bajo su imperio.

Los cuartos, por su parte, esto es, los estorninos y variados, por lo cual en el hebreo se lee BORODIM, y que por otro nombre se llaman AMASIM, esto es, fuertes y robustos, salieron hacia la región austral y recorrieron toda la tierra con ímpetu veloz. Y clama el ángel que hablaba en el profeta al imperio de los romanos: «Id, recorred la tierra, y circundad el orbe de las tierras, y someted bajo vuestros pies todos los reinos». Y vuelto hacia el profeta, testifica con voz clara: «He aquí los que salen hacia la tierra del Aquilón, hicieron reposar mi espíritu en la tierra» a la que partieron.

Me ha sido transmitido por los hebreos en este lugar tan difícil, que Alejandro y todos los macedonios, esto es, los caballos blancos que salieron tras los medos y los persas (quienes también ellos habían marchado hacia la tierra del Aquilón), hicieron reposar el espíritu profético en la tierra del Aquilón, por el hecho de que contra los medos cumplieron la voluntad de Dios, y en breve el imperio de los medos y de los persas fue destruido por los macedonios. Pues grande es el consuelo de aquellos que son oprimidos si saben que sus enemigos han de perecer pronto.

Estas cosas, según pudimos, o más bien según recibimos, las transmitimos a los estudiosos de nuestra lengua siguiendo la verdad de la historia; no buscando con memoria tenaz las cuadrigas de Faraón y los carros babilonios al modo de una explicación egipcia; pues no hay que considerar qué se escribió dónde, sino con qué razón se escribió. Según la alegoría, aceptemos en el presente lugar

cuanto dijimos sobre los cuatro cuernos y los cuatro herreros.

He leído en el volumen de cierto autor que las cuatro cuadrigas en las que hay caballos rojos, negros, blancos, y variados y fuertes, deben entenderse como los cuatro Evangelios y los caballos como los Apóstoles, que poseen diversas gracias por la diversidad de los colores. de los cuales unos son rojos en el martirio; otros oscuros y negros y conocedores de los misterios de Cristo, de quienes se dice en los Salmos: «La oscuridad estaba bajo sus pies» (Sal 18,10 [Vulg. 17,10]). Y: «Puso las tinieblas como su escondite» (Sal 18,11 [Vulg. 17,12]); otros blancos por la gracia virginal; otros variados y fuertes, que tienen la gracia de las curaciones y de diversas virtudes.

Estas cuatro cuadrigas o carros fueron enviados a los cuatro vientos del cielo, esto es, a los puntos cardinales del mundo y a todo el orbe de las tierras, para que cumplieran la voluntad del Señor. a los cuales después se les indica por el Ángel: «Id y recorred la tierra, y sembrad el Evangelio en todos los confines de las tierras». También esto que sigue: «He aquí los que salen hacia la tierra del Aquilón hicieron reposar mi espíritu en la tierra del Aquilón», lo explicó de tal modo que decía que el espíritu del Señor, o del ángel, reposó cuando en la tierra del Aquilón los durísimos reinos del diablo fueron subvertidos por la predicación apostólica, y que estos son los reinos que el diablo, mostrándolos al Señor Salvador en un monte excelso, se jactó de que le habían sido entregados (Mt 4).

LIBRO SEGUNDO.

Pasamos de lo oscuro a lo más oscuro, y con Moisés entramos en la nube y la calígene (Éx 34). «Un abismo invoca a otro abismo, en la voz de tus cataratas» (Sal 42,8 [Vulg 41,8]); y «el espíritu va girando y girando, y vuelve a sus círculos» (Ecl 1,6). Padecemos errores laberínticos, y regimos nuestros ciegos pasos con el hilo de Cristo. Hacia esta dificultad nos urge el mensajero del libro tocado con sombrero (*petasatus libri portitor*) (Horacio, Epist 1,2): «Quien ha comenzado, tiene ya la mitad de la obra hecha»

...¡cuánto más nosotros, que ya hemos completado la tercera parte del camino, debemos sudar con el mismo trabajo en lo restante, para no perder lo pasado, y que la obra imperfecta no aumente el deseo del lector! Por tanto, mi venerable Papa Exuperio, asiste presente con tus oraciones, tú que estás ausente en el cuerpo, e impetra del Señor que se quite de mi rostro el velo de Zacarías, el cual se extendía ante los ojos de Moisés (Éx 31 y 2 Cor 3) porque el vulgo innoble no podía soportar el fulgor de su rostro—, para que yo también pueda decir con David: «El Señor dará la palabra a los que evangelizan con gran poder» (Sal 68,12 [Vulg 67,12]).

Este es el exordio del segundo libro de las Explicaciones sobre Zacarías, el cual dictamos con

tanta celeridad que casi no hay tiempo para la enmienda; mientras el hermano Sisinio se apresura a ir a Egipto, para llevar también allí el olor de la buena fragancia que por ti fue enviado a los hermanos; y que los campos sedientos sean regados de ningún modo por el río de Etiopía, sino por las abundantísimas aguas de las Galias.

(Vers. 9. sig.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Toma de la transmigración, de Holdai y de Tobías y de Idajas; y vendrás en aquel día, y entrarás en la casa de Josías hijo de Sofonías, que vinieron de Babilonia. Y tomarás plata y oro, y harás coronas, y las pondrás en la cabeza de Jesús hijo de Josedec, sumo sacerdote; y le hablarás, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos, diciendo: He aquí un varón, Oriente es su nombre, y debajo de él brotará, y edificará el templo del Señor. Y él mismo edificará el templo al Señor, y él mismo llevará la gloria, y se sentará y dominará sobre su trono, y será sacerdote sobre su trono: y habrá consejo de paz entre ambos. Y las coronas serán para Helem y para Tobías y para Idajas y para Hen hijo de Sofonías, por memoria en el templo del Señor. Y los que están lejos vendrán y edificarán en el templo del Señor, y sabréis que el Señor de los ejércitos me ha enviado a vosotros. Y esto será, si oyereis atentamente la voz del Señor vuestro Dios.

LXX: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Recibe lo que es de la cautividad de parte de los príncipes, y de sus útiles, y de los que la conocieron: y entrarás en aquel día en la casa de Josías hijo de Sofonías, que vino de Babilonia; y recibirás

plata y oro, y harás coronas, y las pondrás sobre la cabeza de Jesús hijo de Josedec, sumo sacerdote, y le dirás: Así dice el Señor omnipotente: He aquí un varón, Oriente es su nombre, y debajo de él brotará, y edificará la casa del Señor, y él mismo recibirá la virtud, y se sentará, y mandará sobre su trono. Y habrá un sacerdote a su derecha, y habrá consejo de paz entre los dos: y la corona será para los que esperan y para sus útiles, y para los que la conocieron, y para la gracia del hijo de Sofonías, y para un salmo en la casa del Señor; y los que están lejos de ellos vendrán y edificarán en la casa del Señor. Y sabréis que el Señor omnipotente me ha enviado a vosotros; y sucederá, si oyereis atentamente la voz del Señor vuestro Dios.

Una vez propuse exponer a los oídos latinos los secretos de la erudición hebrea y la disciplina recóndita de los maestros de la sinagoga, al menos aquella que conviene a las Sagradas Escrituras. Por lo cual me es necesario trazar las líneas de la historia en los lugares más oscuros, y así presentar en medio lo que he recibido de los varones eclesiásticos, dejando al arbitrio del lector qué deba seguir más. Y primero se debe restituir el orden de la lectura, para que lo que se dice resulte claro según la letra. Toma, dice, de Holdai, y de Tobías, y de Idajas, que vinieron de la cautividad babilónica, y tomarás de ellos los dones que se ofrecen, plata y oro, y entrarás en la casa de Josías, hijo de Sofonías; y allí harás coronas, distinguidas por la variedad de oro y plata, no una corona, sino dos o más: pues ATAROTH (), esto es, *stemmata*, significan no el número singular, sino el dual

o el plural. Y cuando hayas hecho las coronas, pondrás una de ellas en la cabeza de Jesús hijo de Josedec, sumo sacerdote, y le hablarás: «Así dice el Señor omnipotente: He aquí un varón cuyo nombre es Oriente», lo cual en hebreo se dice SE-MA (), escrito no por *sin*, sino por la letra *tsade*. El cual por eso es llamado Oriente (*Oriens*), esto es, *anatole* ($\acute{\alpha}^{1/4}\epsilon\hat{\iota}^{1/2}\hat{\iota}\pm\ddot{\iota},\hat{\iota}:\hat{\iota}\rangle\acute{\alpha}^{1/2}'$) o *anaphye* ($\acute{\alpha}^{1/4}\epsilon\hat{\iota}^{1/2}\hat{\iota}\pm\ddot{\iota}\dagger\acute{\alpha}^{1/2}\rangle\hat{\iota}\cdot$) o *blastema* ($\hat{\iota}^2\hat{\iota}\rangle\acute{\alpha}^{1/2}\pm\ddot{\iota}\hat{\iota},\hat{\iota}\cdot\hat{\iota}^{1/4}\hat{\iota}\pm$), esto es, germen, porque brotará de sí mismo de repente, y de su raíz retoñará a semejanza de un germen; este varón edificará el templo del Señor. Y cuando lo haya construido, él mismo llevará también la gloria, esto es, la otra corona, que en hebreo es HOD (), y por otro se escribe *epidoxotes* ($\acute{\alpha}^{1/4}\hat{\iota}\epsilon\hat{\iota}^1\hat{\iota}'\hat{\iota}:\hat{\iota}^3\acute{\alpha}^{1/2}\hat{\iota}^1\ddot{\iota},\hat{\iota}\cdot\ddot{\iota}$), por otro *euprepeia*... por otro *arete* ($\acute{\alpha}^{1/4}\epsilon\hat{\iota}\hat{\iota}\mu\ddot{\iota},\acute{\alpha}^{1/2}'$), y por otro *doxa* ($\hat{\iota}'\acute{\alpha}^{1/2}\hat{\iota}^3\hat{\iota}^1\pm$), los cuales suenan como «ínclito», o «decoro», o «virtud», o «gloria».

Pero piensan que se significa a Zorobabel, quien, surgiendo de repente de un estado humilde y cautivo como caudillo del pueblo judío, edificó el templo del Señor, y se sentó sobre su trono, y dominó con potestad de príncipe; pero también el pontífice, dice, Jesús hijo de Josedec se sentará en el trono sacerdotal, y con ánimos y consejos unidos, gobernarán al pueblo de Dios. Y habrá paz entre aquellos dos, esto es, entre el que es de la tribu real y el que desciende de la estirpe levítica, para que el sacerdocio e igualmente el reino gobiernen al pueblo de Dios; y las coronas mismas que hiciste de oro y plata, después de

haber sido puestas en la cabeza de Jesús hijo de Josedec y en la cabeza de Zorobabel hijo de Salatiel, las consagrarás en el templo a nombre de aquellos por quienes fueron ofrecidas: esto es, Helem, y Tobías, e Idajas, y Hen. El segundo y tercer nombre es el mismo que arriba. El primero ha cambiado, y por Holdai ha puesto ahora Helem. El cuarto, que arriba no había dicho, se añade, esto es Hen, de los cuales hablaremos en lo que sigue. Además, dice que, una vez guardadas las coronas en el templo del Señor y consagradas para memoria perpetua, de todo el orbe de la tierra vendrán naciones puestas lejos, y edificarán en mi templo cada uno según sus fuerzas. Y entonces, por el éxito de las cosas y la prosperidad de todos, conoceréis que el Señor me ha enviado, y que, mandándolo él mismo, lo he predicho. Pero todo esto será si obedeciereis los preceptos del Señor y hicieréis sus mandatos.

Holdai se interpreta como «deprecación del Señor», lo cual se dice más significativamente en griego como *litaneusis Kyriou* (Î»Î¹ÎĬ,,á½±Î¹½ÎĥÎĬ...ÎĥÎ¹ÎĬ, ÎĬÎĬ...ÎĬá½· ÎĬÎĬ...); Tobías, «bueno del Señor». Idajas, «conocido del Señor». Por HOLDAI (), puso ahora en primer lugar HELEM (), que se interpreta como «sueño»; y en cuarto lugar añadió HEN (), esto es, «gracia». Las coronas de estos cuatro hombres estarán con el hijo de Sofonías, a quien arriba leímos como Josías, que es el guardián y sacristán del templo del Señor, y allí descansarán en eterna estación. Los hebreos relatan que Ananías, Azarías y Misael, viniendo de la cautividad, trajeron oro y plata

para los dones del templo y las coronas del pontífice y del caudillo; y que Hen, a quien arriba no había mencionado, esto es, «gracia», era Daniel, que vino con un don; y por eso se puso Helem por Holdai, para que por la interpretación del nombre que se dice «sueño», se muestre que Daniel y los tres jóvenes, puestos en la cautividad, conocieron los misterios del sueño real. Pues habiendo tomado a los tres jóvenes, Daniel oró al Señor y obtuvo la interpretación del sueño (Dan 2). Esto es lo que la Circuncisión (los judíos) intenta explicar según la historia.

Pero nos incumbe la necesidad de decir lo que dijeron nuestros mayores según los LXX intérpretes. Recibe de la cautividad, y de los príncipes, y de sus útiles, y de los que la conocieron, oro y plata; y habiendo entrado en la casa de Josías hijo de Sofonías, que también él vino de Babilonia, haz en ella coronas de oro y plata, las cuales pondrás sobre la cabeza de Jesús hijo de Josedec, sumo sacerdote. La cautividad de los judíos —esto es, del pueblo que confiesa al Señor— son los vicios y pecados; los cuales, el que comenzare a hacer penitencia y a desear la antigua Jerusalén —esto es, la Iglesia de Cristo—, los deserta y abandona en Babilonia; y es ofrecido por los príncipes de los cautivos y por sus útiles —esto es, de la cautividad (los cuales también ellos fueron entregados por su utilidad al ángel Satanás para la destrucción de la carne, a fin de que el espíritu fuera salvo [1 Cor 5]), y por los que la conocen, a saber, que la cautividad debe ser vuelta hacia una parte buena después de los suplicios. Además, se ofrece oro y

plata por aquellos que confiesen al Señor tanto en el sentido como en la palabra; y se hacen de ello —esto es, del oro y la plata— coronas en la casa de Josías, que se interpreta como «salvado», y es hijo de la «visitación del Señor», esto es, *episkopos Kyriou* (ἀρχιεπίσκοπος Κυρίου, ἱερεὺς κυρίου). Pues es visitado por el Señor el que antes había estado gravemente enfermo. Y rectamente se llama Josías «salvado», porque también él regresó de Babilonia.

Se ponen las coronas, o la corona, a Jesús hijo de Josedec, sumo sacerdote, porque al progresar nosotros y volver a lo mejor, por cada una de nuestras virtudes el Señor es coronado; más bien, al ser nosotros coronados por la virtud de la penitencia, el Salvador recibe una corona en cada uno, según aquello que también Pablo dice: Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman el advenimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2 Tim 4,8). De donde, por la corona de justicia, incluso el Padre del Señor Salvador recibió su nombre. Pues *Josedec* se interpreta como «Señor de justicia», por cuanto da a cada uno según sus obras. De esta corona también Santiago habla en su Epístola: «Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque cuando haya sido probado, recibirá la corona de la vida, la cual Dios ha prometido a los que le aman» (Sant 1,12).

Pero se manda al profeta que, después de haber puesto la corona, o las coronas, sobre la cabeza de Jesús hijo de Josedec, sumo sacerdote,

hable a él y diga: «Así dice el Señor: He aquí un varón, Oriente es su nombre; y debajo de él brotará», y lo demás. No dividimos a Jesús, ni podemos hacer de dos personas una sola persona; sino que él mismo que es llamado Jesús, por cuanto ha salvado al mundo, también es llamado Oriente, porque en sus días ha brotado la justicia. Y se canta en el Salmo: «La verdad ha brotado de la tierra» (Sal 85,11 [Vulg 84,12]), por cuanto generado del útero virginal en la consumación de los siglos dijo: «Yo soy la verdad» (Jn 14,6); y ha llegado la última hora, según la Epístola de Juan que dice (1 Jn 2,18): «Hijitos, ahora es la última hora», en la cual contrató por un denario al pueblo de las naciones que estaba de pie y sin hacer nada, y lo envió a la viña (Mt 20). De lo contrario, si según la diversidad de nombres se hace diverso, será uno el pastor, otro el carnero, otro el cordero, otro la puerta, otro la piedra de tropiezo y roca de escándalo.

Este, pues, que ha sido coronado con nuestras virtudes, brotará y será llamado Oriente. Al cual el Padre habló: «Mi hijo eres tú: yo te he engendrado hoy» (Sal 2,7). Y debajo de él brotará la multitud de los creyentes, y edificará la casa del Señor, la Iglesia; y él mismo recibirá la virtud y el decoro y el progreso, y la gloria de cada uno; y se sentará y dominará en su trono, en el trono de David, del cual también está escrito en el Evangelio (Lc 1); o según el hebreo, «sobre su trono»; porque él mismo es rey y sumo sacerdote; y se sentará tanto en el trono real como en el sacerdotal, y habrá consejo pacífico entre ambos, para

que ni el fastigio real deprima la dignidad sacerdotal, ni la dignidad del sacerdocio el fastigio real, sino que en la gloria de un solo Señor Jesús ambos consientan.

Leí en el libro de cierto hombre que esto que se dice (Zac 6,13): «Y habrá consejo pacífico entre los dos», se refiere al Padre y al Hijo; porque no vino a hacer su voluntad, sino la del Padre, y el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre (Ibid., XIV). Pero la corona, esto es, la insignia de la victoria, cuando Cristo haya sido coronado, se promete también a estos que le esperan, y entienden la utilidad de su antigua cautividad, y han conocido todos los misterios de Dios, para que estén en la gracia del hijo de Sofonías, esto es, de la visitación del Señor. Y los que en Babilonia decían (Sal 137,1-2 [Vulg 136,1-2]): «Sobre los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, al acordarnos de Sion: en los sauces en medio de ella colgamos nuestros instrumentos», después de haber regresado a Jerusalén, reciban el Salmo y el tímpano, y canten en la Iglesia del Señor; y los que por mayores pecados habían estado lejos de Judea, vengan por una confesión verdaderísima, y por sus progresos individuales edifiquen la casa del Señor, y entonces todos con una misma mente conozcan que el Señor omnipotente ha enviado al profeta a ellos. Se harán todas las cosas que han sido prometidas si quisieren oír al Señor, y hecha penitencia, permanecieren en las buenas obras.

(Capítulo VII.---Vers. 1 sigs.) Y sucedió en el año cuarto del rey Darío, que vino la palabra del Señor a Zacarías, en el día cuarto del noveno

mes, que es Casleu. Y enviaron a la casa de Dios a Sarasar y a Rogommelech, y a los hombres que estaban con él, para deprecar la faz del Señor: para decir a los sacerdotes de la casa del Señor de los ejércitos y a los profetas, hablando: ¿Acaso debo llorar en el mes quinto, o debo santificarme, como lo he hecho ya por muchos años? Y vino a mí la palabra del Señor de los ejércitos, diciendo: Habla a todo the pueblo de la tierra, y a los sacerdotes, diciendo: Cuando ayunabais y llorabais en el quinto y séptimo mes por estos setenta años, ¿acaso me ayunasteis a mí? Y cuando comisteis y cuando bebisteis, ¿acaso no comisteis para vosotros y bebisteis para vosotros mismos? ¿No son estas las palabras que habló el Señor por mano de los profetas anteriores, cuando Jerusalén aún estaba habitada y era opulenta, tanto ella como sus ciudades en su contorno, y se habitaba hacia el sur y en las llanuras?

LXX: Y sucedió en el cuarto año bajo el rey Darío: vino la palabra del Señor a Zacarías, el día cuarto del mes noveno que es Casleu, y envió a [Al. de] Betel Sarasar y Arabesser el rey, y sus hombres para deprecar al Señor, diciendo a los sacerdotes de la casa del Señor omnipotente, y a los profetas, diciendo: Ha entrado aquí en el mes quinto la santificación, según lo que han hecho ya por muchos años: y vino a mí la palabra del Señor de las virtudes, diciendo: Di a todo el pueblo de la tierra, y a los sacerdotes, diciendo: Si ayunáis y lloráis en los quintos y séptimos, y he aquí setenta años, ¿acaso me ayunasteis a mí? Y si coméis o bebéis, ¿no coméis vosotros y bebéis vosotros?

¿No son estas mis palabras, las que habló el Señor por manos de los profetas que fueron antes, cuando Jerusalén era habitada y era abundante, y sus ciudades en su contorno, y la montaña y la llanura eran habitadas?

En el cuarto año del rey Darío, en el mes noveno, que se llama CASLEU, (), y en el cuarto día del mismo mes enviaron a la casa de Dios, esto es, al templo que ya había sido restaurado por Zorobabel y por Jesús, Sarasar y Rogommelech y los demás que estaban con ellos, de quienes los hebreos afirman que fueron jefes persas del rey Darío temerosos de Dios: para que, como ya habían oído que el templo estaba construido, preguntaran a los sacerdotes de la casa del Señor y a los profetas si debían llorar y ayunar según la costumbre antigua, o cambiar el luto por la alegría. Y es el sentido de los que preguntan: En el mes quinto, que se llama Julio entre los romanos, Jerusalén fue subvertida por Nabucodonosor; por cuya causa, debido a la desolación del templo, hemos ayunado y llorado hasta ahora, y hemos consolado nuestro dolor con llanto y ayunos. Ahora, porque se dice que el templo está construido, y vemos que de ningún modo permanece la causa de la tristeza, pedimos respuesta sobre si debemos hacer esto, o cambiar el dolor por el gozo. Y al mismo tiempo debe considerarse que el llanto y el ayuno se llaman santificación. Por lo cual también en Joel se manda a los sacerdotes que santifiquen el ayuno y prediquen la curación (Joel 2). Pues la abstinencia y el ayuno curan las

heridas del delincuente, y santifican a todos los curados.

Después de que los jefes de los persas hubieron interrogado por medio de aquellos a quienes habían enviado, y se hubo cumplido la embajada de los que preguntaban ante los sacerdotes y profetas, vino la palabra del Señor al profeta, mandando que hable al vulgo y a los sacerdotes sobre qué deben responder a los legados. Cuando ayunabais y llorabais en el quinto mes de la cautividad de Jerusalén, y en el séptimo mes, cuando Godolías fue muerto por Ismael, a lo largo de los setenta años de la desolación del templo y la subversión de Jerusalén, ¿acaso me aprovechaba que ayunaraís (2 Reyes 25; Jer 41)? Y por el contrario, siempre que coméis y bebéis, ¿acaso no coméis y bebéis para vosotros? Pues Dios no se aplaca con estas cosas, sino con buenas obras, y si hacemos sus preceptos, porque la comida no nos recomienda ante Dios. Ni si no comiéramos desfalleceremos, ni si comiéramos abundaremos. ¿No son estas mis palabras, estando aún en pie Jerusalén y las ciudades de Judá, las que os hablaba por manos de mis profetas, cuando todavía estaba Jerusalén en pie, y las ciudades de Judá abundaban en todas las cosas, y tanto la región montañosa como la llanura rebosaban de frutos y disfrutaban de una paz fidelísima?

Pero estas eran las palabras del Señor, que la Escritura siguiente atestigua: que quiere el juicio verdadero y la misericordia hacia los prójimos, y no calumniar a la viuda, al huérfano, al extranjero y al pobre, y no pensar el mal en su corazón. Estas

cosas, dice, no quisieron hacerlas, y con oídos sordos despreciaron mis mandatos: por lo cual vino gran indignación sobre Jerusalén; y así como ellos no quisieron oírme, tampoco yo los escuché a ellos: y ahora preguntan con tanta escrupulosidad cuándo deben ayunar y llorar, habiendo dicho antes por Isaías: «No elegí tal ayuno, dice el Señor, ni que el hombre humille su alma; sino suelta todo vínculo de iniquidad: disuelve las obligaciones de las fianzas violentas: da tu pan al hambriento de corazón. Si vieres al desnudo, cúbrelo; y al pobre y sin techo recíbelo en tu tabernáculo. Entonces brotará tu luz oportuna, y tus sanidades pronto surgirán» (Is 58,5 sigs.).

Esto que está escrito en los Setenta: «Envió de Betel Sarasar y Arabesser el rey», ninguno de los nuestros pudo exponerlo: pues ni lo que está mal vertido del hebreo puede ser explicado por razón alguna. Pues, ¿quién es ese Sarasar, o Arabesser el rey? ¿O de qué provincia era rey, o hacia qué o desde dónde envió Betel? ¿O de qué Betel podía ser rey Arabesser, la cual antaño había sido desolada junto con Judea, y en aquel tiempo de ningún modo se llamaba Betel, esto es, casa de Dios, sino Bethaven, esto es, casa del ídolo? Esto también que sigue: «Entró aquí en el mes quinto la santificación, como habían hecho ya por muchos años», así intentan exponerlo: que entró la santificación cuando los vasos del templo que habían sido quitados por Nabucodonosor fueron restituidos en aquel tiempo. Sobre el ayuno del quinto y del séptimo mes, intentaron referirlo a los días de la semana. Pero porque sigue el ayuno del décimo,

se vieron obligados a referirlo a los meses, y sobre cuál sea el ayuno mismo del mes quinto, séptimo y décimo, guardaron total silencio. Por lo cual estemos contentos con la explicación anterior, y no nos inclinemos ante los falsos intentos de los que comentan, que vinieron del error de la traducción.

(Vers. 8 sigs.) Y vino a mí la palabra del Señor a Zacarías, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos, diciendo: Juzgad juicio verdadero, y haced misericordia y piedades cada uno con su hermano. Y no calumniéis a la viuda, ni al huérfano, ni al extranjero, ni al pobre; y no piense el hombre mal en su corazón contra su hermano. Y no quisieron atender, y volvieron el hombro retirándose; y agravaron sus oídos para no oír; y pusieron su corazón como diamante [Vulg. como un diamante] para no oír la ley, y las palabras que envió el Señor de los ejércitos en su espíritu por mano de los profetas anteriores; y se hizo gran indignación por parte del Señor de los ejércitos. Y sucedió que, así como él habló y no oyeron, así clamarán y no escucharé, dice el Señor de los ejércitos. Y los dispersé por todos los reinos que no conocen; y la tierra fue desolada por ellos, de modo que no había quien pasara ni regresara; y pusieron la tierra deseable en desierto.

LXX: Y vino la palabra del Señor a Zacarías, diciendo: Así dice el Señor omnipotente, diciendo: Juzgad juicio justo, y haga cada uno misericordia y compasión hacia su hermano; y no oprimáis a la viuda, ni al huérfano, ni al pobre; y no recordéis en vuestros corazones la malicia de cada uno de

su hermano. Y no quisieron atender, y dieron la espalda despreciando; y agravaron sus oídos para no oír; y pusieron su corazón desobediente para no oír mi ley, y mis palabras que envió el Señor omnipotente en su espíritu, en manos de los profetas anteriores. And se hizo gran ira por parte del Señor omnipotente, y será como dije, y no lo oyeron. Así clamarán, y no los escucharé, dice el Señor omnipotente; y los arrojaré a todas las naciones que no conocieron; y la tierra fue desolada tras ellos por quien caminaba y regresaba, y pusieron la tierra elegida en soledad.

Estas cosas quise más, estas busqué —las cuales, al no hacerlas, fuisteis entregados a la cautividad—; y no el ayuno del quinto y séptimo mes, de desolación y muerte. Juzgad juicio justo, para que no oigáis en los Salmos: «¿Hasta cuándo juzgáis iniquidad, y aceptáis las personas de los pecadores?» Juzgad al huérfano y a la viuda: justificad al humilde y al pobre (Sal 82,2-3 [Vulg 81,2-3]), no sea que también a vosotros os hable Isaías: «Los que justifican al impío por dones, y quitan al justo lo que es justo» (Is 5,23); y por causa de vosotros Habacuc, en nombre de los que son oprimidos, provoque la envidia ante Dios: «Contra mí se ha hecho el juicio, y el juez acepta: por eso se ha disipado la ley, y el juicio no llega hasta el fin, porque el impío oprime al justo» (Hab 1,3-4). Ni pensemos que el mandato de Dios es nuevo; antaño lo había mandado por Moisés: «Así juzgarás al grande como al pequeño: no aceptarás personas, y no te compadecerás del

pobre en el juicio: porque el juicio es de Dios» (Dt 1,17).

Haga también cada uno misericordia y piedad con su hermano. Después de la severidad del juicio siga la clemencia hacia todos, y máximamente hacia los hermanos, de quienes vemos que son o de la misma sangre o de una misma fe con nosotros. También a la viuda y al huérfano, de quienes se nos ha mandado: «Sé padre para los huérfanos, y como un marido para la madre de ellos; juzgando al huérfano y justificando a la viuda» (Ecli 4,10). Y no calumniéis al extranjero y al pobre, porque al uno la peregrinación y al otro la escasez lo hace humilde. Y no piense el hombre mal en su corazón contra su hermano, o como dicen los Setenta: «Y no recuerde cada uno en sus corazones la malicia de su hermano» (Lc 10). Debemos tomar al hermano y al prójimo como todo el género humano (porque hemos sido generados de un solo padre) o como aquellos que son de la familia de la fe, según la parábola del Evangelio, que quiere que se entienda por prójimo no al consanguíneo, sino a todos los hombres. Además, que la ira deba terminarse antes de que el sol se ponga, y que deba borrarse la memoria de todos los males que hemos sufrido de otros, lo leemos en muchos lugares, y especialmente en Jeremías, que habla en nombre de Dios: «Y no recordéis en vuestros corazones la malicia de cada uno de su prójimo».

Cuando yo hube mandado estas cosas, ellos no quisieron atender, y volvieron el hombro retirándose, o la espalda despreciando, rechazando mis

mandatos por el gesto del cuerpo. Pues solemos, cuando con la frente arrugada y la nariz contraída despreciamos a los que nos amonestan, volver la espalda, según aquello que está escrito: «Me volvieron las espaldas y no sus caras» (Jer 2,27). Y agravaron sus oídos, dice, para no oír, como de áspid sordo [Alt. áspides] que tapa [Alt. tapando] sus oídos, que no oye [Alt. oirán] la voz de los encantadores ni del mago que encanta sabiamente. Pues agravaron sus oídos para no oír, y pusieron su corazón para no asentir a la ley de Dios. Por lo cual Isaías les habla amenazante: «Se ha engrosado el corazón de este pueblo, y con sus oídos oyeron pesadamente, y cerraron sus ojos, no sea que vean con sus ojos, y oigan con sus oídos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane» (Is 6,10 y Hech 28,27).

Además, lo que se dice según el hebreo: «Y pusieron su corazón como diamante», muestra la dureza del corazón y el corazón de piedra, porque no quisieron recibir las palabras de Dios. Pues el diamante es una piedra fortísima, que en hebreo se llama SAMIR (סמיר), y es tan dura que rompe todos los metales y ella misma no es rota por ninguno. Por lo cual los griegos la llaman «indomable». Por este diamante se endureció el corazón del Faraón para no dejar ir al pueblo de Dios (Ex 7 sigs.). Y porque tuvieron, más bien pusieron su corazón como diamante, recibiendo por su propia voluntad la dureza del corazón, para no oír las palabras del Señor, que envió en su espíritu, esto es, en el Espíritu Santo, por mano de los profetas anteriores, Isaías, Oseas y los demás, que

tuvieron manos limpias, de quienes es manifiesto que fueron antes de la cautividad: por eso, ante grandes pecados se hizo gran indignación, y se cumplieron las palabras del Señor, devolviendo par por par, para que, así como ellos caminaron perversos hacia él, también él caminara perverso contra ellos y no oyera las palabras de los que clamaban, porque también ellos despreciaron con oído sordo las palabras del Señor. Por lo cual también los dispersó por todos los reinos que no conocen —de asirios y caldeos, medos y persas, y de las demás naciones que estaban sujetas a estos imperios y en cuyas tierras fueron diseminados. Y toda Judea quedó desierta, porque no tuvo habitante alguno, y no había en ella quien pasara ni regresara. Y la tierra que era un panal ante todas las tierras y por la multitud de la abundancia manaba leche y miel, la volvieron en soledad.

Podemos referir esto también a aquellos que, pecando en la Iglesia, han sido arrojados de la tierra de la confesión; porque no quisieron oír al Señor, y le volvieron el hombro retirándose, y agravaron sus oídos, y pusieron el corazón como diamante. Y se hizo sobre ellos la indignación del Señor, y fueron dispersados por todos los reinos de los vicios, y su tierra quedó desolada, sea el alma o el cuerpo, no teniendo al Señor como habitante, ni en sí al espíritu que regresa. Y la tierra antaño deseable, que era el hospicio de la Trinidad, se volvió en desierto y habitación de dragones. Pasemos rápidamente lo que es llano, para que en lo oscuro haya espacio para disertar: pues no escribimos tratados largos y florecientes

en los que juega una oratoria plausible, sino comentarios, cuyo oficio es pasar por alto lo manifiesto y disertar sobre lo oscuro.

(Capítulo VIII.---Vers. 1 sigs.) Y vino la palabra del Señor de los ejércitos, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos: He tenido celo por Sion con gran celo, y con gran indignación he tenido celo por ella. Así dice el Señor de los ejércitos: He regresado a Sion, y habitaré en medio de Jerusalén: y Jerusalén será llamada ciudad de la verdad; y el monte del Señor de los ejércitos, monte santificado.

LXX: Y vino la palabra del Señor omnipotente, diciendo: Así dice el Señor omnipotente: He tenido celo por Jerusalén y Sion con gran celo, y con un furor máximo he tenido celo por ella. Así dice el Señor omnipotente: Regresaré a Sion, y habitaré en medio de Jerusalén: y Jerusalén será llamada ciudad verdadera, y el monte del Señor omnipotente, monte santo.

Que el Señor aceptó a Jerusalén —esto es, al pueblo israelita— en el desierto a semejanza de una esposa, y la cubrió con su palio cuando yacía en la sangre de la idolatría, y la cultivó con amor marital, lo aprendemos más plenamente en Ezequiel (Cap. 16); la cual después, comiendo flor de harina, y miel, y aceite, y adornada con vestiduras hermosísimas, y teniendo por la largueza de su marido todos los ornamentos de gemas, fornicó con los asirios y caldeos, y oyó del Señor: «Así como la esposa desprecia a su marido, así me despreció la casa de Israel» (Jer 3). Pero entregada a la cautividad y burlada por sus amantes,

y despojada de su antiguo decoro, después de que «abrió sus pies a todo el que pasaba» y fue polucionada hasta la coronilla, memoriosa de su antigua felicidad gime: «Regresaré a mi primer marido: porque mejor me iba entonces que ahora» (Os 2,7).

A la cual él, recibéndola y teniéndola de nuevo en matrimonio —a la que antes había dicho: «No me enojaré contigo, y mi celo se ha apartado de ti» (Ez 16)—, ahora habla: «He tenido celo por Sion con gran celo, y con gran indignación he tenido celo por ella». Cuanto antes me indigné porque fue afeada por muchos amantes y manchó mi lecho — por lo cual también la entregué a sus amantes, de ningún modo como adúltera bajo marido, sino como meretriz y vil esclava, y prostituida en lupanares—, tanto más ahora he regresado a ella; porque hizo penitencia y edificó mi templo, en el cual habitaré en medio de ella. Y será llamada ciudad de la verdad, la que antes se llamaba ciudad de la mentira, de la cual también en Isaías está escrito: «La verdad durmió [Alt. cabeceó] en ella: pero ahora homicidas» (Is 1,21). Además, será llamada también monte del Señor omnipotente, monte santificado, en cuyo templo restaurado se inmolan víctimas y se observa el orden de las ceremonias.

Esto según la historia. Por lo demás, para nadie es duda que Sion y Jerusalén —la atalaya y la visión de paz— pueden tomarse como las almas de los fieles, a quienes, cuando han pecado, el Señor airado las entrega a la cautividad, para que las que no habían sentido a Dios por medio

de las cosas buenas y prósperas, lo sientan por medio de las malas y adversas. Y cuando hubieren hecho penitencia, el Señor regresará a Sion y habitaré en medio de Jerusalén, la cual entendemos como una sola y misma ciudad; y en aquellos en quienes antes reinaban las mentiras de los vicios y pecados, después morará Cristo la verdad. Y el monte del Señor de los ejércitos será llamado monte santo, del cual se dice: «Los que confían en el Señor son como el monte Sion» (Sal 125,1 [Vulg 124,1]). Y: «Grande es el Señor y muy digno de alabanza, en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo» (Sal 48,1 [Vulg 47,1-2]). De lo cual Isaías y Miqueas claman: «En lo último de los días el monte del Señor estará preparado en la cumbre de los montes, y elevado sobre los collados, y fluirán a él todos los pueblos, y se apresurarán gentes muchas y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob» (Is 2,2-3; Miq 4,1-2). Sobre este monte y sobre esta ciudad, también el apóstol Pablo (si es que al recibir la Epístola la lengua latina no rechaza la autoridad de los griegos), disputando en una oración sagrada, dice: «Os habéis acercado al monte Sion y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a las miríadas de muchos ángeles, y a la iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos» (Heb 12,22-23).

(Vers. 4, 5.) Así dice el Señor de los ejércitos: Todavía habitarán ancianos y ancianas en las plazas de Jerusalén, y cada varón con su báculo en su mano por la multitud de los días. Y las plazas

de la ciudad se llenarán de niños y niñas jugando en sus plazas.

LXX: Así dice el Señor omnipotente: Todavía se sentarán ancianos y ancianas en las plazas de Jerusalén, cada uno reteniendo su vara en su mano por la multitud de los días: y las plazas de la ciudad se llenarán de niños y niñas jugando en sus plazas.

Tan grande, dice, será la prosperidad de todas las cosas, y el descanso y la tranquilidad de las guerras cuando yo haya regresado a Sion y habite en medio de Jerusalén, que no quedando ningún enemigo, la edad senil en ambos sexos llegará hasta la última edad, y sustentarán sus miembros temblorosos con un báculo que los dirija. Llénense también las plazas de la ciudad de niños y niñas jugando. Esto, por su parte, suele suceder cuando hay seguridad y paz profunda en las ciudades, para que la edad juguetona celebre el gozo de las ciudades con juegos y danzas [Alt. coros].

Si referimos esto a la Iglesia, de la cual se dice: «Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios» (Sal 87,3 [Vulg 86,3]); y: «El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios: el Altísimo ha santificado su tabernáculo: Dios en medio de ella no será conmovido» (Sal 46,4-5 [Vulg 45,5]), ¿quién podrá dudar que las plazas de la Iglesia son las virtudes, en las cuales la sabiduría actúa confiadamente y es predicada en las cumbres de los muros? Por lo cual también el Salmista clama al Señor: «Tu mandato es sumamente ancho» (Sal 119,96 [Vulg 118,96]). En estas plazas la esposa, buscando al Señor Salvador, habla en el Cantar de

los Cantares: «Me levantaré y rodearé la ciudad en el foro y en sus plazas, hasta que encuentre a aquel a quien amó mi alma» (Cant 3,2).

Habitáran, pues, o se sentarán, ancianos y ancianas, de quienes está escrito (si es que a alguien le place recibir el libro): «La vejez es honorable, no la de mucho tiempo, ni la que se estima por el número de los años» (Sab 4,8). Pues las canas son la prudencia de los hombres, y la vejez es la vida inmaculada; de quienes también el Señor habla a Moisés: «Reúne contigo a setenta ancianos, a quienes tú mismo sabes que son ancianos» (Núm 11,16); por lo cual también antes de Abraham ninguno fue llamado anciano, de quien leemos escrito: «Murió Abraham desfalleciendo: nutrido en buena vejez, anciano y lleno de días» (Gén 25,8). Pues la gloria de los ancianos son las canas, de las cuales se dice: «Las canas del hombre son su sabiduría» (Sab 4,9). Estos sostendrán, por la multitud de los días, varas y báculos en sus manos, y dirán a los discípulos: «¿Qué queréis? ¿iré a vosotros con vara, o en espíritu de suavidad y de mansedumbre?» (1 Cor 4,21). Pues el que de sus labios profiere sabiduría, con vara hiere al hombre necio. Y por el contrario: «El que perdona su báculo, odia a su hijo; pero el que lo corrige diligentemente, lo ama» (Prov 13,24). Y no sólo ancianos, sino también ancianas se sentarán en las plazas de Jerusalén: a las cuales Pablo, describiéndolas con boca apostólica, dice: «Honra a las viudas que verdaderamente son viudas». Y en otro [Alt. el mismo] lugar: «Sea elegida la viuda de no menos de sesenta años, que haya sido

esposa de un solo varón, teniendo testimonio en buenas obras: si educó hijos, si recibió en hospitalidad, si lavó los pies de los santos, si ministró a los puestos en tribulaciones, si ha seguido toda obra buena» (1 Tim 5,3.9.10). Ancianos y ancianas de esta clase se sentarán en las plazas de Jerusalén y sostendrán báculos en sus manos, y las plazas de la ciudad se llenarán de niños y niñas jugando. Estos son los niños y niñas, los ancianos y los jóvenes, a quienes el Salmista exhorta a cantar al Señor diciendo: «Jóvenes y vírgenes, los ancianos con los más jóvenes alaben el nombre del Señor» (Sal 148,12). Y Juan el evangelista y apóstol: «Os escribo —dice—, niños, porque os son perdonados los pecados por el nombre del Salvador: os escribo, padres, porque habéis conocido a aquel que es desde el principio» (1 Jn 2,12-13). Y de estos Salomón habla en los Proverbios: «Y dé astucia a los inocentes; y al niño más joven sentido e inteligencia». Y de nuevo: «Oíd, hijos, la instrucción del padre, y atended para que conozcáis la inteligencia» (Prov 1,4; 4,1). De estos niños, jovencitas y niñas, también el salmo cuadragésimo cuarto dice: «Serán llevadas al rey vírgenes tras ella» (Sal 45,14 [Vulg 44,15]). Según lo que está escrito: «Se alegraron y se gozaron las hijas de Judá en todos tus juicios, Señor» (Sal 97,8 [Vulg 96,8]). Las cuales, cuando hubieren oído del Apóstol: «Alegraos, otra vez digo alegraos» (Fil 4,4), indicarán la alegría de la mente con el gesto del cuerpo, y con baile saltante, dirán con David: «Bailaré y jugaré en la presencia del Señor» (2 Sam 6,22).

(Vers. 6.) Así dice el Señor de los ejércitos: Si parecerá difícil a los ojos del remanente de este pueblo en aquellos días, ¿acaso será difícil a mis ojos?, dice el Señor de los ejércitos. LXX: Así dice el Señor omnipotente: Si será imposible ante el remanente de este pueblo en aquellos días: ¿acaso también ante mí será imposible?, dice el Señor omnipotente.

A través de cada palabra y sentencia por las cuales se prometen a Israel cosas prósperas y, por la magnitud de las cosas, casi increíbles, el profeta propone: «Así dice el Señor omnipotente», diciendo esto en otro discurso: No penséis que son más las cosas que prometo, y no desconfiéis como si fuera un hombre: son promesas de Dios las que repito. Arriba había dicho que ancianas y ancianos se sentarían en las plazas, y por la longitudo del tiempo retendrían báculos en sus manos, que las plazas se estrecharían por la multitud de hombres, que niños y niñas dirigirían danzas como en días festivos, y que Jerusalén sería edificada y restituida a su estado de antigua felicidad. Esto les parecía increíble al remanente del pueblo que había venido de la cautividad, al ver la ciudad totalmente desolada, mostrando las ruinas de los muros, las paredes quemadas y las manos de los babilonios; por eso añade: Si a vosotros, que sois el remanente del pueblo cautivo, os parece difícil o imposible lo que prometo, que en aquellos días en que ha de ser edificada Jerusalén haya tanta felicidad: ¿acaso será difícil o imposible a la vista del Señor, que promete estas cosas futuras por mi

boca? Pues lo que para los hombres es imposible, para Dios es posible (Mt 19,26).

Hemos visto estas cosas cumplidas en las Iglesias de Cristo en el tiempo de la persecución, cuando la ferocidad de los perseguidores se excitó a tanta rabia que incluso destruían nuestros lugares de reunión, entregaban los libros divinos al fuego, y todas las islas, minas y cárceles se llenaban de rebaños encadenados de confesores y mártires. ¿Quién creería en aquel tiempo que las Iglesias serían edificadas de nuevo por aquellos mismos que antes las habían destruido? No porque hayan sido los mismos hombres, sino porque el mismo poder real que antes se sentaba en celadas con los ricos (Sal 10), y como por decreto del senado intentaba extinguir el nombre de Cristo, ahora edifica las basílicas de las Iglesias a expensas de la república, y exalta las cimas más altas, de modo que no sólo decora los artesonados y techos relucientes con oro; sino que también viste las paredes con revestimientos de diversos mármoles, y los libros divinos que antes entregaba al incendio, ahora los venera dorados y purpurados, y distinguidos por la variedad de gemas, bajo la custodia del estado romano.

(Vers. 7, 8.) Así dice el Señor de los ejércitos: He aquí que yo salvaré a mi pueblo de la tierra del Oriente, y de la tierra del ocaso del sol. Y los traeré, y habitarán en medio de Jerusalén: y serán para mí un pueblo, y yo seré para ellos Dios, en verdad y en justicia. LXX similarmente.

Algunos de los judíos dicen que estas cosas se cumplieron después de Zorobabel y Nehemías,

una vez edificado el templo, contruidos los muros de la ciudad y restituido el estado judaico, por los Macabeos y diversos príncipes que gobernaron Judea hasta Herodes. Otros mencionan que han de cumplirse en la consumación del mundo bajo el Cristo, a quien esperan en vano. Nosotros, en cambio, decimos que en aquel tiempo, es decir, después de Zorobabel y Nehemías, se cumplieron en parte, y precedieron como en tipos e imágenes, cuando el pueblo fue reducido de la cautividad y habitó en Jerusalén, y fue llamado pueblo de Dios, y de nuevo el Señor fue llamado Dios de ellos: de ninguna manera en la mentira y la iniquidad, sino en la verdad y la justicia.

Y ahora plenísimamente bajo el Señor Salvador en la Iglesia, es decir, en la verdadera Jerusalén, la promesa se cumple en los hechos, especialmente porque se dice: «He aquí que yo salvaré a mi pueblo de la tierra del Oriente y de la tierra del Occidente», de los cuales también el Señor hablaba en el Evangelio: «Muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán en el reino de los cielos con Abraham, Isaac y Jacob» (Mt 8,11). Y mucho antes el Salmista había prometido, diciendo: «El Dios de los dioses, el Señor, ha hablado, y ha llamado a la tierra. Desde el orto del sol hasta el ocaso, desde Sion es el decoro de su hermosura» (Sal 50,1-2 [Vulg 49,1-2]). Pues vendrá de Sion quien arrebatte y aparte las iniquidades de Jacob cuando desde el Oriente y el Occidente se ofrezca incienso al nombre del Señor en todo lugar, y un sacrificio puro, de ninguna manera en las víctimas del antiguo Testamento, sino

en la santidad de la pureza evangélica; sobre cuyo incienso también leemos en otra parte: «Diríjase mi oración como incienso en tu presencia» (Sal 141,2 [Vulg 140,2]). And qué sea este incienso, lo demuestra el discurso siguiente: «La elevación de mis manos como sacrificio vespertino».

Pues después de que brotó de la vara de Jesé aquel que habría de dominar a las naciones, y en él esperaron las naciones (Rom 15), y desde el Oriente y desde el Occidente, tanto el primer pueblo como el último creyeron en el Señor, y se hizo un solo rebaño: entonces todas las naciones fueron provocadas a la alegría, e incitadas al gozo, diciendo el profeta: «Alegraos, naciones, con su pueblo» (Sal 22,27 [Vulg 21,28]). Según aquello que está escrito en otra parte: «Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán ante él todas las familias de las naciones».

Y lo que sigue: «En verdad y justicia», esto significa que la sombra de la antigua Ley se retira, y viene la verdad del Evangelio, de ninguna manera en la justicia de los judíos, sino en la justicia cristiana: pues el Señor mismo es verdad y justicia, de quien leemos: «La verdad ha brotado de la tierra, y la justicia ha mirado desde el cielo» (Sal 85,11 [Vulg 84,12]). Por lo cual también en el salmo decimocuarto, la justicia y la verdad son nombradas simultáneamente: «Quien camina sin mancha y obra la justicia, y habla la verdad en su corazón» (Sal 15,2 [Vulg 14,2-3]).

(Vers. 9.) Así dice el Señor de los ejércitos: Confortense vuestras manos, vosotros que oís en

estos días estas palabras por la boca de los profetas en el día en que fue fundada la casa del Señor de los ejércitos, para que el templo fuera edificado. Los Setenta, en lugar de Señor de los ejércitos, tradujeron «Señor omnipotente», lo demás de modo similar.

Edificado el templo bajo Zorobabel y Josué (pues en el cuarto año del rey Darío, el cuarto día del mes noveno, que se llama CASLEU, se dicen todas estas cosas, cuando ya el templo había sido construido), los mismos profetas Ageo y Zacarías, que para que fuera edificado habían exhortado tanto a los jefes como al pueblo, ahora los exhortan para que, a partir de la verdad de las cosas anteriores, acomoden la fe a estas cosas que se prometen para el futuro, y conforten sus manos, no temiendo de ninguna manera el ímpetu de los medos y las acechanzas de las naciones de alrededor que deseaban impedirlo; y confórtense por la boca de los profetas desde el día en que se echaron los cimientos del templo hasta el día en que el templo fue sobreedificado, y oigan lo que sigue. Explicamos brevemente la historia refiriendo espiritualmente a la Iglesia lo que se dice de Jerusalén y del templo; en la cual se confortan las manos por las buenas obras, y se fundan las casas cuando se echan los cimientos de la fe, y se construye el templo cuando la multitud de los creyentes se robustece y vive de tal modo que merezca ser templo de Dios.

(Vers. 10.) Pues antes de aquellos días no había salario para los hombres, ni había salario para los jumentos, ni para el que entraba y salía había paz

ante la tribulación: y dejé a todos los hombres cada uno contra su prójimo. LXX: Porque antes de aquellos días el salario de los hombres no será para lucro, y el salario de los jumentos no subsistirá, y para el que sale y el que entra no habrá paz ante la tribulación: y enviaré a todos los hombres cada uno a su prójimo.

Los Setenta refirieron todo al tiempo futuro, pero es mejor al pasado, como se tiene en el hebreo, y la verdad de la exposición lo aprobará. Antes de que se fundara la casa del Señor y se edificara el templo del Señor, todo vuestro trabajo fue vano. Y tanto los hombres como los jumentos en la agricultura, en el comercio y en diversas obras, se frustraban con vanos esfuerzos: fuera los adversarios, dentro la sedición turbaban la paz, y había en todas partes suspensión de justicia por la frecuencia de las guerras y las acechanzas domésticas, mientras ni siquiera el hermano muestra fe al hermano, y todo parentesco es enemigo. El profeta Ageo, comprendiendo este sentido con otras palabras, dice: «Y ahora poned vuestros corazones desde este día en adelante: antes de que se pusiera piedra sobre piedra en el templo del Señor. Cuando accedíais a un montón de veinte modios y resultaban diez; y entrabais al lagar para exprimir cincuenta lagunas y resultaban veinte. Os herí con viento abrasador y con añublo, y con granizo todas las obras de vuestras manos, y no había entre vosotros quien se volviera a mí, dice el Señor» (Ag 2,15-17).

lo cual podemos recibir también en la Iglesia y en cada uno de los creyentes. Pues ciertamente

antes de que los cimientos de la casa de Dios se echen en nosotros, y seamos edificados como templo para Dios, y oigamos del Apóstol: «Vosotros sois templo de Dios, y el Espíritu Santo habita en vosotros» (2 Cor 6,16), cualquier obra buena que parecíamos tener, ya sean los racionales, que se llaman hombres, ya los simples, que se llaman jumentos (pues a los hombres y a los jumentos, dice, salvarás, Señor [Sal 36,6 [Vulg 35,7]]), no tiene recompensa ante Dios, y hay en nosotros guerras y discordias, y en todas partes tribulación y sin la paz de Cristo, la cual al ir al Padre dejó a los apóstoles (Jn 14), y se cumple en nosotros la sentencia del Señor: «Los enemigos del hombre son los de su propia casa» (Miq 7,6). «Pues todo hermano suplantando suplanta; y todo amigo camina fraudulentamente, y el varón se burla de su hermano y no habla la verdad, su lengua aprendió a hablar mentira» (Jer 9,4-5). Pero si nos convertimos a Cristo y somos hechos su templo, inmediatamente oiremos al Apóstol proclamando: «Cada uno recibirá su propio salario según su propia obra» (1 Cor 3,8).

(Vers. 11, 12.) Nunc autem non juxta dies priores ego faciam reliquiis populi hujus, dicit Dominus exercituum; sed semen pacis erit. Vineam dabit fructum suum: et terra dabit germen suum: et coeli dabunt rorem suum: et possidere faciam reliquias populi hujus, universa haec. LXX: Et nunc non juxta dies priores ego faciam reliquiis populi hujus, dicit Dominus omnipotens; sed pacem monstrabo. Vineam dabit fructum suum: et terra dabit germina sua: et coelum dabit rorem

suum: et possidere faciam reliquias populi mei haec omnia.

Priusquam domus Dei fundamenta jacerentur, et aedificaretur templum, merces hominum non erat, nec merces jumentorum, nec prae tribulatione et angustia pax introeuntibus, et exeuntibus, et omnes homines inter se hostili odio dissidebant. Nunc autem quia jam domus Domini fundamenta jacta sunt, et templum aedificatum est, nequaquam faciam ut prius feceram his qui de captivitate Babylonia sunt reversi; sed erit ubique pax et gaudium, et ariditatem ac famem pristini temporis futura abundantia compensabit. Para que la vid dé su fruto y todos los lagares se llenen, la tierra se vista de alegres cosechas, y con las lluvias irrigantes y el rocío nocturno todo brote: todas estas cosas que he dicho haré poseer al remanente de mi pueblo: porque los cimientos de la casa del Señor han sido echados y el templo ha sido construido.

El profeta Ageo dice estas mismas cosas al mismo tiempo, quien arriba había dicho: «Os herí con viento abrasador y con añublo y con granizo todas las obras de vuestras manos», después de que los cimientos del templo fueron echados: «Poned —dice— en vuestros corazones desde este día en adelante, desde el día veinticuatro del mes noveno: desde el día en que los cimientos del templo fueron echados, poned sobre vuestro corazón. ¿Acaso ya está la semilla en el brote? ¿Y aún la vid y la higuera y el granado y el olivo no han florecido? Desde este día bendeciré, y de nuevo moveré el cielo junto con la tierra» (Ag 2,18-21).

Digamos también de otro modo, siguiendo la explicación comenzada sobre la Iglesia. Antes de que alguien reciba la fe de Cristo y en él se echen los cimientos del Espíritu Santo, ninguno podrá oír: «hay salario para tu obra». Ya sea aquel judío, o hereje, o gentil: cualquier obra buena que hiciera, a menos que la hiciera en el nombre de Cristo, no tendrá el salario de su buena obra. Vemos las vírgenes de los herejes, el rigor de los filósofos, la observancia de los judíos en la variedad de manjares; y sin embargo se dice, según Ageo, que comen y no se sacian; beben y no se embriagan; se cubren y no se calientan; y el que reúne salarios los mete en un saco roto (Ag 1).

Pero después de que hayan recibido la fe de Cristo, tanto estos como aquellos que habían sido pecadores en la Iglesia y por la magnitud de sus delitos fueron entregados a la cautividad de este mundo y quemados por el fuego babilonio, y hayan oído al Señor predicando: «El Espíritu del Señor sobre mí, por lo cual me ungió: me envió a evangelizar a los pobres, a predicar a los cautivos la remisión y a los ciegos que vean; a sanar a los que están contritos de corazón» (Is 61,2), y se haya cumplido en ellos aquello que se dice por Amós: «Convertiré la cautividad de mi pueblo Israel, y edificarán las ciudades disipadas y los plantaré» (Amós 9,14), entonces en aquellos días brotará la justicia y la multitud de la paz (Sal 72,7 [Vulg 71]).

La vid dará su fruto, ella que dice en el Evangelio: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. A todo sarmiento que permanece en mí, el Padre lo

purifica para que dé mayores frutos» (Jn 15,2.8). Y cuando hayan sido purificados sus sarmientos, esto es, los látigos y las vástagos, y con ojos que brotan hayan comenzado a prometer la esperanza de futuros frutos, para que se cumpla aquello que está escrito: «Las viñas florecientes dieron su olor» (Cant 2,13); entonces el sol de justicia dará color a los racimos colgantes, para que, enviados a los lagares de los salmos octavo y octogésimo tercero, que se inscriben para los lagares, sean pisoteados por el pie del Señor que sube de Bosor, para que derrame el vino que alegra el corazón del hombre.

La tierra también dará su brote, no árida y pedregosa y llena de espinas; sino la tierra buena que da el ciento por uno, el sesenta y el treinta (Mt 13); para que los que sembraron con lágrimas, con alegría cosechen (Sal 126,5 [Vulg 125,5]).

Pero también los cielos darán su rocío, de los cuales en el salmo decimoctavo (Vers. 1) está escrito: «Los cielos narran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos» (Sal 19,1 [Vulg 18,2]). De estos cielos se dice en el cántico del Deuteronomio: «Alegraos, cielos, con él» (Deut 32,43), esto es, con el Señor Salvador, a quienes conoció de antemano y predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo (Rom 8), que habla con Moisés: «Espérese como lluvia mi elocución, y desciendan como rocío mis palabras» (Deut 32,2).

Pues resurgirán los que estaban muertos por los pecados, y serán suscitados los que yacían en sepulcros blanqueados, que están llenos de

huesos de muertos, y se alegrarán los que moran en la tierra. Y cuál sea la causa de la alegría, lo demuestra el discurso siguiente: «Pues el rocío que es de ti, es la salud de ellos». Y todas estas cosas, a saber, la paz y el fruto de las viñas y la abundancia de las tierras que creció por el rocío de los cielos, las poseerá el remanente de mi pueblo, de quienes habla Isaías: «Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado semilla, como Sodoma habríamos sido, y como Gomorra habríamos sido semejantes» (Is 1,9). Pues el remanente según la elección de la gracia ha sido salvado: no por las obras; de lo contrario no sería gracia.

(Vers. 13 y ss.) Y será que, así como erais maldición entre las naciones, casa de Judá y casa de Israel: así os salvaré y seréis bendición: no temáis, confórtense vuestras manos. Porque así dice el Señor de los ejércitos: Como pensé afligiros cuando me habían provocado a ira vuestros padres, dice el Señor, y no tuve misericordia: así, habiéndome vuelto, he pensado en estos días hacer bien a Jerusalén y a la casa de Judá: no temáis. LXX: Y será, como erais en maldición entre las naciones, casa de Judá y casa de Israel: así os salvaré, y estaréis en bendición: confiad y confortaos en vuestros corazones, porque así dice el Señor omnipotente: Como pensé afligiros en lo que vuestros padres me habían provocado a ira, dice el Señor omnipotente, y no me arrepentí: así estoy preparado y he pensado en estos días hacer bien a Jerusalén y a la casa de Judá: confiad.

Promete que estas cosas serán en el futuro después de la edificación del templo, para que así

como estaban en todas las naciones para maldición y para silbido y para ejemplo, la casa de Judá y la casa de Israel (a saber, las dos y las diez tribus), así cuando hayan sido salvadas y hayan regresado a Judea, sean la bendición de todos. No temáis, dice, a los adversarios rebeldes: confiad en que es verdad lo que el Señor promete por medio de mí: confórtense vuestras manos: cumplid las obras que habéis comenzado. La causa del confortamiento es la promesa del Señor: «Porque así dice el Señor omnipotente», para quien nada es imposible, que puede cumplir lo que promete: como ideé afligiros y entregaros a la cautividad, porque vuestros padres me provocaron a ira, y no tuve misericordia: lo cual los LXX tradujeron οὐ μετενόησα, esto es, no me arrepentí, que en hebreo se escribe ULO NAHAMTHI (), pero no tuve misericordia para corregiros mediante la cautividad e instruiros mediante todos los tormentos y flagelos: así ahora en el tiempo presente he pensado hacer bien a Jerusalén y a la casa de Judá. Y debe notarse que cuando se aíra, la casa de Judá y la casa de Israel son maldición entre las naciones, es decir, las doce tribus que fueron entregadas a la cautividad. Pero después de que ha pensado hacer el bien, no lo hace a Judá e Israel, esto es, a las dos y a las diez tribus, a saber, a Jerusalén y a Samaria, a Oolá y a Oolibá; sino que, dejando a Israel en la cautividad, hace el bien a Jerusalén y a la casa de Judá: y añade al final: «No temáis», o «confiad», en aquel sentido que expusimos arriba.

Sobre la Iglesia, en cambio, y sobre cada uno de los creyentes, puede entenderse así: que en el tiempo de la persecución los cristianos fueron para maldición y para ejemplo a todas las naciones de alrededor, porque habían ofendido a su Señor; y después estén en bendición cuando la paz haya sido devuelta, y todo esto sucede porque el Señor, que antes había estado airado, después tuvo misericordia de Jerusalén, visión de paz, y de Judá, que confiesa la fe del Señor. También cada uno de los creyentes que por sus vicios son expulsados de la Iglesia y entregados a Satanás para la destrucción de la carne (1 Cor 5), para que aprendan a no blasfemar (1 Tim 1), cuando hayan hecho penitencia, volverán a su estado antiguo, y verán la paz de Dios, y poseerán la gloria de su confesión.

Esto que está escrito: «No tuve misericordia», o «no me arrepentí», lo calumnian los herejes como si Dios fuera o cruel o mudable, si o no se arrepiente o se arrepiente. Pues si se arrepintiera, dicen que es mudable; si no se arrepintiera, afirman que es cruel. Pero Dios se arrepintió de haber ungido a Saúl como rey (1 Sam 15). Y entre los ninivitas, a quienes por el profeta había anunciado: «Aún tres días y Nínive será subvertida» (Jon 3,4), que hicieron penitencia, se dice que él mismo cambió su sentencia, no por vicio de una mente imprevisora, sino por la variedad de aquellas cosas que ellos hacen mal o bien. Pues si han hecho mal, amenaza; si han llorado sus antiguos pecados, tiene misericordia: no cambia Dios, que es uno y el mismo y no puede cambiar; sino que,

habiéndose cambiado ellos de las malas a las buenas obras, cambia él mismo su propio decreto. Quien también habla en el Génesis: «El clamor de los sodomitas y gomorritas se ha multiplicado; y sus pecados son excesivamente grandes: bajando, pues, veré si cumplen según el clamor de ellos que ha venido a mí; y si no, para que lo sepa» (Gén 18,20-21). Lo que dijo es esto: Si permanecen en el furor, no faltará la pena a los pecadores; si desisten de la locura, se harán dignísimos de mi conocimiento. «Conoce el Señor a los que son suyos» (2 Tim 2,19). Y el Apóstol escribe a los gálatas: «Pero entonces, no conociendo a Dios» (Gál 4,8). Y aunque Dios conozca a todos, y nada de lo pasado, ni de lo presente, ni de lo futuro le esté oculto, en el Evangelio dice que no conoce a los impíos: «Apartaos de mí, obradores de la iniquidad, no os conozco» (Lc 13,27). Por tanto, aceptemos tanto el conocimiento como el arrepentimiento, la ira, la indignación y todos los afectos de Dios, no por vicio del lenguaje humano, sino con el sentido de la divina majestad.

(Vers. 16, 17.) Estas son, pues, las palabras que habréis de cumplir: Hablad la verdad cada uno con su prójimo, juzgad la verdad y el juicio de paz en vuestras puertas, y ninguno de vosotros piense mal contra su amigo en vuestros corazones, y no améis el juramento falso: porque todas estas son cosas que yo odio, dice el Señor. LXX: Estos son los sermones que habréis de cumplir: Hablad la verdad cada uno con su prójimo: juzgad la verdad y un juicio pacífico y justo en vuestras puertas, y ninguno piense mal contra su prójimo

en vuestros corazones, y no améis el juramento falso, porque todas estas cosas odio, dice el Señor omnipotente. Prometí que no actuaría conforme a los días anteriores para con el remanente del pueblo de los cautivos.

Y así como pensé en afligirlos, cuando sus padres me provocaron a ira, y no tuve misericordia: así ahora he pensado, habiéndome vuelto [a la misericordia] en estos días, hacer bien a Jerusalén y a la casa de Judá.

Para que, por lo tanto, permanezca mi sentencia y no se haga irrita la promesa, haced esto que mando: Hablad la verdad con vuestros prójimos. Entendamos por 'prójimo' a todo el género humano, porque hemos sido engendrados de un solo padre.

De lo contrario, si se entiende por prójimo al pariente, se debería mentir a los peregrinos y extranjeros. Esto mismo dice el Apóstol: Dejando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo (Ef. IV, 25).

La verdad, dice, y el juicio de paz juzgad en vuestras puertas. En el juicio, lo primero sea la verdad y la justicia; luego sigue la misericordia.

Pues este es el juicio de paz: que el juez tenga el propósito de pacificar a los discordes, según aquello del Evangelio: Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios (Mat. V, 9).

Y lo que sigue: En vuestras puertas, concuerda con aquel dicho profético: Odiaron en las puertas al que reprende, y abominaron la palabra santa (Amós V, 10).

Y en otro lugar: No serán confundidos cuando hablen a sus enemigos en la puerta (Sal. CXXIX, 6).

David también juzgaba en las puertas, cuando Absalón, prometiendo la verdad del juicio, tendía asechanzas a su padre (II Rey. XIX).

Y se pregunta por qué entre los judíos el lugar de juzgar estaba en las puertas. Para que los agricultores no se vieran obligados a entrar en las ciudades y sufrir algún gasto, los jueces residían en las puertas, de modo que escucharan tanto a los ciudadanos como a los campesinos a la salida e entrada de la ciudad, y terminado el negocio, cada uno regresara inmediatamente a sus propias moradas.

Y el mal, dice, contra vuestros amigos no lo penséis en vuestros corazones: RAAH, que todos unánimes han interpretado como kakía (κακία), es decir, malicia, podemos tomarlo de dos maneras, tanto por aflicción como por mal.

Por aflicción: Si hay malicia en la ciudad que el Señor no haya hecho (Amós III, 6). Y: Basta al día su propia malicia (Mat. VI, 34).

Por mal habla Dios en el profeta Jonás: Subió el clamor de su malicia hasta mí (Jon. I, 2). Y en el Apóstol leemos: Llenos de toda iniquidad y malicia (Rom. I, 29).

De ambos modos, por lo tanto, aquel que es santo ni aflige a su amigo, ni piensa mal contra él en su corazón.

Y el juramento, dice, falso no lo améis: mandando el Señor en el Evangelio: Pero yo os digo, que no juréis en ninguna manera, sino que vues-

tro hablar sea sí, sí, no, no (Mat. V, 34); pues quien no jurare, nunca podrá perjurar. El que jura, oiga aquello que está escrito: No tomarás el nombre del Señor tu Dios sobre cosa vana (Ex. XX, 7).

Todas estas son cosas que odio, dice el Señor: según las palabras de Malaquías que dice: Y todas las cosas que yo odiaba, las hacíais (Mal. II, 13; según los LXX).

En los preceptos que pertenecen a la vida y son claros, no debemos buscar alegoría, no sea que, según el Cómico, busquemos un nudo en un junco (Plauto, Men. II, 1).

(Vers. 18, 19.) Y vino a mí palabra del Señor de los ejércitos, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos: El ayuno del cuarto, el ayuno del quinto, el ayuno del séptimo y el ayuno del décimo serán para la casa de Judá gozo y alegría, y solemnidades preclaras: amad solamente la verdad y la paz. LXX: Y vino a mí la palabra del Señor omnipotente, diciendo: Así dice el Señor omnipotente. El ayuno cuarto, el ayuno quinto, el ayuno séptimo y el ayuno décimo serán para la casa de Judá gozo y alegría, y festividades [Al. solemnidades] buenas (pues esto se dice en hebreo TOBIM, es decir, agathás [buenas]), y alegraos, y amad la verdad y la paz.

Respecto a lo que antes habían preguntado Sarasar y Regem-melec por medio de legados, si en el mes quinto y en el mes séptimo, como se tiene en los LXX, debían ayunar y llorar, o si tras la edificación del templo debían finalizar el ayuno y deponer el luto, habiéndose expuesto en medio muchas cosas sobre lo que debían hacer y lo que

debían esperar, el profeta respondió en persona del Señor: el ayuno del cuarto, el ayuno del quinto, el ayuno del séptimo y el ayuno del décimo (pues por apó koinou se sobrentiende 'del mes') se convertirá para la casa de Judá y Jerusalén en días festivos y gozo.

Dios solamente busca la verdad y la paz. En este lugar muchos de los nuestros han dicho muchas cosas, y discordantes entre sí. Algunos, profesando la oscuridad mediante el silencio, lo han pasado por alto como un foso profundísimo en sus comentarios: juzgando más correcto no decir nada en absoluto que decir poco.

Nos vemos obligados, por tanto, a recurrir a los hebreos y a buscar la verdad del conocimiento más en la fuente que en los arroyos: especialmente cuando no se trata de alguna profecía sobre Cristo, donde suelen tergiversar y ocultar la verdad con la mentira; sino que se teje el orden de la historia a partir de lo precedente y lo consecuente.

El ayuno del cuarto mes, que entre los latinos se llama julio, el día diecisiete del mismo mes, piensan que es aquel cuando Moisés, descendiendo del monte Sinaí, arrojó y rompió las tablas de la Ley (Éx. XXXII), y según Jeremías, los muros de la ciudad fueron rotos por primera vez (Jer. LII).

En el quinto mes, que entre los latinos se llama agosto, cuando a causa de los espías de la tierra santa se originó una sedición en el pueblo, se les ordenó no subir al monte; sino dar rodeos hacia la tierra santa durante cuarenta años con largos

gastos, para que, a excepción de dos, Caleb y Josué, todos cayeran en la soledad (Núm. XIV).

En este mes, tanto por Nabucodonosor (Jer. LII), como muchos siglos después por Tito y Vespasiano, el templo de Jerusalén fue incendiado y destruido, capturada la ciudad de Bether, a la cual habían huido muchos miles de judíos, y arado el templo en ignominia de la nación oprimida por Turannio Rufo.

Pero en el séptimo, que entre nosotros se llama octubre, como dijimos arriba, fue muerto Godolías, y los restos de la tribu de Judá y de Jerusalén fueron dispersados (IV Rey. XXV). Leamos a Jeremías (Cap. XXXIX y XLI).

En el mes décimo, que entre nosotros se llama enero, por ser la puerta (janua) del año y su principio, Ezequiel, puesto en cautiverio, oyó, y todo el pueblo de los cautivos, en el quinto mes que el templo había sido subvertido, lo cual conocemos plenamente en el mismo profeta.

Esto es, pues, todo lo que se dice: Sabed que los días de llanto y de ayunos que habéis tenido hasta ahora en luto, puesto que he pensado en hacer bien a Jerusalén y a la casa de Judá, han de ser convertidos en alegría y gozo y solemnidades: siempre que améis la verdad y la paz.

Según la anagogía, puesto que entonces ayudamos cuando el esposo nos es quitado (Luc. V), y no merecemos tener su presencia, cuando el Señor haya vuelto a nosotros y haya pensado en hacernos bien, toda tristeza se convertirá en gozo; y el hambre antigua de la palabra de Dios será

compensada por la presencia de sus doctrinas y la saciedad del pan celestial.

(Vers. 21, 22.) Así dice el Señor de los ejércitos: Hasta que vengan pueblos y habiten en muchas ciudades, y vayan los habitantes uno a otro, diciendo: Vamos y deprequemos la faz del Señor, y busquemos al Señor de los ejércitos. Iré yo también, y vendrán muchos pueblos y naciones robustas a buscar al Señor de los ejércitos en Jerusalén, y a deprecar la faz del Señor. LXX: Así dice el Señor omnipotente: Todavía vendrán muchos pueblos y los habitantes de muchas ciudades; y se congregarán los que habitan las ciudades en una ciudad, diciendo: Vamos para que deprequemos la faz del Señor y busquemos el rostro del Señor omnipotente. Iré yo también, y vendrán muchos pueblos y muchísimas naciones para buscar la faz del Señor omnipotente en Jerusalén, y para deprecar la faz del Señor.

El ayuno del cuarto, del quinto, del séptimo y del décimo mes se conmutará en óptimas solemnidades, hasta el punto de que las ciudades de Judea que antes estaban desiertas sean celebradas con frecuentes habitantes: y una ciudad se dirija a la otra, y se exhorten mutuamente, diciendo: puesto que por estos setenta años los caminos de Sión habían llorado, porque no había quien fuera a la solemnidad, todas sus puertas estaban desiertas y sus sacerdotes gimiendo: ahora, devuelta la paz, vayamos a Jerusalén, en la cual está mandado por la ley que inmolemos víctimas y que tres veces al año todo varón nuestro aparezca en la presencia del Señor (Éx. XXIII), y

diciendo una a la otra: Vamos y deprequemos la faz del Señor y busquemos al Señor omnipotente, responderá la otra ciudad: Iré yo también: tiempo en el cual vendrán muchos pueblos y naciones innumerables y robustas para ofrecer sacrificios en Jerusalén al Señor de los ejércitos y deprecarse su faz.

Pues el Señor se aproxima a quienes no le tientan, y muestra su faz a quienes no son incrédulos (Sab. I). Quien ha visto al Hijo, ve también al Padre (Juan XIV); y el Señor y Salvador es la imagen del Dios invisible: no porque el Hijo sea visible y el Padre invisible, sino porque, nombrado el Hijo, se siente al Padre. Pues de ninguna manera es Padre si no tiene Hijo. De donde él mismo también habla en el Evangelio: Padre, he manifestado tu nombre a los hombres (Juan XVII, 6).

Lo que hemos dicho sobre Jerusalén y Zorobabel, o después de Zorobabel, se refiere con más rectitud y plenitud a Cristo y a Jerusalén, que se entiende como la Iglesia: y entonces, desde todo el orbe de la tierra, concurrirán pueblos y naciones para ofrecer sacrificios en el templo del Señor.

En tiempo de persecución también, como antes mencionamos, los maestros y sacerdotes de la Iglesia prometan audazmente a los cautivos y creyentes que las parroquias (paroikia) habrán de ser edificadas de nuevo y devuelta la tranquilidad de la paz, y la faz del Señor habrá de ser deprecada en las Iglesias. Pasamos rápidamente por lo manifiesto para detenernos en lo más oscuro.

(Vers. 23.) Así dice el Señor de los ejércitos: En aquellos días, en los cuales diez hombres de todas

las lenguas de las naciones asirán, y asirán la orilla del manto de un varón judío, diciendo: Iremos con vosotros: porque hemos oído que Dios está con vosotros. LXX: Así dice el Señor omnipotente: En aquellos días si diez varones de todas las lenguas de las naciones asieren y tomaren [Al. tocaren] la orilla del manto de un varón judío, diciendo: Iremos contigo, porque hemos oído que Dios está con vosotros.

Algunos de los judíos dicen que estas cosas se cumplieron bajo Zorobabel y después de Zorobabel. Otros las aplazan para un tiempo futuro, cuando esperan que haya de venir el Cristo. Nosotros, sin embargo, lo entendemos con más rectitud y verdad en el advenimiento del Señor Salvador, cuando nació de la Virgen María.

Finalmente está escrito: '¿Hasta que vengan los pueblos' (Zac. VIII, 20)? Cuando se dice 'hasta que', no significa el tiempo presente, en el cual estaban Zorobabel y Jesús, sino el futuro, cuando vendrán muchos pueblos y naciones robustas para buscar al Señor de los ejércitos en Jerusalén y deprecar la faz del Señor.

En aquel tiempo, por lo tanto, y en aquellos días, diez hombres de todas las lenguas de las naciones asirán la orilla del manto de un varón judío, diciendo: Iremos con vosotros: porque hemos oído que Dios está con vosotros.

Y en Isaías leemos: Siete mujeres asirán a un solo hombre, diciendo: Comeremos nuestro propio pan y nos cubriremos con nuestros propios vestidos: solamente sea llamado [Al. invocado] tu nombre sobre nosotras: quita nuestro oprobio (Is.

IV, 1). Las que allí son llamadas siete mujeres, esto es, las Iglesias, cuyo número también se contiene en el apóstol Pablo: pues escribe a siete Iglesias: a los Romanos, a los Corintios, a los Gálatas, a los Efesios, a los Filipenses, a los Colosenses, a los Tesalonicenses.

And en el Apocalipsis de Juan, en medio de siete candeleros (Apoc. I), esto es, de las Iglesias: de los Efesios, Esmirniotas, Pergamenos, Tiatirenos, Sardenses, Filadelfianos, Laodicenses, entra el Señor ceñido con variedad [Al. verdad] y con oro purísimo: ahora en el profeta Zacarías se nombran diez, las cuales también buscó el Señor para que, si las hubiese hallado en Sodoma y Gomorra, Adma y Seboim, las librara de la destrucción.

Pues la letra Iota, de la cual toma su inicio el nombre del Salvador, no solo entre los griegos sino también entre los hebreos, significa el número diez. Y por este discurso místico se muestra que todos los que son contados bajo el nombre cristiano, de quienes también dice el Señor que dejó siete mil en tiempo de la persecución de Jezabel y la huida de Elías, los cuales no doblaron sus rodillas ante Baal (III Rey. XIX), y que habrán llegado a la medida del varón perfecto de todas las lenguas y naciones, asirán la orilla del manto de un varón judío, esto es, del Señor Salvador, de quien también se dice en los Salmos: Judá es mi rey (Sal. LIX, 9). Y: Judá, te alabarán tus hermanos. Y de nuevo: No faltará príncipe de Judá, ni caudillo de entre sus muslos, hasta que venga aquel a quien le está reservado: y él mismo será la esperanza de las

naciones (Gén. XLIX, 8, 10). Pues habrá una raíz de Jesé: y el que se levantará para dominar a las naciones, en él esperarán las naciones (Is. XI, 10).

Y cuando le hubieren asido, desearán adherirse a sus huellas, porque Dios está con él. O ciertamente, quienes de todas las lenguas y naciones hubieren creído, asirán al varón judío, a los apóstoles que son de los judíos, y dirán: Vayamos con vosotros: porque hemos oído por los profetas, y hemos conocido por la voz de todas las Escrituras, que Cristo el Hijo de Dios, Dios y Señor, está con vosotros.

Donde hay una profecía clarísima, y se predica sobre el advenimiento de Cristo y de sus apóstoles, y la fe de todas las naciones, no busquemos nada más.

En cuanto a lo que dijimos que el número de siete mil pertenece al nombre de los cristianos, calcula en griego heptakeis chilious y christeianous, y hallarás el mismo número y suma, esto es, mil novecientos cuarenta y uno.

Pero también la parábola de las diez vírgenes en el Evangelio (Mat. XXV), a las cuales interpretamos en los sentidos de la carne y del espíritu, si hubieren preparado el aceite de las buenas obras para sus lámparas y hubieren duplicado el número cinco para que sean santas (según el Apóstol) en cuerpo y espíritu, se refieren al sacramento de este número. También diez ciudades, las cuales quien hubiere gobernado óptimamente los sentidos del cuerpo recibirá en número duplicado en el futuro (Luc. XIX).

(Cap. IX.---Vers. 1.) La carga de la palabra del Señor en la tierra de Hadrac, y de Damasco su reposo: porque del Señor es el ojo del hombre, y de todas las tribus de Israel. LXX: La asunción de la palabra del Señor en la tierra de Hadrac [Al. Sedrac] y de Damasco su sacrificio, porque el Señor mira a los hombres y a todas las tribus de Israel.

Toda esta Visión o peso y carga de la palabra del Señor, como interpretó Áquila, pertenece a la vocación de las naciones y a la edificación de la Iglesia. Y el orden de las palabras es: Asunción de la palabra del Señor, aguda para los pecadores, suave para los justos: pues HADRAC (Adrach) resuena así, un nombre compuesto de dos palabras íntegras: AD que significa agudo, y RACH que significa suave y tierno; y no como erróneamente leen algunos, 'Sedrac'.

Algunos refieren Hadrac al pueblo de los judíos, y Damasco a la vocación de las naciones. De donde el pueblo, o la asunción de la palabra del Señor, se realiza en la tierra de Hadrac, sobre la cual el Señor ejerció tanto su austeridad como su clemencia (Is. XI, 10, según los LXX). Austeridad para con aquellos que no quisieron creer; clemencia para con aquellos que regresaron con los Apóstoles.

Pero Damasco es para el reposo del Señor, según aquello que está escrito en Isaías: Y será su reposo honor. Puesto que antes de que el niño supiera elegir lo bueno o lo malo, y llamar padre y madre, recibió la fuerza de Damasco y los despojos de Samaria (Is. VIII, 4). De donde también

'Damasco' se traduce a nuestra lengua como 'bebiendo sangre' o 'sangre de cilicio', de modo que la primera interpretación signifique un pueblo sangriento; la segunda, la penitencia unida a su crueldad.

Y lo que sigue: Porque del Señor es el ojo del hombre y de todas las tribus de Israel, lo explican así: Por eso el templo de Dios ha de ser construido de ambos pueblos, esto es, tanto de la tierra de Hadrac como de Damasco su reposo: porque es del Señor quienquiera que, tanto de las naciones, mire a Dios y espere en él, como de todas las tribus de Israel; o, según los LXX, porque el Señor mira por igual a todos los hombres y a todas las tribus de Israel.

Digamos también de otro modo: en la tierra de Hadrac está la carga de la palabra del Señor, y un peso gravísimo. Pero en Damasco están sus víctimas y sacrificio, porque el Señor mira la fe de las naciones y la perfidia de la Circuncisión sin acepción alguna de personas, y es igualmente el Dios de todos: imponiendo un grave peso de su sentencia sobre unos, y descansando en la sede de otros.

Los judíos dicen que todas estas cosas han de cumplirse en el advenimiento del Cristo, que se prometen a sí mismos para el último tiempo, y que la tierra de Hadrac, y Damasco, y Hamat, y Tiro, y Sidón, y Ascalón, y Gaza, también Ecrón y Azoto y los filisteos, someterán sus cuellos a un rey poderosísimo y le servirán habitando en Jerusalén; y nadie se atreverá a levantar la mano contra Israel, estando todos pacificados en

el contorno. Cosas todas las cuales estamos convencidos de que se han cumplido espiritualmente en el advenimiento del Señor y en su Iglesia.

(Vers. 2 ss.) Hamat también en sus fronteras, y Tiro y Sidón: pues se atribuyeron a sí mismas sabiduría en gran manera. Y Tiro edificó su fortaleza, y amontonó plata como tierra, y oro como lodo de las plazas. He aquí que el Señor la poseerá, y herirá en el mar su fortaleza, y esta será devorada por el fuego.

LXX: Hamat en sus confines Tiro y Sidón: porque fueron excesivamente sabias, y Tiro edificó su fortaleza, y congregó plata como tierra, y oro como lodo de los caminos. Por eso el Señor la poseerá, y herirá en el mar su fortaleza, e ella misma será consumida en el fuego.

Hamat, que se interpreta como cholos (χόλος), esto es, indignación, es la misma que recibió de Antíoco Epífanes el nombre de Epifanía, y ahora es una ciudad de la Celesiria. Y estas, por tanto, y Tiro y Sidón estarán en los confines de Damasco, o en los confines de la tierra de Hadrac, para que crean en el Señor Salvador, a quien el Padre le dijo: Pídeme, y te daré las naciones por herencia tuya, y por posesión tuya los confines de la tierra (Sal. 2, 8). Las hijas de esta Tiro, esto es, las almas de los que creen en Cristo, llevarán presentes al rey, para que se cumpla lo que está escrito: Las hijas de Tiro lo adorarán con presentes (Sal. 44, 13). Y cuando la ciudad de Dios, la Iglesia, haya sido edificada, de la cual el Salmista canta: Cosas gloriosas se dicen de ti, ciudad de Dios (Sal. 86, 2), inmediatamente seguirán las

demás cosas: He aquí los extranjeros y Tiro y el pueblo de los etíopes, estos nacieron allí (Ibíd., 86, 4). De los extranjeros se dice en dos salmos: Los extranjeros me sirven, o me están sujetos. De los etíopes leemos en el profeta Sofonías: Desde más allá de los ríos de Etiopía me traerán dones (Sof. 3, 10). Y en el Salmo: Etiopía prevendrá sus manos para Dios (Sal. 67, 32).

De Tiro, en cambio, habla el Evangelio: ¡Ay de ti, Corozáin! ¡ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, hace tiempo que quizás habrían hecho penitencia en saco y ceniza (Mt. 11, 21). De los confines de Tiro y Sidón aquella mujer cananea sirofenicia, cuya hija estaba mal por un demonio, salió al encuentro del Señor Salvador (Mc. 7); y dedicó las primicias de la fe de los tirios y sidonios, para que los que en tiempo de Cristo no habían creído, porque aún no habían visto los signos y milagros, los vieran después por los apóstoles y creyeran, y fueran partícipes de aquella bienaventuranza que el Señor promete, diciendo: Bienaventurados los que no vieron y creyeron (Jn. 20, 29).

Pero Tiro y Sidón (de las cuales la una se interpreta como syneche (συνοχή), esto es, angustia; la otra como thereuma (θήρευμα), esto es, caza) se atribuyeron a sí mismas sabiduría hasta tal punto que con sus sofismas y las redes de los dialécticos y los tejidos de los sofistas, que la Escritura menciona como fortalezas, Tiro propuso enigmas a Salomón, esto es, al rey pacífico, y congregó su plata, a saber, el brillo de la elocuencia, y

el oro, la astucia de los sentidos, a semejanza del polvo y del lodo que hay en las plazas y caminos, para poseer el reino de la idolatría que había fortificado. Pero contra estas fortalezas habla el Apóstol: Pues las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios, para la destrucción de fortalezas: destruyendo pensamientos, y toda altitud que se levanta contra la ciencia de Dios (2 Cor. 10, 4, 5). Y bajo la persona de Nínive, que se interpreta como 'adornada' o 'bella' (pues nada hay más adornado que el mundo), se dirige la palabra de Dios por el profeta contra los hombres del mundo: Y tú te embriagarás, y serás despreciada, y buscarás auxilio del enemigo: todas tus fortalezas son como higueras con sus brevas: si fueren sacudidas, caerán en la boca del que las come.

Y así, el Señor poseerá a Tiro y a Sidón, cuando antes haya herido su fortaleza en el mar saladísimos y amarguísimos de este siglo, y para que nada de su antigua sabiduría, esto es, de su hinchada necedad, permanezca en ellas, por la cual se procuraron fortalezas débiles, y plata y oro semejantes al lodo, las cocerá con fuego y las limpiará hasta la pureza, de lo cual el Salvador habla en el Evangelio: Fuego vine a echar sobre la tierra, ¡y cómo deseo que ya arda! (Lc. 12, 49), según aquello que está escrito en Marcos: Todo será salado con fuego (Mc. 9, 48).

(Vers. 5 ss.) Verá Ascalón, y temerá, y Gaza, y se dolerá en gran manera: y Ecrón, porque su esperanza ha sido confundida; y perecerá el rey de Gaza, y Ascalón no será habitada. Y se sentará

un separador en Azoto, y destruiré la soberbia de los filisteos. Y quitaré su sangre de su boca, y sus abominaciones de en medio de sus dientes: e incluso él mismo quedará para nuestro Dios, y será como un jefe en Judá, y Ecrón como un jebuseo. Y rodearé mi casa de aquellos que militan para mí, yendo y volviendo, y no pasará más sobre ellos el exactor: porque ahora he visto con mis ojos.

LXX: Verá Ascalón, y temerá; y Gaza, y se dolerá en gran manera; y Ecrón, porque ha sido confundida en su esperanza; y perecerá el rey de Gaza, y Ascalón no será habitada. Y habitarán extranjeros en Azoto; y destruiré la injuria de los extranjeros, y quitaré su sangre de su boca, y sus abominaciones de en medio de sus dientes; y permanecerán también estos para nuestro Dios, y serán como un chiliarchos (χιλίαρχος), esto es, un tribuno en Judá; y Ecrón como un jebuseo, y pondré en mi casa una elevación, para que nadie pase a través de ella, ni vuelva, y de ninguna manera sobrevenga sobre ellos más el conductor y el que ahuyenta: porque ahora he visto con mis ojos.

Ascalón se interpreta como 'fuego innoble' o 'pesada'; Gaza, 'fuerte' o 'imperio'; Ecrón, 'estéril' o 'erradicada'; Azoto, que en hebreo se dice ESDOD (Asdod), 'fuego generador' o 'fuego del tío paterno' o 'fuego de la teta'; jebuseo suena como 'pisoteada'. Hemos expresado las etimologías de los nombres para que recorramos brevemente el sentido. Viendo Ascalón y Gaza y Ecrón que Hamat estaba en los confines de Damasco, y Tiro y Sidón, después de que fueron heridas en el

contorno y todo su heno, leña y rastrojo ardió con el incendio, que fueron poseídas por el Señor, y ellas mismas, aterradas por el temor y el dolor y la confusión, empezaron a esperar cosas mejores. Finalmente Ascalón, en la cual estaba antes el diablo, 'fuego innoble', y había llegado hasta la medida y el peso de los pecados, tembló de pavor por el hecho de haber dejado de tener habitantes. Y Gaza se dolió en gran manera, haciendo penitencia por los crímenes antiguos, ella que en otro tiempo había sido fuerte y dura e indomable, y se prometía a sí misma el reino de todos, por el hecho de que su rey y príncipe, la palabra contraria y la potestad del enemigo, había perdido su imperio.

Ecrón también estéril, porque sin la Ley y el conocimiento de Dios no tenía hijos, fue erradicada, para que oyera aquello profético: 'Alégrate, estéril, la que no pares; rompe y clama, la que no estás de parto: porque son más los hijos de la abandonada que de la que tiene marido' (Is. 54, 1). Y cuando Ascalón y Gaza y Ecrón hubieron sido aterradas y se hubieron dolido, bien porque no hubieran tenido habitantes, o hubieran perdido al rey, o su antigua esperanza las hubiera frustrado, extranjeros se sentarán en Azoto, donde el fuego genera, el cual el Señor envió sobre la tierra y desea que arda (Lc. 12). Pues él mismo bautiza en el Espíritu Santo y en el fuego (Mt. 3), donde está el sobrino y el tío paterno (adelphidous kai patradelphos), a quien la esposa desea en el Cantar de los cantares: donde está el fuego de la teta y del pezón abundantísimo, de lo cual leemos en el

mismo Cantar: 'En medio de mis pechos morará' (Cant. 1, 13). Y en el Apóstol: 'Leche os di a beber, no comida' (1 Cor. 3, 2).

En lugar de lo que dijimos según los LXX: 'y habitarán extranjeros en Azoto', en el hebreo se lee: 'habitará' o 'se sentará MAMZER en Azoto', por lo cual nosotros hemos puesto: 'y se sentará un separador en Azoto'. Entiende por separador al Señor, que separa el trigo de la paja (Mt. 3 y 13), y los peces buenos de los peces malos, y discierne la plata y el oro de la suciedad y la escoria. Y cuando haya hecho esto, promete lo demás: 'Destruiré la injuria' o 'la soberbia de los filisteos'. Por lo cual los LXX tradujeron 'extranjeros'. Filisteos se interpretan en nuestra lengua como 'cayendo por la copa': porque bebieron de la copa de Babilonia y, embriagados, cayeron. Estos, por tanto, en el tiempo de la vocación de las naciones y del advenimiento de Cristo, no tendrán soberbia, sino que seguirán a Jesús humilde y manso.

Y quitará de su boca la sangre, las palabras de blasfemia, y las abominaciones, el culto de los ídolos y el comer aquellas cosas que han sido inmoladas a los ídolos, de en medio de sus dientes: para que después de que estas cosas hayan sido quitadas, los mismos filisteos, esto es, los extranjeros, queden para el Señor, y sea jefe en Judá, esto es, en el pueblo que confiesa al Señor, para que el pueblo anterior que estaba en la cabeza se convierta en cola, y el novísimo que estaba en la cola pase a la cabeza; y Ecrón, antes estéril y por eso erradicada, sea como Jebús, esto es, como

Jerusalén. Pues esta ciudad es llamada con tres nombres: Jebús, Salem y Jerusalén.

'Y rodearé —dice— mi casa', esto es, la Iglesia, 'de aquellos que militan para mí', esto es, de aquellos que me sirven en varios ministerios y discurren de aquí para allá a mi mando, yendo y volviendo. O bien: Rodearé mi casa con el auxilio de los ángeles, de los cuales también en otro lugar está escrito: 'Acampará el ángel del Señor alrededor de los que le temen, y los librará' (Sal. 33, 8): para que no haya quien vaya y vuelva, esto es, quien trame insidias contra mi pueblo. Ni pasará sobre ellos más el exactor, del cual dice Isaías: 'Cesó el exactor' (Is. 14, 4): o ciertamente, exelau-non, esto es, expulsando hacia fuera y arrastrando a los cautivos al cautiverio: porque con sus ojos, que podemos entender por los profetas y por todos los santos, vio el Señor la vocación de las naciones y la seguridad de la Iglesia.

Alégrate mucho, hija de Sión; jubila, hija de Jerusalén: He aquí que tu Rey vendrá a ti, justo y salvador: él mismo es pobre y cabalgando sobre un asno, y sobre un pollino hijo de asna. Y destruiré el carro de Efraín, y el caballo de Jerusalén, y será disipado el arco de la guerra, y hablará paz a las naciones, y su potestad será desde el mar hasta el mar, y desde los ríos hasta los confines de la tierra.

LXX: Alégrate vehementemente, hija de Sión; predica, hija de Jerusalén: He aquí que tu Rey vendrá a ti Justo, y salvador, él mismo manso y cabalgando sobre un animal de carga y un pollino joven, y destruirá los carros de Efraín, y el caballo

de Jerusalén, y destruirá los arcos de los que luchan y la multitud, y la paz de las naciones, y dominará desde las aguas hasta el mar, y desde los ríos hasta las salidas de la tierra.

Los Evangelistas escriben que esta profecía se cumplió cuando el Señor entró en Jerusalén, sentado sobre un asno y un pollino de asna, y salió al encuentro una multitud con ramos de palmas, clamando: 'Bendito el que viene en el nombre del Señor: hosanna en las alturas' (Mt. 21); y reprendiéndole los fariseos por qué no corregía a los niños que clamaban, respondió: '¿No habéis leído: De la boca de los infantes y de los que maman perfeccionaste la alabanza?' (Sal. 8, 3). Se alegra, pues, Sión y jubila Jerusalén, una misma y única ciudad (pues Sión es la ciudadela de Jerusalén), porque le viene su Rey, que fue prometido por los vaticinios de todos los profetas: Justo y él mismo Salvador, esto es, Jesús, como interpretó el ángel, hablando a la Virgen: 'Y se llamará Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados' (Mt. 1, 21). Pobre también, o, como tradujeron los LXX, 'manso', el cual siendo rico, por nosotros se hizo pobre, y dice en el Evangelio: 'Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón' (Mt. 11, 29). Y, cabalgando sobre un asno de carga, o sobre un pollino joven, a saber, sobre ambos pueblos, de la Circuncisión y del Prepucio, de los cuales el primero había llevado el pesadísimo yugo de la Ley, como está escrito en los Hechos de los apóstoles: 'Ni nosotros ni nuestros padres pudimos llevar el pesado yugo de la Ley' (Hech. 15). De donde también Pablo escribe a los gálatas que querían

circuncidarse: 'Estad firmes, y no volváis a estar sujetos al yugo de la servidumbre' (Gál. 5, 1). Pero el pollino joven, la multitud de los gentiles, que no tenía frenos de la Ley, ni era dirigido por nadie, sino que siempre en los precipicios y en los remolinos de la idolatría era derribado y quebrantado, aprendió por la monta del Señor a caminar y a entrar en el camino recto.

'Y destruiré —dice— el carro de Efraín'. Todavía se dice desde la persona de Dios Padre, que el carro perecerá de Efraín, y el caballo de Jerusalén. Y mientras tanto, según la letra, dice estas cosas: No habrá batallas, estando todas las cosas pacificadas por el advenimiento y nacimiento de Cristo. Además, según una inteligencia más alta, Efraín se refiere a la multitud de las herejías, que se interpreta como karpophoria (χαρποφορία), esto es, fecundidad y abundancia de frutos, de los cuales está escrito en el salmo setenta y siete: 'Los hijos de Efraín que apuntan y disparan el arco, se volvieron en el día de la batalla'. De estos carros y carrozas leemos: 'Estos en carros y estos en caballos, nosotros en cambio invocaremos el nombre del Señor Dios nuestro: ellos fueron atados y cayeron, nosotros en cambio nos levantamos y estamos erguidos' (Sal. 19, 8, 9). El caballo que es destruido de Jerusalén es aquel de quien leemos: 'Falaz es el caballo para la salvación' (Sal. 32, 17). Y en Jeremías, los que estaban vacantes para el lujo y la lascivia, oyen: 'Caballos locos tras las mujeres se me hicieron: cada uno relinchaba tras la mujer de su prójimo' (Jer. 5, 8). De donde son llamados de nuevo a la penitencia, diciendo el

Salmógrafo: 'No queráis ser como el caballo y el mulo, en los cuales no hay entendimiento' (Sal. 31, 9).

Y cuando Dios haya destruido los carros de Efraín y el caballo de Jerusalén, los que hubieren sido liberados de tal clase de caballos y carros, serán trasladados a la servidumbre del Señor, y serán hechos Querubines, y de ellos se dirá: 'El carro de Dios es múltiple de diez mil, miles de los que se alegran' (Sal. 67, 18). Y: 'A mi caballería en los carros de Faraón te he comparado, amiga mía' (Cant. 1, 8). Y: 'Sube a los caballos, y tu caballería es salvación' (Hab. 3, 8). Se disipará el arco de la guerra, para que no se lancen dardos encendidos que puedan herir los corazones de los voluptuosos. Y hablará paz a las naciones, de las cuales está escrito: 'Él será la esperanza de las naciones' (Gén. 49, 10). Y de nuevo: 'Sobre él esperarán las naciones' (Is. 11). Y: 'Su potestad será desde el mar hasta el mar, y desde los ríos hasta los confines de la tierra' (Sal. 71, 8). Esto no ha de ser atenuado por la alegoría; sino creer que verdaderamente se ha cumplido, según aquello que leemos: 'Pídeme, y te daré las naciones por herencia tuya, y por posesión tuya los confines de la tierra' (Sal. 2, 8). En el salmo setenta y uno también, bajo la persona de Salomón y del verdadero pacífico, se dice: 'And He shall rule from sea even to sea, and from the river even to the ends of the earth' (Vers. 8).

(Vers. 11, 12.) Tú también, por la sangre de tu testamento, has sacado a tus cautivos del pozo en el que no hay agua. Convertíos a la fortaleza, cau-

tivos de la esperanza: hoy también anunciando te daré el doble.

LXX: Y tú por la sangre del testamento has sacado a tus cautivos del pozo que no tiene agua: os sentaréis en la fortaleza cautivos de la congregación, y por un día de tu peregrinación te daré el doble.

Después de que la palabra del profeta, o más bien el mismo Dios Padre omnipotente, anunció a Sión y a Jerusalén que vendría a ellas su Rey, manso, y cabalgando sobre un asno de carga y un pollino de asna, y que su potestad habría de ser desde el mar hasta el mar, y desde los ríos hasta los confines de la tierra, hace una apóstrofe al mismo Cristo, de quien es el vaticinio, y dice: 'Tú también, por la sangre de tu testamento', o de tu pacto, 'has sacado a tus cautivos del pozo en el que no hay agua'. Lo cual se entiende así: Por la sangre de tu pasión, librate por tu clemencia a los que estaban retenidos cautivos en la cárcel del infierno, en la cual no hay misericordia alguna. Finalmente, después de que el Señor resucitó, estos que por los pecados de Adán, o, como algunos quieren, por el error arraigado y por los vínculos de la muerte estaban retenidos, resucitaron con él y aparecieron en la ciudad santa. De esta sangre del testamento, indicando él mismo su futura pasión, hablaba a los discípulos: 'Tomad y bebed de esto todos: porque este es el cáliz del nuevo testamento en mi sangre' (Mt. 26, 27, 28).

En prefiguración de este pozo que no tiene aguas, también José fue enviado por sus hermanos al pozo (Gén. 37); y Daniel (Dan. 6) y Jeremías

por los caldeos y el pueblo de los judíos; también Benaías en tiempo de nieve y frío descendió al pozo para matar allí a un león (2 Sam. 23, 20). Jeremías, sin embargo, no fue sumergido en el agua del pozo, sino en el lodo y el fango del pozo, que podía sofocar más que refrigerar al sediento (Jer. 37 y 38). De donde en el salmo se escribe: 'Estoy clavado en el limo del abismo, y no hay donde hacer pie' (Sal. 68, 3). En este pozo del infierno moraba aquel rico en otro tiempo vestido de púrpura, cuya lengua jactanciosa era abrasada por los incendios de las penas, y de tal manera no tenía refrigerio alguno de aguas que pedía el refrigerio del extremo del dedo de un pobre mojado en agua (Lc. 16).

Y de nuevo se dirige la palabra a los mismos que estaban cautivos y que habrían de ser librados por la misericordia de Cristo: 'Convertíos a la fortaleza, cautivos de la esperanza'. Y el sentido es: Los que ahora estáis cautivos y sois retenidos por el inclemente y terrible infierno, que esperáis la solución de los vínculos en el advenimiento de Cristo, convertíos a la fortaleza, o bien os sentaréis en la fortaleza, de la cual está escrito: 'La defensa del santo es el temor del Señor'; para que podáis aprender: 'Sé para mí un Dios protector y un lugar fortificado, para que me salves' (Sal. 70, 3), y el profeta haga mención también de vosotros: 'He aquí una ciudad firme, nuestro Salvador pondrá muro y antemuro' (Is. 26, 1).

Esta fortaleza, sin embargo, a la cual Dios exhorta a los cautivos de la esperanza, o cautivos que esperan de la Iglesia, no debemos entenderla

como otra sino la habitación del paraíso, en la cual entró el primer ladrón con el Señor (Lc. 23); y por eso son provocados a la fortaleza por medio de Zacarías, porque ya entonces y desde aquel tiempo el Señor prometía que por la breve tribulación recibirían premios eternos. O, como se lee en los LXX: 'por un día de tu peregrinación, te daré el doble'. Pues en comparación con la eternidad, todo lo que padecemos en el mundo ha de llamarse un día, no de habitación, sino de peregrinación: porque somos advenedizos y peregrinos como todos nuestros padres. Pues en el presente 'lo momentáneo y leve de nuestra tribulación obra en nosotros, sobre toda medida, un peso de gloria eterna en la sublimidad, no contemplando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven' (2 Cor. 4, 17-18). Pues las cosas que se ven son temporales; pero las que no se ven, eternas.

(Vers. 13.) Porque he tensado para mí a Judá, como un arco he llenado a Efraín, y suscitaré a tus hijos, Sión, sobre tus hijos, Grecia, y te pondré como espada de fuertes. LXX: Porque te he tensado, Judá, para mí como un arco: he llenado a Efraín, y suscitaré a tus hijos, Sión, sobre los hijos de los griegos, y te manejaré como espada de guerrero.

Los judíos refieren esto a los tiempos de los Macabeos, que vencieron a los macedonios y purificaron el templo ensuciado por la idolatría después de un espacio de tres años y medio. Y lo que sigue: 'Como un arco he llenado a Efraín', estiman que se significa a aquellos de las diez tribus que se llaman Israel, que habían venido bajo Ezequías,

sobre los cuales también se recuerda que reinó Josías: de tal manera al menos que interpreten el testimonio anterior de otro modo que nosotros lo hemos explicado, y digan: Oh Cristo, a quien esperamos [Al. esperábamos] que ha de venir, y que has de reinar en todos los confines de la tierra: en la sangre de tu testamento en la cual encontraste a Jerusalén rociada, según Ezequiel (Cap. 16), en su propia sangre, e iniciaste el pacto con Abraham en las divisiones del becerro y del carnero y del macho cabrío; despediste a tu pueblo Israel de la cautividad y del horno de los caldeos, en los cuales no había misericordia alguna (Gén. 15). Por eso también vosotros, oh israelitas, que estabais cautivos y esperabais en el Señor, volved a la muy fortificada Jerusalén: porque hoy tenéis al Señor prometiéndoos que por la breve injuria de la cautividad, recibáis todo duplicado, como leemos que recibió también Job (Cap. 42).

Según la tropología, este lugar puede explicarse así: Se tensa a Judá en el arco cuando el Señor y Salvador es enviado por el Padre a este mundo, el cual es él mismo tanto el arco, como el sagitario y la saeta. El arco, como en el presente lugar. El sagitario, como en el salmo cuarenta y cuatro: 'Tus saetas agudas son poderosísimas' (Sal. 44, 6), con las cuales cuando uno ha sido herido, dice: 'Herida de amor estoy yo' (Cant. 2, 5). Pero la saeta es él mismo el que habla por Isaías: 'Me puso como saeta elegida, y en su aljaba me escondió' (Is. 49, 2). La saeta elegida es la Palabra de Dios; la aljaba en la que se esconde la saeta es la dispensación de la carne asumida. Con esta se

llena Efraín, para que cuando haya sido armado y preparado para la guerra, también él sea herido con las naciones por las saetas del Señor; de cuya tribu primero dividió al pueblo Jeroboam (1 Rey. 12), a quien el profeta Oseas demuestra más plenamente que es aceptado en la persona de los herejes (Os. 5 y 6), y lo que dijimos arriba: 'Los hijos de Efraín que apuntan y disparan el arco, se volvieron en el día de la batalla' (Sal. 77, 9). Pues suscitando el Señor a los hijos de Sión, esto es, a los hijos de la Iglesia, tanto los maestros de los dogmas contrarios como toda aserción de los filósofos y los argumentos de los gentiles serán destruidos, porque el mismo Señor es la espada de los fuertes, de quien se dice: 'Cíñete tu espada sobre tu muslo, oh poderosísimo'. Con tu aspecto y tu hermosura, tiende, avanza prósperamente y reina; a causa de la verdad y la mansedumbre y la justicia, y tu diestra te conducirá maravillosamente' (Sal. 44, 4 ss.). Con esta espada son heridos los etíopes, de quienes está escrito: 'Y vosotros, etíopes, seréis heridos por mi espada' (Sof. 2, 12), los cuales después de que hayan sido heridos por la espada de Cristo, depondrán el color tétrico, y exultantes dirán: 'Sea el esplendor del Señor Dios nuestro sobre nosotros' (Sal. 89, 17); lo cual también David se promete a sí mismo después de la penitencia: 'Me lavarás, y seré blanqueado más que la nieve' (Sal. 50, 9). Esta es la espada de la que escribe el Apóstol: 'Viva es la palabra de Dios y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos, y llega hasta la división del alma y del espíritu' (Heb. 4, 12).

(Vers. 14.) 'Y el Señor Dios se verá sobre ellos, y su dardo saldrá como el relámpago, y el Señor Dios tocará en la trompeta, y marchará en el torbellino del Austro.' 'El Señor de los ejércitos los protegerá.' LXX: 'Y el Señor Dios aparecerá sobre ellos; y su flecha saldrá como el relámpago: y el Señor Dios Omnipotente sonará en la trompeta, e irá en la conmoción de su terror.' 'El Señor Omnipotente los protegerá.'

Y refieren este lugar a los tiempos de los Macabeos, porque cuando ellos luchaban contra Antíoco y vencían, la lucha y la victoria fueron del Señor, que salió fuerte al combate, y su potencia apareció a semejanza del relámpago, y una vez vencidos los adversarios y dispersados por la muerte del torbellino, protegió al pueblo de los judíos.

Nosotros, empero, referiremos todo al entendimiento del Salvador, de quien arriba se dijo: 'He extendido para mí a Judá como un arco.' Una vez extendido este, y habiendo sido muertos los herejes y los gentiles por los hijos de Sion, aparecerá la gloria del Señor, y su dardo saldrá como el relámpago, sobre cuyo relámpago leemos también en Habacuc: 'A la luz de tus flechas irán en el esplendor de tu lanza relampagueante' (Hab. 3, 11).

Cuyo relámpago y esplendor se llama con otro nombre trompeta y clamor, para que cuando el santo clamor haya resonado, diga el que antes había estado con oídos sordos: 'La disciplina del Señor me abrió los oídos, y me dio oído para oír.'

Y lo que sigue: 'Y marchará en el torbellino del Austro', o 'marchará en el movimiento de su amenaza'. Por eso amenaza, y dice que ha de infligir suplicios, para tener misericordia de los penitentes. Finalmente, añade y dice: 'El Señor Omnipotente los protegerá', a quienes antes había aterrado con su amenaza. Leamos la historia de los ninivitas.

(Vers. 15, 16.) 'Y devorarán y someterán con piedras de honda: y bebiendo se embriagarán casi como con vino, y se llenarán como filiales, y como los cuernos del altar, y los salvará el Señor Dios de ellos en aquel día como a grey de su pueblo, porque piedras santas serán elevadas sobre su tierra.' LXX: 'Y los consumirán, y los abrumarán con piedras de honda, y beberán la sangre de ellos como vino, y llenarán como filiales el altar, y los salvará el Señor en aquel día como a ovejas de su pueblo, porque piedras santas rodarán sobre su tierra.'

Por lo que nosotros dijimos 'serán elevadas', también en hebreo está escrito METHNOSA-SOTH, que puede interpretarse como 'vagantes' o 'que huyen'. Una vez protegidos los hijos de Sion, y tocando el Señor y marchando en el torbellino contra sus adversarios, tanta será la ruina de los griegos que, no diré por las espadas, sino por el lanzamiento de piedras y los giros de las hondas serán oprimidos, de suerte que sean presa y devoración para sus enemigos. Entonces, bebiendo, se embriagarán casi como con vino. No estos que han sido degollados estarán ebrios de su propia sangre; sino que estos que vencieren lucharán

casi como ebrios con desesperación, y agradarán al Señor como los cuernos del altar y su libación. Pues esto se entiende en las filiales con las que se derraman las libaciones sobre el altar. Salvará también el Señor a ellos como a ovejas y grey de su pueblo: pues no como un ejército armado e instruido en el arte de guerrear luchará contra los macedonios; sino que vendrá como grey preparada para la muerte y, con la ayuda del Señor, vencerá. Y las piedras santas que hubieren sido oprimidas (y las llama piedras por la dureza de las tribulaciones y la fortaleza del ánimo) serán elevadas de su humildad, y serán gloriosas en la tierra de aquel. De otro modo: Sus piedras santas del linaje sacerdotal huyendo por diversos lugares, concediéndolo él, conseguirán la victoria.

Digamos también según la anagogía, o más bien expliquemos la profecía envuelta en muchas oscuridades. Los hijos de Sion, protegidos por su Señor, devorarán a sus adversarios, a quienes entendemos como los hijos de Grecia. Y los someterán con piedras de honda, con las amenazas de las Escrituras, haciendo de sus adversarios sujetos y humildes: pues nada hiere tanto como un ejemplo de las sagradas Escrituras y un testimonio lanzado con el giro de la boca. En cuanto a lo que se dice en los LXX: 'Y beberán la sangre de ellos como vino', en el hebreo no lo leemos así; sino 'bebiendo se embriagarán casi como con vino', para que oigan aquello del Cantar de los cantares: 'Bebed, amigos, y embriagaos' (Cant. 5, 1). Y así agradará la ebriedad de ellos, como

un sacrificio del altar; y como los cuernos o los ángulos del altar.

Salvará también el Señor a ellos como a grey de su pueblo, porque piedras santas rodarán sobre su tierra, las cuales serán tan leves y tendentes a lo sublime, que no esperarán las manos de los edificadores, sino que ellas mismas se apresurarán a ser impuestas sobre el fundamento de Cristo y a ser contenidas por la piedra angular, de las cuales también habla el apóstol Pedro: 'Como piedras vivas sed sobreedificados en casa espiritual y sacerdocio santo, ofreciendo víctimas espirituales, agradables a Dios' (1 Ped. 2, 5). Estas son las piedras que clamarán si el pueblo de los judíos callare (Lc. 19). Y rodarán mientras estuvieren en el cuerpo sobre la tierra, porque la morada terrena agrava el sentido que piensa muchas cosas (Sab. 9). Y puesto en la carne el Santo dice: '¿Quién me dará alas como de paloma?' (Sal. 54, 7). el cual, en cuanto está en él, se esfuerza y rueda, y se yergue hacia lo sumo, pero es retenido por la fragilidad de la carne. Pero aquella tierra es sobre la cual ruedan las piedras, de la que leemos: 'Cantad al Señor, toda la tierra' (Sal. 95, 1). Y: 'Toda la tierra te adore y te cante' (Sal. 65, 4).

(Vers. 17.) '¿Qué es, pues, lo bueno de él, y qué lo hermoso de él, sino el trigo de los elegidos y el vino que hace germinar vírgenes?' LXX: 'Porque si algo es lo mejor de él, y si algo es bueno de parte de él, trigo para los jóvenes y vino de buen olor para las vírgenes.'

Por eso, dicen, los Macabeos huyendo de aquí para allá, con la ayuda del Señor, vencerán, para

que, una vez expulsados los macedonios de la tierra de Israel, se limpie el Templo, se guarden los preceptos de la Ley, y la instrucción de las Escrituras de nuevo haga germinar vírgenes, esto es, pueblos de creyentes en un solo Dios, que antes habían sido deshonrados con los cultos de la idolatría.

En 'el trigo de los elegidos', esto es, BAURIM, quieren que se entienda no 'jóvenes', como tradujeron los Setenta, sino hombres 'elegidos' e instruidos, que merezcan comer el trigo, esto es, la Ley de Dios. Por 'vino', que en hebreo se dice THIROs, Aquila interpretó oinían: lo cual también puede referirse a la ubertad de la vendimia. Estas cosas estiman los judíos.

Pero nosotros entendemos por 'el trigo de los elegidos', o 'de los jóvenes', y 'el vino que hace germinar vírgenes', o 'el vino de buen olor para las vírgenes', al Señor Salvador, que habla en el Evangelio: 'Si el grano de trigo, cayendo en la tierra, no muere, él solo queda; pero si muere, produce frutos mayores' (Jn. 12, 24). De este trigo se hace aquel pan que descendió del cielo y que confirma el corazón del hombre (Sal. 103). Este pan comen los que son robustos en Cristo y a quienes el evangelista Juan habla: 'Os escribo, jóvenes, porque la palabra de Dios permanece en vosotros, y sois fuertes, y habéis vencido al maligno' (1 Jn. 2, 14).

El que es el trigo de los elegidos, o de los jóvenes, es él mismo también el vino que alegra el corazón del hombre, y es bebido por estas vírgenes, que son santas tanto en el cuerpo como en el

espíritu, para que, embriagadas y gozosas, sigan a la Iglesia, y se diga de ellas: 'Vírgenes serán llevadas al rey tras ella, sus próximas te serán traídas: serán traídas con alegría y exultación' (Sal. 44, 15. 16). Pues ¿cómo no habrán de tener alegría las que, embriagadas con el cáliz del Salvador, son engendradas como vírgenes, y se atreven a decir: 'Introducidme en la bodega del vino, confortadme con ungüentos' (Cant. 2, 4)? Este vino es de buen olor, de donde en el mismo cántico se dice: 'Me darás a beber del vino del perfumista, de los ríos de tus granadas' (Ibíd.). Con este vino están embriagados los que siguen al Cordero de Dios por dondequiera que va, vestidos con vestiduras blancas; porque no se contaminaron con mujeres: pues permanecieron vírgenes (Apoc. 14).

(Cap. X.---Vers. 1 ss.) 'Pedid al Señor lluvia en el tiempo tardío, y el Señor hará nieves, y les dará lluvia de aguacero, a cada uno hierba en el campo.' 'Porque los ídolos han hablado cosas inútiles, y los adivinos han visto mentira, y los soñadores han hablado en vano, en vano se consolarán: por eso han sido llevados como grey: serán afligidos, porque no tienen pastor.' LXX: 'Pedid lluvia al Señor oportuna, la temprana y la tardía: el Señor hizo fantasías, y les dará lluvia invernal, a cada uno hierba en el campo: puesto que estos que hablaban, hablaron fatigas: y los adivinos visiones falsas, y hablaron sueños falsos, en vano se consolaban: por eso se secaron como ovejas, y fueron afligidos, porque no había quien sanase.'

Así pues, la felicidad que fue prometida en el tiempo de los Macabeos, cuando las piedras

santas fueron elevadas sobre la tierra, y la república israelita creció más, hasta el punto de que de nuevo los pueblos se alimentasen del trigo de la Ley y vuestras vírgenes se embriagasen con el vino del Espíritu Santo, se promete en parte. Pero puesto que ya es el tiempo extremo de los profetas, y el mundo declina hacia el fin, y todas las cosas que han sido predichas aguardan su término: 'Pedid al Señor que os dé la lluvia tardía': para que Cristo, que fue prometido, venga y os conceda rocíos y nieves, por lo cual está escrito en el hebreo AZIZIM. And no sé qué queriendo los LXX interpretaron como 'fantasías', a no ser que tal vez quisieran describir con el nombre de fantasía la magnitud de la gracia y la admiración de los dones.

El Señor, pues, que ha de hacer las nieves y la sequedad de toda la tierra, ha de irrigar con las lluvias de la predicación evangélica: él mismo dará aguaceros a los creyentes, y todas las cosas se llenarán de ubertad, para que, después de que las naciones hayan creído en Cristo, entiendan que son vanas las cosas que antes cultivaron. O que lo entienda el mismo Israel, que en otro tiempo engañado era retenido por los errores de la idolatría, que en vano cultivó los ídolos, y oyó las mentiras de los adivinos, y asintió a los sueños a los que la Escritura prescribe no creer (Dt. 13). Y por esta causa fueron llevados como grey al cautiverio, y afligidos sin Dios como pastor, porque no tenían el conocimiento de la Ley.

Todo este lugar es oscuro y dudoso, y debe el lector perdonarnos si en estas cosas que son am-

biguas, también nosotros caminamos con paso vacilante. Pero podemos decir según el entendimiento espiritual, que el Señor exhorta a los creyentes en Cristo a que pidan la lluvia tardía en la consumación del mundo, cuando se ha de dar la plenitud de la gracia, y a cada uno en su campo le crecerá la hierba, de suerte que puedan decir: 'El Señor me rige, y nada me faltará: en lugar de pastos allí me colocó: sobre aguas de refrigerio me educó' (Sal. 22, 1. 2). Pues todos los ídolos, y los adivinos y los soñadores en vano hablaron, y en vano se consolarán. Lo cual dice de los herejes, que bajo el nombre de cristianos no entienden ni de qué hablan ni qué afirman, y atienden a espíritus erróneos y a maestros de demonios que hablan mentiras en la hipocresía y tienen cauterizada la conciencia (1 Tim. 4). Para que de ningún modo los creyentes sean llevados por las consolaciones de ellos, que prometen cosas vanas, y por eso han sido entregados a Satanás para la perdición de la carne (1 Cor. 5), y llevados al cautiverio del rey babilonio. Y serán afligidos porque no tienen a Cristo por pastor, a quien se prometen a sí mismos con falso nombre.

(Vers. 3 ss.) 'Sobre los pastores se ha encendido mi furor, y sobre los machos cabríos visitaré, porque ha visitado el Señor de los ejércitos a su grey, la casa de Judá: y los ha puesto como caballo de su gloria en la guerra.' 'De él el ángulo, de él la clavija, de él el arco de la batalla, de él saldrá todo exactor a la vez, y serán como fuertes que conculcan el lodo de los caminos en la batalla, y batallarán, porque el Señor está con ellos.' LXX:

'Sobre los pastores se ha concitado mi furor, y sobre los corderos visitaré: y visitará el Señor Dios Omnipotente a su grey, la casa de Judá, y los pondrá como a su caballo decoroso en la batalla, y de él miró, y de él puso, y de él el arco en el furor, saldrá todo el que saca a la vez, y serán como guerreros que conculcan el lodo de los caminos en la batalla, y se prepararán, porque el Señor está con ellos.'

Y en este lugar hay una doble exposición de los judíos. Pues unos piensan que todas las cosas han de cumplirse en el advenimiento de Cristo: otros que ya han sido completadas bajo los Macabeos. Esta es, empero, la explicación de aquellas cosas que el Señor promete: Sobre los pastores y príncipes y sacerdotes se airó el Señor, y sobre los machos cabríos, y visitó al pueblo, según aquello que está escrito: 'Grey perdida se ha vuelto mi pueblo, sus pastores los expulsaron' (Jer. 50, 6), para que por el vicio de los maestros fueran castigados los discípulos. No por injusticia del juez, que devuelve los pecados de los padres en los hijos; sino porque, pecando aquellos, el pueblo aplaudió al mismo tiempo: y entonces ciertamente visitó el Señor a sus machos cabríos, o a los corderos gordísimos, y hizo, según los Setenta, que se secaran con sequedad.

Después, en verdad, visitó el Señor Omnipotente a su grey, la casa de Judá: pues suscitó a Judas Macabeo, y a otros de él, contra los caudillos de Antíoco, y los puso como caballo de su gloria en la batalla, esto es, a los que fueron en-

gendrados de su estirpe: pues por mucho tiempo oprimieron a los macedonios.

Y lo que sigue: 'De él el ángulo, de él la clavija, de él el arco de la batalla, de él saldrá todo exactor a la vez', lo entienden así metafóricamente, de modo que interpreten el ángulo como la potestad regia, porque ella misma contiene las paredes. Y de él, dice, la clavija, esto es, el sacerdocio. Lee a Isaías, en el que Eliaquim es fijado en el templo de Dios como una clavija (Is. 22). De él el arco de la batalla, los fuertes para guerrear: de él también todo exactor a la vez, que en el hebreo está escrito NOGES, y Aquila interpretó como eisprasson: de suerte que no solo los fuertes y buenos, sino otros de ellos fueron indignos de su linaje. Pues Judas Macabeo y todos los que de su linaje fueron príncipes en el pueblo, eran tanto el ángulo, porque con potestad regia contenían al pueblo, como la clavija, pues ellos mismos eran sacerdotes, y el arco de la batalla, porque resultaron ser hombres fortísimos, de modo que no solo disponían el ejército y la línea de batalla, sino que eran los primeros en saltar al combate.

Podemos decir de esto que sigue: 'De él saldrá todo exactor a la vez', por lo cual los LXX tradujeron: 'De él saldrá todo el que saca a la vez', también esto: No habrá dignidad en el ejército que no sea dispuesta por el arbitrio de él. Y serán hombres fortísimos, que conculcan a los macedonios como el lodo de los caminos en la batalla: serán, empero, fortísimos, y batallarán, porque el Señor está con ellos.

Los nuestros refieren esto a los tiempos de la persecución, que por vicio de los sacerdotes frecuentemente también el pueblo es entregado a los adversarios: y sin embargo el Señor Omnipotente visita después a su grey, la casa de Judá, que confiesa a Dios tanto con la palabra como con el ánimo: y los pone como caballo de su gloria en la guerra, de lo cual dicen los santos: 'Sube sobre tus caballos, y tu cabalgata es la salvación' (Hab. 3, 8). El mismo será también el arco del furor del Señor, del que dice: 'Embriagaré mis saetas con sangre' (Dt. 32, 42). Y de nuevo: 'Mis saetas los consumirán'. Sobre este arco y sobre estas saetas leemos en el salmo séptimo (Vers. 13. 14): 'Su arco tendió y lo preparó; y en él preparó vasijas de muerte, sus saetas para los que arden fabricó'. Y conculcarán, dice, a sus adversarios coronados en el martirio, y dirán: 'El Señor es mi iluminación y mi salvación, ¿a quién temeré?' 'El Señor es el protector de mi vida, ¿ante quién temblaré?' Al acercarse sobre mí los nocivos para comer mis carnes. Los enemigos que me atribulan, ellos mismos se debilitaron y cayeron. Si se asientan campamentos contra mí, no temerá mi corazón: si se levanta contra mí la batalla, en esto esperaré yo' (Sal. 26, 1 ss.). Cuando se cumpla aquel dicho: 'Uno de vosotros perseguirá a mil, y dos pondrán en fuga a muchos miles' (Dt. 32).

Y serán confundidos los jinetes de los caballos, y confortaré la casa de Judá, y salvaré la casa de José: y los convertiré, porque tendré misericordia de ellos: y serán como habían sido cuando no los había desechado: porque yo soy el Señor su Dios,

y los escucharé. Y explican estas cosas de doble manera según el sentido anterior, para decir que ya se han cumplido bajo los Macabeos, o para conmemorar que se cumplirán bajo Cristo en el último siglo. En esta caballería confiaba el rey egipcio; y precipitado en el mar, se sumergió en lo profundo como el plomo (Éx. 15), y con su ejemplo aprendió que es verdad lo que está escrito: 'Falaz es el caballo para la salvación' (Sal. 32, 17). Y serán como fuertes de Efraín, que primero débiles y enfermos, después fueron fuertes, y dignos de su nombre: pues Efraín se interpreta como 'ubérrima fecundidad'. Sus hijos también, a quienes habla el apóstol Pablo: 'Hijitos míos, a quienes vuelvo a dar a luz hasta que Cristo se forme en vosotros' (Gál. 4, 19).

Les silbaré y los congregaré porque los he redimido: y los multiplicaré como antes habían sido multiplicados. Y los sembraré entre los pueblos, y de lejos se acordarán de mí: y vivirán con sus hijos, y volverán. Y los reduciré de la tierra de Egipto, y de los asirios los congregaré, y a la tierra de Galaad y del Líbano los conduciré, y no se hallará lugar para ellos. Según la anagogía, el Señor hace señas y silba a los que antes eran cautivos de los pecados, y les habla: 'Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y hallaréis descanso para vuestras almas.' Fueron sembrados entre los pueblos los que oyeron el sermón del Señor: 'Yendo, enseñad a todas las gentes' (Mt. 28, 19). Galaad se vierte a nuestra lengua como 'testimonio de la transmigración', cuando de las cosas carnales pasamos a las espirituales, de la

parte venimos al todo: abandonamos lo terreno y transmigramos a lo celestial.

Y pasará por el estrecho del mar, y herirá en el mar las olas, y se confundirán todas las profundidades del río: y será humillada la soberbia de Asur, y el cetro de Egipto se retirará. Relatan los hebreos que el pueblo cautivo de los judíos fue trasladado por los asirios y caldeos no solo a los medos y persas, sino también al Bósforo y a la región septentrional. Ancha, pues, y espaciosa es la vía que conduce a la muerte: estrecha y angosta la que conduce a la vida (Mt. 7, 13). A este mar del siglo, en el cual el número de los santos es estrechado y está puesto en tribulación, descendieron los apóstoles, y primero el Señor, para librarnos de las amargas olas (Mc. 4). Pero los que están sobre el mar, y vuelan por el mar mismo en naves, oirán con el Salvador: 'Tú dominas la potestad del mar: el movimiento de sus olas tú lo mitigas' (Sal. 88, 10).

Me urge el hermano Sisinio a transmitir las cosas descuidadas y sin pulir, de modo que no tenga facultad, no digo de enmendar, sino ni siquiera de releer. De donde también se ha transmitido de Virgilio, que compuso sus libros con la lengua como a los fetos de los osos, y lamiéndolos los hizo mejores, para que duraran en memoria sempiterna, y cumplieran la necesidad del metro con oratoria libre. Pasamos al Líbano, y a las dos varas, y a los tres pastores que fueron cortados en un solo mes, y a las treinta monedas de plata con las que fue comprado el campo del alfarero para sepultura de los peregrinos (Mt. 27).

Abre, oh Líbano, tus puertas, y devore el fuego tus cedros. Aula, abeto, porque ha caído el cedro: porque los magníficos han sido devastados. Claramente el Líbano, al cual se dirige el discurso profético diciendo: 'Abre, oh Líbano, tus puertas', se entiende como el templo de los judíos. Abre, pues, el Líbano sus puertas para que entre el ejército romano, y el fuego devore sus cedros, para que o bien todo sea devastado por el incendio, o bien los caudillos y príncipes sean consumidos por el ímpetu hostil.

(Vers. 3.) "Voz de aullido de pastores, porque su magnificencia ha sido devastada; voz de rugido de leones, porque la soberbia del Jordán ha sido devastada". La LXX dice: "Voz de pastores que se lamentan, porque su magnificencia se ha vuelto miserable. Voz de leones que rugen, porque el estrépito del Jordán ha sido afligido". Esta parte del capítulo superior también se contiene en estos versículos. A los que había llamado cedros, abetos, pinos y encinas de Basán —y exponiendo qué eran estas arbores había añadido, diciendo: "Porque los magníficos han sido devastados"—ahora, por medio de otra metáfora (metaphoran), dice que son pastores, es decir, príncipes y doctores, y los que eran primeros en el pueblo, que deben llorar y lamentarse, porque su magnificencia, hermosura y decoro han sido devastados y consumidos: a saber, el templo, en el que se gloriaban. And "la voz", dice, "del rugido de los leones"; a los que llamó árboles excelsos, y de nuevo pastores, a los mismos llama ahora leones. Y porque había dicho "leones", conserva la

traslación para añadir: "Porque ha sido devastada la soberbia del Jordán", o el estrépito y sonido del agua que corre, que en hebreo se llama GAON. Y del mismo modo que comparó la altura del templo, según la situación de la tierra de Judea, con la altura del Líbano (pues nada hay en la tierra de promisión más excelso que el Líbano, ni más boscoso y denso), así al río Jordán, que es el mayor en Judea, junto al cual moran los leones, unió el estrépito de los leones por el ardor de la sed, y por la vecindad del desierto y la latitud de la vasta soledad, y los cañaverales y junciales. Por lo cual también se dice por el profeta: "Sube el león del Jordán" (Jer. IV, 7), queriendo mostrar que Nabucodonosor salió de sus sedes contra Jerusalén como un león de su cubil. De otro modo: "Voz de rugido de leones, porque ha sido devastada la soberbia del Jordán". Es la voz, dice, de los magnates, porque el templo ha sido destruido, de donde siempre esperaban auxilio, y que en otro tiempo nutría a los justos, guerreros y poderosos leones.

(Vers. 4, 5.) "Esto dice el Señor Dios mío: Apacienta las ovejas de la matanza, a las cuales los que las poseían mataban y no se dolían, y las vendían diciendo: Bendito sea el Señor, nos hemos hecho ricos; y sus pastores no les perdonaban". La LXX dice: "Esto dice el Señor omnipotente: Apacienta las ovejas de la matanza: a las cuales los que las poseyeron, mataban y no hacían penitencia; y los que las vendían decían: Bendito sea el Señor, y nos hemos hecho ricos; y sus pastores nada padecían sobre ellas". Donde la profecía es

manifiestísima, y por la traslación de la historia se narra el verdadero orden, es superflua la interpretación tropológica —como si dijéramos que unos pastores son buenos y otros malos. Y que esto se refiere tanto al antiguo pueblo como al nuevo, es decir, tanto a los sacerdotes y príncipes de los judíos como a los obispos y presbíteros de los cristianos. Y que quienesquiera que fueran pastores negligentes, y hubieren escandalizado a uno de los pequeños, son ellos los que nutren a las ovejas de la matanza, y no padecen nada sobre ellas ni se duelen, ni pueden decir con el Apóstol: "¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo?" (1 Cor. 11); y venden a los pueblos a ellos confiados, de los cuales está escrito: "Los que devoran a mi pueblo como comida de pan" (Sal. 52, 5), y de las muertes de otros consiguen riquezas, alabando a los que arrebatan despojos de los miserables, y bendiciendo a los inicuos. Que otros interpreten estas cosas como quieran: nosotros mantengamos el orden de explicación que una vez emprendimos. Puesto que se ha abierto el Líbano, y sus cedros y abetos han sido quemados por la llama ardiente, y se ha oído el aullido de los pastores y el rugido de los leones, porque toda la hermosura y soberbia del Jordán ha sido devastada y consumida. Por eso me dijo estas cosas el Señor Dios mío: Oh profeta Zacarías, a ti se dirige este discurso: Apacienta el rebaño de la matanza, esto es, sea nutrido por ahora y crezca el que después ha de ser muerto por los enemigos. A las cuales ovejas y reses, los príncipes de los romanos, que las poseían y las obtenían por derecho de victoria,

mataban y no se compadecían, o las inmolaban y no sentían dolor, es decir, ningún mal padecían por tanta crueldad, y vendían aquellas que no por clemencia, sino por el precio, reservaban. Leamos las antiguas historias y las tradiciones de los judíos que se lamentan, que en el tabernáculo de Abraham (donde ahora cada año se realiza un mercado celeberrimo), después de la última eversión que sufrieron por mano de Adriano, muchos miles de hombres fueron vendidos, y los que no pudieron ser vendidos fueron trasladados a Egipto, y fueron truncados tanto por naufragio y hambre como por la matanza de las gentes. Estos vencedores, pues, y vengadores del Señor que mataban y no se dolían, y vendían las ovejas y decían: "Bendito sea el Señor, nos hemos hecho ricos", tenían este pensamiento. Por sus pecados ofendieron los judíos; por eso los oprimimos, y de su precio nos hemos hecho ricos. Ni es de admirar, dice, si los enemigos por derecho de vencedores mataban las ovejas y no se dolían, las vendían y en su crimen se gloriaban; cuando sus mismos pastores y doctores no les perdonaron, y por su culpa el rebaño fue entregado a los lobos.

(Vers. 6, 7) "Y yo no perdonaré más sobre los habitantes de la tierra, dice el Señor: he aquí que yo entregaré a los hombres, a cada uno en mano de su prójimo, y en mano de su rey, y quebrantarán la tierra, y no los libraré de su mano, y apacentaré el rebaño de la matanza, por esto, oh pobres del rebaño". La LXX dice: "Por tanto, no perdonaré más sobre los habitantes de la tierra, dice el Señor. Y he aquí que yo entregaré a los hombres,

a cada uno en manos de su prójimo, y en mano de sus reyes, y quebrantarán la tierra, y no los libraré de su mano, y apacentaré las ovejas de la matanza en la Cananítide". Esto que los LXX tradujeron al final del capítulo: "Y apacentaré las ovejas de la matanza en la tierra de Canaán", no está en el hebreo, y por ningún otro de los intérpretes es traducido. Porque, por tanto, sus pastores no les perdonaban, y ellos primero devoraron a mi pueblo: por eso, también yo no perdonaré más sobre los habitantes de la tierra de Judea, dice el Señor. Pues habla de esta tierra, de la cual era para él el discurso, y no de todo el orbe de las tierras, como los judíos, interpretando mal, quieren depravar la sentencia de Dios hacia otra parte. Pues después de la eversión del templo (que por eso les sucedió, porque por cuarenta y dos años, después de que padeció el Señor, habiendo recibido un espacio, no quisieron hacer penitencia) dejaré, dice, a cada uno contra su prójimo, y con mutua matanza se truncarán, o en el mismo asedio del templo, cuando el ejército romano rodee a Jerusalén: pues tantas serán las guerras y discordias entre los mismos judíos, que el pueblo se dividirá en tres partes. Leamos a Josefo y los siete libros de la Cautividad Judaica, y veremos por la verdad de la historia que esta profecía ha sido cumplida. "Y quebrantarán", dice, "la tierra", sin duda alguna porque los romanos destruyeron toda la tierra y todas las ciudades de los judíos. "Y no los libraré de su mano". Oye, judío, que te prometes a ti mismo vanísimas esperanzas, y no oyes al Señor diciendo y afirmando: "No libraré de sus manos",

porque será eterna entre los romanos tu futura cautividad. "Y apacentaré el rebaño de la matanza", para que siempre los judíos sean nutridos para la muerte; porque de Dios es esta sentencia: Oh vosotros que sois los pobres del rebaño, esto es, los justos de Israel, que creísteis en el Señor Jesús y recibisteis al Hijo de Dios, oíd lo que se dice, y conoced los sacramentos del capítulo siguiente. Pero lo que leemos según los Setenta: "Y apacentaré las ovejas de la matanza en la tierra de Canaán", así podemos entenderlo: que al pueblo de los judíos, que está destinado a la muerte, disperso en todo el orbe (esto es, en la tierra de Canaán y de las gentes), el Señor lo apacienta y nutre para la inmolación.

(Vers. 8, 9.) "Y me tomé dos varas: a una la llamé Hermosura, y a la otra la llamé Cordeles [Vulg. Cordel]; y apacenté el rebaño." Y maté a tres pastores en un mes, y mi alma se contrajo en ellos; puesto que también su alma varió en mí. Y dije: No os apacentaré; lo que muere, muera, y lo que es cortado, sea cortado, y las demás devoren cada una la carne de su prójima.

La LXX dice: "Y tomaré para mí dos varas: a una llamé Hermosura, y a la otra llamé Cordel, y apacentaré las ovejas." Y quitaré a tres pastores en un mes, y se agravará mi alma sobre ellos: puesto que también sus almas rugían sobre mí. Y dije: No las apacentaré; lo que muere, muera, y lo que falta, falte, y las demás devoren cada una las carnes de su prójima.

Arriba había dicho: "Por esto, oh pobres del rebaño", y hecha una aposiopesi (aposiopesei),

se sobrentendía, "atended", porque las puertas del Líbano han sido abiertas, y las encinas de Basán, los abetos y los cedros han sido cortados, y había añadido amenazando: "No perdonaré más sobre los habitantes de la tierra, dice el Señor". Y esto parecía decirlo de un solo pueblo judaico, que muertos los profetas, también en el Hijo de Dios habían puesto las manos, y con voz temeraria habían clamado: "¡Su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos!" (Mat. 27, 25).

Ahora el Creador del universo y el Señor expone los misterios de su orbe, y dice que él tuvo dos varas, a una de las cuales llamó Hermosura, y a la otra Cordeles, y en las dos varas unidas apacentó el rebaño: también mató a tres pastores en un mes, y se contrajo, o se indignó, o (como tradujeron los Setenta) "se agravará mi alma sobre ellos"; sin duda alguna significa a los pastores, a los que mató en un mes. Y da la causa de por qué se indignó tanto con los pastores, que los mató en un mes: "Puesto que también su alma", dice, "varió en mí". Y es el sentido: No me amaron con ánimo pleno: ni los pastores mercenarios amaron al verdadero pastor: "Porque el buen pastor pone su vida por sus ovejas" (Juan 10, 11). Por lo cual también yo indignado proferí la sentencia, y hacia los mismos pastores, a los que en mi indignación, y sobre los tres pastores que había puesto al frente de mi rebaño. Porque también el alma de aquellos varió en mí, pues no me glorificaron en el agua de la contradicción. Pero si lo referimos al pueblo, que el alma del pueblo varió contra Dios, así ha de ser expuesto: Por eso me indigné

con ellos, porque también ellos fluctuando entre mí y los ídolos, de varios modos lucharon contra mí. Por lo cual indignado dije a Moisés: "No os apacentaré: déjame, y los borraré" (Éxodo 32, 10). Pues cuando dice, cuando se aíra, "Déjame", provoca a rogar, y muestra que puede ser retenido por él. "Lo que muere", dice, "muera, y lo que es cortado sea cortado"; caigan los cuerpos de todos en la soledad, y vueltos en sedición, a semejanza de las bestias sean lacerados por mutuos mordiscos, y ninguno entre en la tierra de promisión.

Algunos entendieron las dos vocaciones de los judíos y de las gentes, en el primer Israel, y en el novísimo por el nombre de los cristianos. Pero cómo la vocación cristiana haya sido antes desechada, y los judíos hayan permanecido y hayan sido apacentados por Dios, no lo consideraron suficientemente.

(Vers. 10, 11.) "Y tomé mi vara que se llamaba Hermosura, y la corté para anular mi pacto que había concertado con todos los pueblos." Y fue anulado en aquel día; y así los pobres del rebaño que me guardan, conocieron que es palabra del Señor.

La LXX dice: "Y tomaré mi vara hermosa, y la arrojaré, para disipar mi pacto que dispuse para todos los pueblos, y se disipará en aquel día, y conocerán las ovejas cananeas que son guardadas que es palabra del Señor."

Después de la vocación de Israel, y la asunción de la segunda vara, que se llamaba Cordel, tomó el Señor la primera vara, las naciones de todo el orbe, que se llamaba Hermosa, y las cortó de su

culto, porque veneraron a los ídolos, y "todos se desviaron, a una se hicieron inútiles" (Salmo 13). Y exponiendo más manifiestamente qué era esta vara, añadió: "Para anular mi pacto que había concertado con todos los pueblos": Pues inmediatamente que Israel fue asumido, la multitud de las gentes fue arrojada: y así como nació la hija del Archisinagogo, la cual después en el Evangelio, cuando era de doce años, se narra que estuvo enferma y murió, la hemorroísa (haimorroousa) comenzó a fluir sangre y a ser atormentada por una perpetua enfermedad (Marcos 5; Mateo 9). Y fue anulado, dice, mi pacto que con todas las naciones había iniciado. Y entendieron los pobres del rebaño, esto es, el pueblo de Israel que guarda mis mandamientos, que es palabra del Señor, esto es, que es de la voluntad del Señor desechar a las gentes que niegan, y en Abraham asumir al Israel que confiesa.

Por lo que nosotros interpretamos, "y conocieron así los pobres del rebaño", los Setenta tradujeron: "y conocerán las ovejas cananeas que me son guardadas", lo cual algunos explican así: Conocerá el pueblo de los judíos, al que se dijo: "Semilla de Canaán, y no de Judá" (Daniel 13, 56); el cual ahora es guardado por mi ceremonias: o porque los cananeos se interpretan "preparados para la humildad", conocerán los que en otro tiempo fueron preparados para ser humillados por el Señor y ser abandonados. Pero por qué en lugar de lo que nosotros interpretamos "así los pobres", ellos dijeron "cananeos", la causa es manifiesta: pues entre los hebreos, "así", se dice

CHEN (); "pobres", ANIE (); ellos uniendo las dos palabras en una, en lugar de lo que es "así los pobres", esto es, CHEN ANIE (), interpretaron el nombre de la nación cananea.

(Vers. 12, 13.) "Y les dije: Si os parece bien, traed mi salario; y si no, dejadlo. Y pesaron mi salario, treinta monedas de plata." Y me dijo el Señor: échalo al estatuario, ¡hermoso precio con que me han tasado! Y tomé las treinta monedas de plata, y las eché en la casa del Señor para el estatuario.

La LXX dice: "Y les diré: Si es bueno a vuestros ojos, dad fijando mi salario, o renunciad. Y fijaron mi salario en treinta monedas de plata." Y me dijo el Señor: Deposítalas en el crisol, y considera si es aprobado, como yo fui aprobado por ellos. Y tomé las treinta monedas de plata, y las envié a la casa del Señor al crisol".

Conociendo los pobres del rebaño israelita, que guardan mis mandamientos, que es palabra del Señor lo que he hablado, y verdaderas las cosas que he dicho, les dice a ellos, esto es, a los pobres del rebaño: Si os place. (pues sois hombres y una vez os creé con libre albedrío, a los cuales también hablé en el desierto: "Si me oyereis, comeréis los bienes de la tierra" (Is. 1)) por esta asunción por la cual deseché a todo el género humano y os elegí a vosotros para mí como rebaño peculiar, y yo, el Creador de todo, quise tener un pequeño cordel, devolvedme mi salario, esto es, guardad mis preceptos. Pero si no queréis devolver el salario, ni os place a vuestros ojos ser llamados por mi nombre, renunciad abiertamente y haced lo que queráis. Quienes entonces

ciertamente respondieron a Moisés: "Todas las cosas que ha dicho el Señor, las haremos" (Éxodo 24, 3). Pero al final de los tiempos, por aquello que los elegí de en medio de las naciones y los libré del horno de hierro de Egipto, pesaron mi salario en treinta monedas de plata, dándolas por mi sangre a Judas el traidor (Mat. 26).

Y dijo, dice el profeta, el Señor a mí —o el mismo Salvador, cuyas son las palabras anteriores, atestiguando que el Padre le había hablado —: "échalo al estatuario": por lo cual en hebreo se lee JOSER (יֹסֶר), esto es, ton plasten, al cual nosotros podemos llamar "el plasmador y el alfarero". Y es el sentido: echa mi precio al alfarero, que es el Creador y plasmador de todo. Judas ciertamente, el que lo vendió, dijo: "Pequé, entregando sangre justa" (Mat. 27, 4). Pero ellos, puesto que era precio de sangre, no quisieron reponerlo en la corbona, esto es, en el gasofilacio; sino que compraron con ello el campo del alfarero para sepultura de los peregrinos. Pues todos nosotros, que fuimos peregrinos y advenedizos a la Ley, redimidos por su sangre preciosísima, en la casa del alfarero y del Creador de todo somos sepultados y descansamos. En lugar de plastê y plasmador, en otro tiempo interpreté "estatuario", obligado por la ambigüedad de la palabra, que en un solo término significa estatuario y plasmador.

Los judíos, interpretando este lugar maliciosamente, mencionan treinta mandamientos de la Ley, que se manda hacer en la Ley, y de nuevo otros treinta y seis que se prohíben en la Ley, y que se les dice que devuelvan la plata de los manda-

mientos del Señor a su plasmador y creador, Dios: lo cual, porque no quisieron hacer, han sido desechados. Brevemente quise indicar qué piensan; por lo demás, es tedioso revolver su explicación intrincadísima, para que pasemos a lo restante.

(Vers. 14.) "Y corté mi segunda vara, que se llamaba Cordel, para disolver la hermandad entre Judá y [Vulg. añade entre] Israel."

La LXX dice: "Y arrojé la segunda vara, que se llamaba Cordel, para disipar el pacto que había entre Judá e Israel."

Y en este lugar sé que he leído una larga explicación de alguien, más bien enredos inextricables, que traía a colación las dos varas en una sola sociedad del volumen de Ezequiel, y adaptaba a este capítulo todas las cosas que sobre la concordia de Judá y Efraín han de entenderse espiritualmente. Nosotros, empero, sigamos el orden comenzado. Después de que el Señor fue crucificado por los judíos y tasado en treinta monedas de plata, y el precio de su sangre se arrojó para la sepultura de las gentes, que eran extranjeras a la Ley y a los mandamientos de Dios: inmediatamente el Señor, no difiriendo más su sentencia, dijo: "Corté mi segunda vara", la cual era propiamente mía. la cual así se me pegaba que en Jeremías fue llamada perizoma y cinturón y lumbare, o, para usar la palabra habitual, coxal: la cual segunda vara, en otro tiempo llamada cordel y parte mía, fue por esto arrojada por mí, para que disolviera el pacto y la hermandad y la concordia que había habido entre Judá e Israel, y separara a los hermanos entre sí. Para que en el número

de los apóstoles y de los que hicieron penitencia, de nuevo Judá fuera llamado confesor de su Dios; pero Israel y Efraín y José fueran llamados los que, permaneciendo en la dureza de corazón, dijeron: "No tenemos más rey que al César" (Juan 19, 15). Por lo cual no añadió: "para que anulara el pacto", o "el testamento", que tuve con Judá e Israel (pues hasta el día de hoy extiende su mano a los penitentes), sino para que de un solo pueblo dividiera a unos creyentes y a otros no creyentes entre sí, diciendo: "No penséis que vine a traer paz a la tierra: no vine a traer paz, sino espada. Vine, pues, a separar al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre serán sus domésticos" (Mat. 10, 34 y 35).

(Vers. 15 sigs.) Y dijo el Señor a mí: Toma todavía para ti los vasos de un pastor necio: Porque he aquí que yo suscitaré un pastor en la tierra, que no visitará las abandonadas, no buscará la dispersa, y no sanará la quebrantada: y no alimentará la que está en pie, y comerá las carnes de las gordas, y disolverá sus pezuñas. ¡Oh pastor e ídolo que abandonas el rebaño!: la espada sobre su brazo y sobre su ojo derecho, su brazo se secará con aridez, y su ojo derecho se oscurecerá entenebre-ciéndose.

LXX: Y dijo el Señor a mí: Toma todavía para ti los vasos pastorales de un pastor inexperto: Porque he aquí que yo suscitaré un pastor sobre la tierra, que no visite la abandonada y no busque la dispersa, y no sane la fracturada, y no dirija la íntegra, y devore las carnes de las elegidas, y

pervierta sus talones. Oh vosotros que apacentáis cosas vanas, y que habéis abandonado las ovejas, la espada sobre su brazo, y sobre su ojo derecho, su brazo se secará con aridez, y su ojo derecho se oscurecerá con ceguera.

Cuando dice: "Toma todavía para ti los vasos de un pastor necio", significa aquello que arriba había tomado para sí, las dos varas, una la "Hermosura" y la otra el "Cordel". Y porque arrojó aquellas por su propio vicio y pecado, y disuelta la hermandad entre Judá e Israel, nosotros fuimos injertados en la raíz del buen olivo, y la ceguera en parte se hizo a la casa de Israel, hasta que entrara la plenitud de las naciones (Rom. 11), ahora se le dice al profeta que asuma la gravísima profecía del pastor necio o inexperto.

El pastor necio e inexperto es, sin duda, el Anticristo; el cual se dice que ha de venir en la consumación del mundo, e indica cómo ha de venir. Por los "vasos" del pastor debemos entender sus insignias y su hábito: el zurrón, el báculo, la flauta y el silbo. Y así como Isaías, para demostrar el cautiverio del pueblo, entra desnudo (Is. 20): y Jeremías va a la casa del alfarero para que, por la disipación del vaso que corría en la rueda y era formado por la mano del artífice, mostrara tanto la ruina de Israel como el poder de Dios (Jer. 18); y Ezequiel, para demostrar la subversión de Jerusalén y la huida de Sedequías y las cargas de los cautivos, no solo con la voz sino también con el hábito, horada la pared y es sacado en sus hombros (Ez. 12): así Zacarías asume el hábito del

pastor necio e inexperto para anunciar a aquel que ha de venir (Zac. 11).

Este pastor surgirá en Israel porque el verdadero pastor había dicho: "Ya no os apacentaré". El cual, con otro nombre, es profetizado tanto en el profeta Daniel (Cap. 9) como en el Evangelio (Mc. 13) y en la epístola de Pablo a los Tesalonicenses (2 Tes. 2) como la "abominación de la desolación", que se sentará en el templo del Señor, y se hará pasar por Dios; el cual también por Isaías es llamado "el gran pensamiento" (Is. 10). Y para esto viene: no para sanar, sino para perder al rebaño de Israel. Pues el buen pastor visita a las ovejas enfermas, busca a las dispersas, trae a las abandonadas, sostiene a las cansadas. Por el contrario, el mal pastor actúa de forma adversa en todo: devora las carnes de las gordas, y disuelve y pervierte las pezuñas de los carneros y de las ovejas, para que no caminen con pie derecho.

A este pastor recibieron los judíos, al cual el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca y anulará con la iluminación de su venida, para que los que no creyeron a la verdad para salvarse, crean a la mentira y sean juzgados por haber consentido en la iniquidad. Descrito el pastor pésimo, necio e inexperto, el discurso profético se vuelve hacia el pastor mismo: "Oh pastor e ídolo". Tan malvado es el pastor que es llamado no adorador de ídolos, sino ídolo él mismo, mientras se llama a sí mismo Dios y quiere ser adorado por todos. El cual abandonó el rebaño para ser devorado por las fieras, al cual el Señor había custodiado por tanto tiempo. Espada sobre

su brazoâ€ , y su fuerza, â€œy sobre su ojo derechoâ€ , con el cual se jactaba de ver agudamente los sacramentos de Dios y ver más de lo que todos los profetas anteriores habían visto, hasta el punto de llamarse a sí mismo Hijo de Dios. Aquella espada es, por lo demás, de la que también hablamos arriba y ahora hablaremos en parte, de la cual también habla Isaías: "Se ha embriagado mi espada en el cielo" (Is. 34, 5). Por esto la espada del Señor estará sobre su brazo y sobre su ojo derecho: para que su fuerza y toda la jactancia de su fortaleza se seque con aridez, y la ciencia que se prometía a sí mismo con falso nombre se oscurezca con tinieblas eternas.

(Cap. XII. --- Vers. 1.) Carga de la palabra del Señor sobre Israel: Dijo el Señor, extendiendo el cielo, y fundando la tierra, y formando el espíritu del hombre en él: He aquí que yo pondré a Jerusalén como un dintel de embriaguez para todos los pueblos en derredor; pero también Judá estará en el asedio contra Jerusalén. Y será en aquel día: pondré a Jerusalén como piedra de carga para todos los pueblos; todos los que la levanten serán lacerados con corte, y se congregarán contra ella todas las naciones de la tierra.

LXX: Asunción de la palabra del Señor sobre Israel, dice el Señor extendiendo el cielo y fundando la tierra, y formando el espíritu del hombre en él: He aquí que yo pondré a Jerusalén como dinteles que se mueven para todos los pueblos en derredor, y en Judea. Y habrá un asedio en torno a Jerusalén, y será en aquel día: pondré a Jerusalén como piedra que es pisoteada por todas

las naciones; todo el que la pisoteare se burlará con escarnio, y congregaré sobre ella a todas las naciones de la tierra.

Hay una triple interpretación desde aquel lugar en que leemos: "He aquí que yo pondré a Jerusalén como dintel de embriaguez para todos los pueblos en derredor", hasta aquel lugar donde está escrito (Cap. 13, v. 7): "Levántate, espada, sobre mi pastor y sobre el hombre que se une a mí, dice el Señor de los ejércitos: hiere al pastor y se dispersarán las ovejas". Pues algunos de los judíos piensan que estas cosas ya se cumplieron en parte desde Zorobabel hasta C. Pompeyo, quien fue el primero de los romanos que tomó Judea y el templo, cuya historia escribe Josefo. Otros, empero, que se han de cumplir al fin del mundo cuando Jerusalén haya sido instaurada: lo cual la miserable raza judía se promete a sí misma junto con su "ungido" (el Anticristo), a quien arriba leímos como el pastor necio. Otros, en cambio "esto es, nosotros que somos llamados con el nombre de Cristo", recordamos que esto se cumple y se ha de cumplir diariamente en la Iglesia hasta el fin del mundo. Y para no extender la medida del volumen con cada punto, proponiendo: "Esto dicen aquellos: así sospechan otros: nosotros sentimos de esta manera", hemos puesto las tres sentencias para que, por la variedad de la interpretación, el lector prudente entienda qué debe adaptarse a qué.

El Señor, por tanto, que extendió el cielo como una piel, y consolidó la tierra con una alta masa, y formó el espíritu del hombre en él, es el mismo

Creador de todas las almas, para que de dos sustancias, alma y cuerpo, compusiera un solo ser viviente. Pues frecuentemente se toma "espíritu" por "alma", como allí: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc. 23, 46). Y: "Quitarás su espíritu y desfallecerán, y a su polvo volverán" (Sal. 103, 29). Este Creador del universo y Señor atestigua, pues, que pondrá a Jerusalén como "dintel de embriaguez" para todos los pueblos en derredor, para que quien toque su umbral se embriague y caiga, o el mismo dintel caiga sobre aquel por quien es tocado. Pero también Judá, sitiada Jerusalén, fue capturado por las naciones y, pasando a la sociedad de aquellas, será obligado a sitiar su metrópoli.

No solo pondrá el Señor a Jerusalén para todos los pueblos como dintel de embriaguez, sino que la pondrá como "piedra de carga" para todos los pueblos, la cual quien quisiere levantar será lacerado con corte. Pues se congregarán contra Jerusalén todos los reinos de las tierras. Es costumbre en las ciudades de Palestina, y hasta el día de hoy por toda Judea se guarda la antigua costumbre, que en las aldeas, pueblos y fortalezas se pongan piedras redondas de pesadísimo peso, en las cuales los jóvenes suelen ejercitarse y levantarlas según la variedad de sus fuerzas: unos hasta las rodillas, otros hasta el ombligo, otros hasta los hombros y la cabeza, algunos sobre la coronilla, con las manos rectas y juntas, demostrando la magnitud de sus fuerzas, elevan el peso. En la acrópolis de los atenienses, junto al simulacro de Minerva, vi una esfera de bronce de pesadísimo

peso, la cual yo, por la debilidad de mi cuerpecillo, apenas pude mover. Al preguntar qué significaba aquello, me respondieron los moradores de aquella ciudad que en esa masa se probaba la fortaleza de los atletas, y que nadie bajaba al certamen antes de que por la elevación del peso se supiera quién debía compararse con quién.

El sentido es este, por tanto: pondré a Jerusalén para todas las naciones como una piedra pesadísima que ha de ser levantada. La levantarán ciertamente y, según la variedad de sus fuerzas, la devastarán; pero es necesario que mientras se levanta, en el mismo esfuerzo y elevación del peso, la piedra pesadísima deje alguna cisura o raspadura en los cuerpos de los que la levantan. Sobre la Iglesia se puede interpretar así: que todos los perseguidores que lucharon contra la casa del Señor se embriaguen con aquel cáliz que Jeremías ofrece a todas las naciones, para que beban, y se embriaguen, y caigan, y vomiten, y enloquezcan (Jer. 25). Sé que en el tiempo de la persecución muchos de los nuestros fueron obligados a luchar contra la Iglesia; pero cualquiera que quisiere levantar este peso, lo levantará ciertamente y, por la ira del Señor con la cual corrige a los pecadores, lo sostendrá con sus propias manos: pero él mismo no quedará impune, luchando la espada de Dios contra él. En lugar de "piedra de carga", que nosotros interpretamos como pudimos, los Setenta tradujeron: "piedra pisoteada por todas las naciones." Todo el que la pisoteare (ya sea "ello" o "ella", esto es, Jerusalén) se burlará con escarnio." El cual es un sentido manifiesto: que de

ambos modos Jerusalén ha de ser pisoteada tanto por las naciones enemigas como por los perseguidores, y se han de burlar de ella según la voluntad de los burladores. Pero mejor y más verdadero es el sentido anterior. Exponemos brevemente cada punto para llegar por fin al término, no sea que si escribiéramos más prolijamente, el ánimo del Lector se confunda tanto por la oscuridad de las cosas como por la longitud del discurso.

(Vers. 4.) En aquel día, dice el Señor, heriré a todo caballo con estupor, y a su jinete con locura; y sobre la casa de Judá abriré mis ojos, y heriré con ceguera a todo caballo de los pueblos.

LXX: En aquel día, dice el Señor omnipotente: Heriré a todo caballo con estupor, y a su jinete con locura; pero sobre la casa de Judá abriré mis ojos, y heriré con ceguera a todos los caballos de los pueblos.

En aquel tiempo (pues esto es lo que significa el "día") cuando Jerusalén sea sitiada, de modo que Judá también sea obligado a sitiarla, herirá el Señor tanto carnal como espiritualmente todos los caballos de los adversarios con estupor, de modo que todos se estupefagan al ver que han sido heridos; y sus jinetes, oprimiéndolos la magnitud de sus males, se volverán locos; y sobre la casa de Judá, que eran obligados a hacer algo contra su propia metrópoli, abrirá el Señor sus ojos para tener misericordia de ellos, y los hará dignos de su mirada, e ilustrará con la luz de sus ojos: pero a todos los caballos de los pueblos los herirá con ceguera eterna.

Ya dijimos arriba qué caballos deben entenderse espiritualmente: "Falaz es el caballo para la salvación" (Sal. 32, 17). Y: "Estos en carros, y aquellos en caballos" (Sal. 19, 8), y otras cosas similares a estas. También dijimos que sus jinetes son o bien demonios, o bien falsos maestros, todos los cuales se volverán estupor y locura, de modo que se convenzan de no saber nada: sino que los opriman tinieblas palpables, cuales fueron aquellas cuando fueron heridos los primogénitos de los egipcios (Éx. 11). Pero sobre la casa de Judá "esto es, el pueblo que confiesa a Dios y, quebrantado por las angustias de la persecución y aterrado por el miedo, parece estar en el número de los perseguidores" abrirá el Señor sus ojos para mirar a muchos que le dicen: "Mírame y ten misericordia de mí" (Sal. 85, 16), y merezcan oír: "El Señor será para ti luz eterna" (Is. 60). Esta es la laceración de la piedra pesadísima que el Señor amenaza contra sus adversarios, los cuales intentaron levantar y vejar a Jerusalén.

(Vers. 5.) Y dirán los jefes de Judá en su corazón: Fortálézcanse para mí los habitantes de Jerusalén en el Señor de los ejércitos, su Dios. LXX: Y dirán los tribunos "esto es, los quiliarcas" de Judá en sus corazones: Encontraremos para nosotros a los que habitan Jerusalén, en el Señor omnipotente, su Dios.

Cuando el Señor haya abierto sus ojos sobre Judá y haya herido con ceguera todos los caballos de las naciones, los jefes de Judá "de quienes se dijo arriba: "Pero también Judá estará en el asedio contra Jerusalén" harán votos en sus corazo-

nes, porque no se atreverán a hablar libremente, para que venza Jerusalén, y el vencido Judá venza con sus ciudadanos junto con los enemigos. En lugar de lo que dijimos: " fortalézcanse para mÃ", y los Setenta tradujeron "encontraremos para nosotros"; en hebreo está escrito EMSA LI, que Aquila tradujo "fortalece para mÃ", de modo que el sentido sea: Los quiliarcas y tribunos y jefes de Judá desearán y harán votos en el secreto arcano de la mente para que Dios fortalezca a los habitantes de Jerusalén en el Señor su Dios, y venzan a sus adversarios.

Según la tropología, los jefes y tribunos son los apóstoles, y todos los hombres apostólicos y doctores que presidieron el ejército de Cristo, los cuales no querrían encontrar para sí a otros sino a aquellos que habiten en Jerusalén, visión de paz, y que habiten en el Señor omnipotente su Dios. De estos jefes fue el apóstol Pablo, quien encontró a Tito y a Timoteo, a Lucas y a Silvano; también Pedro, que instruyó a Marcos, el escritor del Evangelio, y los demás apóstoles que llenaron todo el mundo con su doctrina y erudición para tener discípulos habitantes de Jerusalén.

(Vers. 6, 7.) En aquel día pondré a los jefes de Judá como un brasero de fuego entre la leña, y como una antorcha de fuego en el heno; y devorarán a la derecha y a la izquierda a todos los pueblos en derredor; y Jerusalén será habitada de nuevo en su lugar, en Jerusalén. Y salvará el Señor los tabernáculos de Judá como al principio, para que no se gloríe magníficamente la casa de David,

ni la gloria de los habitantes de Jerusalén contra Judá.

LXX: En aquel día pondré a los tribunales de Judá como un tizón de fuego entre la leña, y como un heno de fuego en el rastrojo; y devorarán a derecha e izquierda a todos los pueblos del Señor en derredor; y Jerusalén habitará todavía en sí misma, y salvará el Señor los tabernáculos de Judá como desde el principio, para que no se magnifique la gloria de la casa de David ni la altivez de los habitantes de Jerusalén sobre Judá.

Cuando los jefes de Judá hayan dicho en sus corazones: "Fortalece para mí, Señor, a los sitiados de Jerusalén, para que los que han sido vencidos por su propia debilidad superen con tu auxilio", entonces yo, el Señor omnipotente su Dios, pondré a los príncipes de Judá como un horno de fuego entre la leña y como una antorcha en el rastrojo, para que devoren a los adversarios a quienes estaban unidos en fingida amistad. Devoren, pues, a derecha e izquierda, y maten a todos los pueblos en derredor, para que Jerusalén vuelva a ser habitada en su lugar y de ningún modo tema los ímpetus hostiles. Restauran también las ciudades y los pueblos, las fincas y las aldeas de la tribu de Judá, que habían sido saqueadas y asoladas, tal como estaban antes de ser devastadas; y de ningún modo la casa real y los ínclitos y magníficos de la tribu de Judá, y los habitantes de Jerusalén, se gloríen contra la tribu de Judá diciendo que es regida por su imperio o gobernada por su consejo; sino que sepan que la victoria en ambos es del Señor. Si estas cosas

han sucedido según la historia o han de suceder, dejamos la fe de los hechos al juicio del Señor y a sus santos, que recibieron de Él el espíritu de sabiduría y verdad. Nosotros digamos que en el tiempo de la persecución de la Iglesia, los jefes y tribunos del nombre cristiano, de quienes hablamos arriba, cuando el Señor haya devuelto la paz a Jerusalén y haya matado al adversario con el espíritu de su boca, serán como un brasero de fuego entre la leña, para devorar a los árboles infructuosos, y como antorchas en el rastrojo, para que todo aquello que no tiene trigo y es llevado por todo viento de doctrina sea entregado al incendio. Y devorarán "dice" los jefes de Judá y los tribunos a derecha e izquierda a aquellos que no quisieron caminar por el medio del camino ni supieron que hay "excesos de maldad" (hyperbolas kakias); por lo cual el pueblo de Dios promete: "Ni a la derecha ni a la izquierda nos desviaremos, por el camino recto caminaremos" (Núm. 20). El camino de la derecha es la parquedad (parcitas), que los griegos llaman pheidolia; el de la izquierda, el lujo; el camino medio y recto es la frugalidad. Por tanto, la llama devoradora consumirá a todos los que están en el camino de la derecha, a quienes se dice: "No seas justo en demasía" (Ecl. 7, 17), y en el de la izquierda, que oyen: "Los caminos que están a la izquierda son perversos" (Prov. 4, 27). Y abandonados y quitados los adversarios, de nuevo Jerusalén "esto es, la Iglesia" recibirá su pristina gloria y estará en su estado, y se salvarán los tabernáculos de Judá: las asambleas de los cristianos dispersas

por todo el orbe, de las cuales, como de tiendas y tabernáculos, deseamos ir a la casa que no ha sido hecha por manos y a la Jerusalén celestial. Por esto, los tabernáculos del pueblo y de todos los que son llamados con el nombre cristiano y son contados entre el vulgo recibirán su antigua paz, habiendo sido sitiados y puestos en fuga los jefes de las Iglesias, para que de ningún modo piensen los maestros y doctores que por su propia doctrina y sabiduría, sino por el auxilio del Señor, ha sido devuelta la paz a las Iglesias.

(Vers. 8.) En aquel día protegerá el Señor a los habitantes de Jerusalén, y el que de ellos hubiere tropezado en aquel día será como David; y la casa de David como Dios, como el Ángel del Señor ante su vista.

LXX: Y será en aquel día: protegerá el Señor a los habitantes de Jerusalén; y el que fuere débil entre ellos en aquel día será como la casa de David; y la casa de David como la casa de Dios, y el ángel del Señor ante su vista.

Obteniendo Judá la victoria y restaurando el Señor sus tabernáculos tal como habían sido desde el principio, para que de ningún modo la casa real se gloríe contra el pueblo, en aquel día y en aquel tiempo el Señor (con cuyo auxilio Judá devorará a los adversarios a derecha e izquierda) protegerá también a los sitiados de Jerusalén; y todas las cosas se mudarán en tal felicidad y bienaventuranza que el que era considerado el más vil será como la casa real; y el que era de la casa real será como de la casa de Dios, esto es, como un mensajero del Señor y de dignidad angélica ante

la vista de aquellos que en aquel tiempo hayan sido salvados.

Según la anagogía: Protegerá el Señor a los habitantes de la Iglesia, habiendo sido devuelta la paz a las Iglesias después de una gravísima persecución, cuando también sea decorada por la interpretación de su propio nombre: pues Jerusalén se expresa como "visión de paz". Y tan bienaventurados serán los que militaron por la Iglesia y confesaron al Señor en la persecución que el que fuere el mínimo y, como hombre, hubiere tropezado en algún pecado o palabra, será puesto en el orden de los maestros; y los maestros, que hubieren conservado su grado, serán como la casa de Dios y como el ángel del Señor; porque trabajamos con todo empeño para esto, puestos en la tierra y sudando con variada labor, para ser transformados en la gloria angélica.

(Vers. 9.) Y será en aquel día: buscaré quebrantar a todas las gentes que vienen contra Jerusalén. Y derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén el espíritu de gracia y de ruegos. LXX: Y será en aquel día: buscaré quitar a todas las gentes que vienen contra Jerusalén, y derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén el espíritu de gracia y de misericordia.

En aquel día, cuando el Señor proteja a los habitantes de Jerusalén, buscará el Señor quebrantar a todas las gentes que vienen contra Jerusalén. Pero las quebrantará no para perdición, sino para enmienda, a fin de que dejen de militar contra Jerusalén y comiencen a ser de Jerusalén. Pues si de

la nada creó todas las cosas, no lo hizo para perder lo que creó, sino para que por su misericordia se salvaran las cosas creadas. Por lo cual también en la Sabiduría que se inscribe como de Salomón (si es que a alguien le place recibir el libro), hallamos escrito: «Creó todas las cosas para que existieran, y las generaciones del mundo son para salud; y no hay en ellas veneno mortífero» (Sab 1). Pues así como el Señor vino para buscar lo que había perecido y salvó al género humano, así también perdió a las gentes en aquello en que eran gentes adversarias.

Finalmente, sigue: «Derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén el espíritu de gracia y de misericordia». De esta gracia escribe también Pablo: «La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros [Al. vuestros] corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom 5, 5). Y en el volumen antedicho se contiene: «Las cosas que están en el cielo, ¿quién las investigará?, sino porque tú diste la sabiduría y enviaste tu Espíritu Santo desde lo alto; y así se corrigieron las sendas de los que viven en la tierra, y los hombres aprendieron lo que te agrada» (Sab 9, 16). Y en Isaías habla Dios: «He dado mi espíritu sobre ti» (Is 42, 1). Y de nuevo la Escritura menciona sobre lo mismo: «He dado mi espíritu sobre él» (Ibíd.). La palabra «derramamiento» (effusionis) muestra el sentido de largueza, como es manifiesto en aquello que dijimos: «La caridad de Dios ha sido derramada en vuestros corazones». Y en otro lugar en la persona de Dios:

«Derramaré de mi espíritu sobre toda carne» (Jl 2, 28).

Mas qué sea el espíritu de gracia, el mismo Apóstol habla a los hebreos: «¿Cuánto más pensáis que merece peores suplicios el que hollare al Hijo de Dios, y tuviere por contaminada la sangre del testamento en la cual fue santificado, e hiciere contumelia al espíritu de gracia?» (Heb 10, 29). Por lo cual también se dice que hay diversas gracias del Espíritu Santo. Y el saludo del Apóstol: «La gracia —dice— y la paz se multiplique en vosotros» (1 Tim 1, 2), para que después que nos haya perdonado los pecados, entonces siga la paz por la misericordia.

Los judíos mencionan que estas cosas ya se han hecho en parte, y que serán más plenamente en la consumación del mundo. Nosotros, en cambio, entendemos y probamos que se cumplen diariamente después de la venida de Cristo.

(Vers. 10.) Y mirarán hacia mí, a quien traspasaron; y lo llorarán con llanto como sobre un unigénito, y se dolerán sobre él como se suele doler en la muerte de un primogénito. LXX: Y mirarán hacia mí, por aquello de que insultaron; y llorarán sobre él con llanto, como sobre un carísimo; y se dolerán con dolor, como sobre un primogénito.

Las letras hebreas DALETH y RES, esto es, D y R, son similares y se distinguen solo por un pequeño ápice. Por lo cual sucede que, leyendo la misma palabra de diversa manera, la traducen de una y otra forma. En gracia de la inteligencia, demos un ejemplo: «Y Samuel —dice— estaba vestido con un EFOD BAD» (1 Sam 2, 18), esto

es, con una vestidura de lino, pues BAD se llama al «lino», de donde también BADDIM se llaman los «linos». En lugar de la cual palabra hebrea y latina, algunos leen mal EFOD BAR; puesto que BAR se llama o al «hijo», o al «manejo de trigo», o al «elegido», o oulos, esto es, «crespo». Lo que allí sucedió por error de interpretación, hallamos que se ha hecho también aquí. Pues si se lee DACARU, ekekéntesan, esto es, «punzaron» o «traspasaron», así se acepta; pero si en orden contrario, con las letras cambiadas, se lee RACADU, orkhésanto, esto es, «saltaron», así se entiende. y por la similitud de las letras nació el error.

Mas Juan el evangelista, que bebió la sabiduría del pecho del Señor, hebreo de hebreos a quien el Salvador amaba muchísimo (Jn 19, 37), no se cuidó mucho de lo que contenían las letras griegas; sino que tradujo palabra por palabra, tal como había leído en el hebreo, y dijo que se cumplió en el tiempo de la pasión del Señor. Si alguien no recibe esto, que dé testimonio de qué lugar de las santas Escrituras sacó Juan esas cosas; y cuando no lo hallare, se verá obligado a recibir la verdad a su pesar.

Llorarán, pues, los judíos como sobre un unigénito y primogénito, significando eso mismo en el Señor Salvador, tanto unigénito como primogénito. Se dice Unigénito por la propiedad de su naturaleza; Primogénito según el Apóstol, de entre los que resucitan de los muertos (Col 1, 18). En lugar de unigénito, los Setenta tradujeron «carísimo» (charíssimum), de quien leemos en el Evangelio: «Este es mi Hijo carísimo, en quien me

he complacido» (Mt 3, 17). Entonces se dolerán de que fue crucificado por ellos, cuando lo vean reinando en la claridad. La palabra *katorkhésanto* entre los griegos no se compone de «ilusión», sino de «salto», porque saltaron contra el Señor como jugando, cuando decían burlándose y riendo: «¡Bah!, tú que destruyes el templo y en tres días lo edificas: sálvate a ti mismo, bajando de la cruz» (Mt 27, 39-40). Estas y otras cosas hablaban burlándose y saltando con cierto tripudio de demencia.

(Vers. 11, 12.) En aquel día será grande el llanto en Jerusalén, como el llanto de Adadremón en el campo de Magedón. Y llorará la tierra, familia por familia aparte: las familias de la casa de David aparte, y sus mujeres (o esposas) aparte (pues la palabra hebrea *NESE*, esto es, *gynaikes*, significa ambas cosas). Las familias de la casa de Natán aparte, y sus mujeres aparte; las familias de la casa de Leví aparte, y sus mujeres aparte; las familias de Semei aparte, y sus mujeres aparte. Todas las demás familias, familia por familia aparte, y sus mujeres aparte. LXX: En aquel día será grande el llanto en Jerusalén, como el llanto del granado que es cortado en el campo; y llorará la tierra por tribus y tribus: la tribu de David aparte, y sus mujeres aparte; la tribu de la casa de Judá aparte, y sus mujeres aparte; la tribu de la casa de Natán aparte, y sus mujeres aparte; la tribu de la casa de Leví aparte, y sus mujeres aparte; la tribu de Simeón aparte, y sus mujeres aparte; todas las demás tribus aparte, y sus mujeres aparte.

Adadremón, por lo cual los Setenta tradujeron rhoonos [granado], es una ciudad junto a Jezrael, que en otro tiempo fue llamada con este vocablo, y hoy se llama Maximianópolis en el campo de Magedón, en el cual Josías, rey justo, fue herido por el faraón de sobrenombre Neco (2 Re 23); sobre el cual escribió Jeremías las Lamentaciones que se leen en la Iglesia, y que él las escribió lo atestigua el libro de los Paralipómenos (2 Cr 35). Como, pues, en aquel tiempo, después de los reyes pecadores, toda la esperanza del pueblo estaba en Josías, y al ser este muerto se conmovió un gran llanto en la ciudad, como leemos en el hebreo: «El hálito de nuestra boca, el Cristo Señor, fue apresado en nuestros pecados, a quien dijimos: Bajo tu sombra viviremos entre las gentes» (Lam 4, 20) (aunque otros, según la inteligencia espiritual, refieran esto al Señor Jesús), así, crucificado el Salvador, se renovará el llanto en Jerusalén, como en otro tiempo fue en la ciudad de Adadremón, en el campo de Magedón.

Y lo que sigue: «Llorarán familia por familia, o tribu por tribu aparte: las familias de la casa de David aparte, y sus esposas o mujeres aparte», esto significa que en el tiempo de la tribulación y del luto no debemos servir a los matrimonios ni a la obra de las nupcias. Por lo cual también en Joel, estando cerca la cautividad, se dice a los judíos: «Salga el esposo de su alcoba, y la esposa de su tálamo» (Jl 2, 16). Y ante la inminencia del diluvio se manda a Noé: «Entra en el arca tú, y tus hijos, y tu mujer, y las mujeres de tus hijos» (Gén 7, 1). Y después, acabado el diluvio, se le dice: «Sal tú, y

tu mujer, y tus hijos, y las mujeres de ellos» (Gén 8, 16), para que los que en el arca, ante el peligro inminente, habían estado separados, devueltos al mundo sirvieran a la generación y a los hijos. Mas esto se hace no solo en el tiempo de la angustia, sino también en el tiempo de la oración, cuando queremos suplicar al Señor, diciendo el Apóstol a los corintios: «No os defraudéis unos a otros, a no ser acaso por consentimiento por un tiempo, para que vacéis a la oración» (1 Cor 7, 5).

Así pues, también ahora la tribu de la casa de David, y la tribu de la casa de Natán, y la tribu de la casa de Leví, y la tribu de la casa de Semei, se separan de sus mujeres para que lloren al unigénito y primogénito Señor Jesús, de quien se había dicho: «Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (Mt 27, 25). En David se acepta la tribu real, esto es, Judá. En Natán se describe el orden profético. Leví se refiere a los sacerdotes, de quienes nació el sacerdocio. En Semei se aceptan los doctores, pues de esta tribu brotaron las filas de los maestros. Calló las demás tribus, que no tienen algún privilegio de dignidad. En aquello, en cambio, que dice: «Todas las tribus restantes, tribu por tribu aparte, y sus mujeres aparte», las comprende a todas sin nombre.

Digamos también que según los Setenta se llama rhoon, no a un solo árbol de granadas, esto es, el granado, sino al lugar plantado con estos árboles, del cual, según la inteligencia espiritual, dice el esposo en el Cantar de los cantares: «Bajé para ver en el producto del torrente si había florecido la viña, si habían florecido los granados» (Cant 6,

10). Pues bajó el Salvador al torrente de este siglo y a las turbias aguas, de las cuales también en su tipo se describe que bebió Elías (1 Re 17), para que después de las flores de la viña y del fruto del granado recibiera ambos, y embriagando a su Iglesia, oyera de ella: «Me darás a beber del vino del perfumista, del vino de mis granados» (Cant 8, 2). Una poción de esta clase no solo ahuyenta el calor del estómago, sino que también se dice que sana el vientre corrompido y aprovecha a las demás vísceras. Nada hay más bello que este fruto; en su rubor, significa la vergüenza de la Iglesia; en el orden de los granos, los grados y miembros de todo el cuerpo distribuidos por cada uno de los oficios.

Cuando en una viña y granados de esta clase el Salvador no hallare fruto, dirá: «Todo sarmiento que no da fruto, lo quitará el Padre; y a todo el que da fruto, lo purgará para que dé más fruto» (Jn 15, 2). Y en otro lugar clama Juan el Bautista: «Ya está puesta la hacha a la raíz de los árboles» (Mt 3, 10). «Todo árbol que no hace buen fruto será cortado y echado al fuego» (Lc 3, 9). En la tala de los vicios o de los granados, cuando en el día del juicio se depongan todos los nombres de las dignidades y se haya cumplido aquello que está escrito: «He aquí el hombre y sus obras». (Mt 3, Lc 3); y las pajas hayan sido separadas del trigo, habrá un gran llanto, no en otro lugar, sino en Jerusalén. Pues en efecto, la plaga y el juicio comenzarán por los santos, y los reyes y sacerdotes y profetas y doctores se golpearán el pecho con las manos cuando vean que los granados bellísimos

han sido cortados, y que aquel a quien habían traspasado reina en la majestad del Padre y en la suya (1 Pe 4, 17).

(Cap. XIII.---Vers. 1.) En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la ablución del pecador y de la menstruosa. LXX: En aquel día todo lugar estará abierto en la casa de David y para los habitantes de Jerusalén; y para transmutación y para aspersion.

De esta fuente, que sale de la casa de David, se escribe también en el profeta Ezequiel (Ez 47) que brotará una fuente en la casa del Señor y crecerá hasta convertirse en un río, que se llama agua de remisión e indulgencia; y que irá hacia la soledad y hacia el mar que ahora se llama Muerto, y vivificará a todos los peces, y de una y otra ribera del río surgirán árboles de vario género, abundantes siempre en nuevos frutos por cada uno de los meses. Y para que sepamos que la casa, esto es, el templo de Dios, es la misma casa de David, que en Ezequiel se llama casa de Dios y en Zacarías casa de David: esta fuente que sale de la casa de Dios se refiere a la Iglesia y a la ciencia de las Escrituras, para que todos renazcamos en Cristo y en el agua del bautismo nos sean perdonados nuestros pecados. Nada hay más inmundo que la menstruosa, que todo lo que tocara lo hace inmundo; y sin embargo, sus suciedades serán lavadas por el bautismo de Cristo.

En lugar de la ablución de los pecadores y de la menstruosa, los Setenta tradujeron «transmutación» y «aspersion»: que pasemos de la Ley al

Evangelio, de la letra al espíritu, de la sombra a la verdad; que en lugar de lo breve y presente suceda lo futuro y eterno. La aspersión, por su parte, significa la sangre del Señor, de la cual habla también el apóstol Pedro: «La gracia y la paz se multiplique en vosotros, para la obediencia y la aspersión de la sangre de Jesucristo» (1 Pe 1, 2). Y de nuevo: «Sabiendo que no habéis sido redimidos con plata y oro corruptibles, sino con la sangre preciosa, como de un cordero inmaculado y purísimo» (Ibíd., 18-19), con la cual el que hubiere sido asperso y redimido podrá decir con el profeta: «Me aspergerás, Señor, con hisopo y seré limpio; me lavarás y seré emblanquecido más que la nieve» (Sal 50, 9).

(Vers. 2.) Y será en aquel día, dice el Señor de los ejércitos: Dispersaré los nombres de los ídolos de la tierra y no se recordarán más; y a los profetas [Vulg. pseudoprofetas] y al espíritu inmundo quitaré de la tierra. LXX: Y será en aquel día, dice el Señor de los ejércitos: Dispersaré los nombres de los ídolos de la tierra y no habrá más memoria de ellos; y a los pseudoprofetas y al espíritu inmundo quitaré de la tierra.

En aquel día que tan frecuentemente menciona, todos los ídolos serán quitados de la tierra; ya sea aquellos ídolos de los que dice el Salmista: «Los simulacros de las gentes son plata y oro, obras de las manos de los hombres» (Sal 113, 12), para que no haya ninguna otra religión sino solo la del nombre cristiano; y de los cuales está escrito en el profeta: «Aullad, esculturas en Jerusalén y en Samaria." Pues como hice a Samaria y a sus

esculturas, así haré a Jerusalén y a sus ídolos (Jer 30 [Is 10, 10-11]). O bien estos ídolos de los que habla el Apóstol: «Mas el Espíritu dice manifiestamente que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, atendiendo a espíritus seductores y a doctrinas de demonios en la hipocresía de los falsilocuos, que tienen cauterizada su conciencia» (1 Tim 4, 1-2). Pues así como los ídolos se hacen por mano del artífice, así la perversa doctrina de los herejes, todo lo que simular, lo convierte en ídolo y hace que se adore al Anticristo en lugar de Cristo.

En lugar de pseudoprofetas, en el hebreo se lee absolutamente «profetas», esto es, NEBIM, que ellos mismos significan también pseudoprofetas; pero sin embargo, también por los étnicos [paganos] los sacerdotes de los ídolos son llamados profetas.

(Vers. 3.) Y será que, si alguno profetizare más, le dirán su padre y su madre que lo engendraron: No vivirás, porque has hablado mentira en el nombre del Señor; y lo traspasarán su padre y su madre que lo engendraron [Vulg. sus genitores], cuando profetizare. LXX: Y será que, si un hombre profetizare más, le dirá su padre y su madre que lo engendraron: No vivirás, por cuanto has hablado mentira en el nombre del Señor; y lo trabarán su padre y su madre que lo engendraron, cuando profetizare.

Quitados de la tierra los nombres de los ídolos, y los pseudoprofetas, y el espíritu inmundo que hablaba en ellos, si alguno quisiere intentar más y profetizar algo de parte de la persona del Señor,

inmediatamente su padre y su madre se olvidarán de su parentesco para retener la servidumbre de Dios, y proferirán contra el hijo la sentencia de muerte; y tan piadosas serán las mentes de todos para con Dios que no se esperará al juicio público, sino que perezcan los que son tales por sentencia de sus allegados.

En lugar de lo que nosotros dijimos, «lo traspasarán», la palabra en hebreo es la misma que arriba: DACARU. ¿Por qué razón, pues, los Setenta intérpretes quisieron traducir allí katorkhésanto, esto es, «insultaron» o «se burlaron» y, para expresarlo palabra por palabra, «saltaron contra él»; y aquí quisieron traducir sympodioúsín, esto es, «trabarán» [o pondrán grillos], cuando tanto Aquila como Símaco y Teodoción, tanto allí como aquí, tradujeron similarmente «traspasaron»?

Rectamente, pues, el que profetizare cosas falsas es llamado «hombre», diciendo el Apóstol: «Pues habiendo entre vosotros emulaciones y contiendas, ¿no sois carnales y andáis según el hombre?» (1 Cor 3, 3). Y en los Salmos: «Mas vosotros moriréis como hombres, y caeréis como uno de los príncipes» (Sal 81, 7). Y los indignos del espíritu de Dios merecen oír: «No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carnales» (Gén 6, 3).

(Vers. 3 ss.) Y será en aquel día: se confundirán los profetas, cada uno por su visión cuando profetizare, y no se cubrirán con manto de saco para mentir; sino que dirá: No soy profeta; hombre agricultor soy yo, pues Adán es mi ejemplo desde mi adolescencia. Y se le dirá: ¿Qué son esas llagas

en medio de tus manos? Y dirá: Con estas fui llagado en la casa de los que me amaban. LXX: Y será en aquel día: se confundirán los profetas cada uno por su visión cuando profetizare; y se vestirán con piel de cilicio, en la cual mintieron, y dirá: No soy profeta yo, porque un hombre me engendró desde mi juventud; y diré a él: ¿Qué son estas llagas en medio de tus manos? Y dirá: Con las cuales fui herido en la casa del que me ama.

El que intentare profetizar y fuere condenado por el juicio de sus padres, y el éxito contrario de las cosas hubiere probado la falsedad de aquel vaticinio, se confundirá por su visión y no se cubrirá más con cilicio para mentir. Pues este era el hábito de los profetas: que cuando provocaban al pueblo a la penitencia, se vestían de cilicio. Por lo cual también se manda a Isaías que quite el saco de sus lomos y ande desnudo (Is 20); pues de ningún modo era tiempo de penitencia, sino de la inminente cautividad. Así pues, este pseudoprofeta de ningún modo recibirá el hábito profético, para que bajo el vestido y cobertura ajena no engañe a los sencillos; sino que más bien hendirá la tierra con el arado y, entregado a la agricultura, se probará hombre y que está sujeto a la sentencia de Dios, que habló a Adán: «Maldita la tierra en tu obra; con trabajos comerás de ella todos los días de tu vida; espinas y abrojos te germinará, y comerás las hierbas de la tierra; y con el sudor de tu rostro comerás el pan» (Gén 3, 17-18).

Y cuando se hubiere mostrado nacido para esto, para comer su pan con el sudor de su cara, otro le preguntará y dirá: ¿Qué quieren decir esas

llagas y estas heridas que están en medio de tus manos? ¿Por qué te adhieres al patíbulo?, ¿por qué tus manos están traspasadas por clavos?, ¿qué has cometido para estar sujeto a esta pena y tormento? Y él responderá y dirá: Estas heridas y estas llagas recibí condenado por el juicio de mis padres y de aquellos que no me odiaban, sino que me amaban. Y hasta tal punto, ahuyentada la mentira, prevalecerá la verdad, que incluso aquel que fue castigado por su propio vicio confiese que ha padecido rectamente.

Los hebreos explican esto que está escrito: «Y no se cubrirán con manto de saco para mentir», de esta manera: y no serán llenados de espíritu demoníaco, a los que leemos en Isaías como trichióntas, esto es, velludos, para que por esta ocasión de hábito fingido no mientan sobre los elocuentes de Dios en sí mismos, o no nieguen al Señor: pues CHAESU puede interpretarse tanto como «mientan» y como «nieguen».

(Vers. 7 ss.) Oh espada, levántate sobre mi pastor y sobre el hombre que se adhiere a mí, dice el Señor de los ejércitos. Hiere al pastor y se dispersarán las ovejas, y volveré mi mano hacia los pequeñuelos. Y habrá en toda la tierra, dice el Señor: dos partes en ella serán dispersadas y desfallecerán, y la tercera parte quedará en ella. Y llevaré la tercera parte por el fuego, y los quemaré como se quema la plata; y los probaré como se prueba el oro. Él invocará mi nombre y yo lo oiré; diré: Pueblo mío eres tú, y él dirá: El Señor es mi Dios. LXX: Espada, levántate sobre mi pastor y sobre el hombre su conciudadano, dice el Señor

omnipotente. Hiere al pastor y se dispersarán las ovejas; e induciré mi mano sobre los pastores. Y será en aquel día, dice el Señor, que dos partes perecerán y desfallecerán, y la tercera parte quedará en ella; y transduciré la tercera parte por el fuego, y los quemaré como se quema la plata, y los probaré como se prueba el oro. Él invocará mi nombre y yo lo oiré, y diré: Este es mi pueblo; y él dirá: Señor Dios mío eres tú.

En lugar de «espada» (framea), que los Setenta tradujeron romphaíān, en el hebreo hallamos AREB, en Aquila y Símaco mákhairan, esto es, «espada» o «filo». Y en lugar de lo que nosotros vertimos «sobre el hombre que se adhiere a mí», esto es, proskekolleménon moi, Aquila interpretó «sobre el hombre mi pariente» (symphylón mou); Símaco: «sobre el hombre de mi pueblo», que en hebreo se dice AMITHI; los Setenta: «sobre el hombre su conciudadano»; Teodoción: «sobre el hombre su prójimo»; leyendo VAU al final de la palabra en lugar de JOD, letras que solo se distinguen entre sí por la magnitud; y si se lee JOD significa «mío», si VAU, «suyo».

Me maravilla, sin embargo, que algunos quieran atenuar con interpretaciones alegóricas esta profecía (que el evangelista Mateo refirió al Señor Salvador después de que en su pasión huyeran los discípulos, y entonces dice que se ha cumplido) y, mientras desean parecer que saben más que los demás, no mantienen la regla de la verdad. Pues refiere el evangelista Mateo: «Entonces les dice Jesús: Todos vosotros sufriréis escándalo en mí en esta noche." Pues escrito está: Heriré al pastor y

se dispersarán las ovejas de la grey." Y otra vez: «Mas todo esto se hizo para que se cumplieran las escrituras de los Profetas. Entonces todos los discípulos, dejándolo, huyeron» (Mt 26, 31. 56).

Ni ha de pensarse que el testimonio fue tomado de otro lugar, porque en el Evangelio Dios dice por sí mismo que el pastor ha sido herido, y en el presente lugar leemos que se ha mandado a la espada y al filo: «Hiere al pastor y se dispersarán las ovejas». Esta espada y esta romfea es la espada de la que también en el salmo veintiuno habla el Señor al Padre: «Libra de la espada mi alma, y de la mano del perro mi única» (Sal 21, 21).

De esta romfea se escribe también en el profeta Amós: «En la espada morirán todos los pecadores de la tierra» (Am 9, 10). Lo cual según la letra no puede sostenerse en absoluto: pues muchos pecadores perecen por naufragio, otros por veneno, estos son sofocados por las aguas, a aquellos los consume el incendio. Mas por esta espada y esta romfea perecen todos los pecadores, y los etíopes de negro color, de los cuales Sofonías atestigua con su boca sagrada diciendo: «Pero también vosotros, etíopes, seréis muertos por mi espada» (Sof 2, 12).

Después de que el buen pastor, que puso su alma por sus ovejas (Jn 10, 15), que habló al Padre diciendo: «A quien tú heriste, ellos lo persiguieron, y sobre el dolor de mis heridas añadían» (Sal 68, 27), fue herido por voluntad del Padre; y el hombre que se adhiere a Dios, que dice: «Yo en el Padre y el Padre en mí» (Jn 14, 10), colgó en el patíbulo y dijo: «Padre, en tus manos enco-

miendo mi espíritu» (Lc 23, 46); inmediatamente fueron dispersadas las ovejas, toda la multitud de los creyentes en Cristo. Y volvió el Señor su mano, como leemos en los Setenta, hacia los pastores, que muchos interpretan mal como los príncipes de los judíos. Mas como está escrito en el hebreo, hacia los «pequeñuelos», a quienes el Señor había dicho en el Evangelio: «No temas, grey pequeña» (Lc 12, 32). Y en Isaías: «He aquí yo y los niños [o pequeñuelos] que me dio Dios» (Is 8, 18). Y se hicieron dos partes en toda la tierra de judíos y de gentiles, que igualmente perecieron y desfallecieron; pues en su pasión se cumplió la voz del Salmista que dice: «Sálvame, Señor, porque desfalleció el santo» (Sal 11, 1). Y: «Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno» (Sal 13, 3).

Al perecer los gentiles y los judíos, la tercera parte en el orbe, esto es, el tercer pueblo de los cristianos, creció de repente. Y bellamente dice: «La tercera parte quedará en ella», esto es, en la tierra; porque de los judíos y gentiles aquellos que confesaron al Señor fueron los únicos reservados para la vida y la habitación de la tierra. Esa misma tercera parte, para que no fuera delicada y estuviera segura por la confesión, es llevada por el fuego como la plata y el oro y es probada, fuego que también el Señor desea que arda en los creyentes (Lc 12, 49) y que Pablo desea que sea fervoroso (Rom 12, 11). Por lo cual también los apóstoles, bautizados en el espíritu y fuego del Señor (Hech 2), hablan en el salmo: «Porque nos probaste, Dios; nos examinaste con fuego como

se examina la plata» (Sal 65, 10). Y poco después: «Pasamos por el fuego y el agua, y nos sacaste al refrigerio». Y en otro lugar se dice al creyente: «Si pasares por el fuego, la llama no te quemará, porque yo estoy contigo» (Is 43, 2). Por eso no consume el incendio ni devora la llama, porque es «la voz del Señor que corta la llama del fuego» (Sal 28, 7).

Cuando así hubieren sido probados los pequeños, sobre los cuales el Señor volvió su mano, y por la vocación de ellos hubiere creído toda la turba de las naciones, entonces el pueblo de los creyentes llamará a Cristo por su nombre, y al decir él: «Tú eres mi pueblo», el pueblo responderá: «Señor Dios mío eres tú». Los judíos refieren estas cosas a Cristo [al Mesías] y sostienen que serán en el último tiempo; pero esto es lo que hay entre nosotros y ellos: que nosotros decimos que ya se han cumplido, ellos mencionan que se han de cumplir.

(Cap. XIV.---Vers. 1, 2.) He aquí que vienen [Vulg. vendrán] los días del Señor, y tus despojos serán divididos en medio de ti. Y congregaré a todas las gentes hacia Jerusalén en batalla, y será tomada la ciudad, y serán devastadas las casas, y las mujeres serán violadas, y saldrá la mitad de la ciudad en cautividad, y el resto del pueblo no será quitado de la urbe. LXX: He aquí que vienen los días del Señor, y tus despojos serán divididos en ti, y congregaré a todas las gentes sobre Jerusalén para batallar, y será tomada la ciudad, y serán saqueadas las casas, y las mujeres serán manchadas, y saldrá la mitad de la ciudad en

cautividad; mas el resto de mi pueblo no perecerá de la ciudad.

Los días que el Señor amenaza que han de venir, para que se dividan los despojos de Jerusalén en medio de ella, y lo demás que el sermón profético comprende, son estos de los que también leemos en Isaías: «Viene el día del Señor incurable, de furor y de ira, para poner todo el orbe en soledad y quitar de él a los pecadores» (Is 13, 9). Mas, ¿cuánta necesidad habrá para que sus despojos sean divididos en medio de ella? Suele esto suceder frecuentemente: que lo que ha sido saqueado por un impulso repentino en una ciudad, se divida fuera, en el campo o en la soledad, no sea que acaso sobrevengan enemigos. Mas aquí pesará tanto el peso de los males que lo que ha sido saqueado se divida en medio de la ciudad por la seguridad de la victoria.

Y no solo será tomada Jerusalén, incitadas todas las gentes contra ella en batalla; sino que también serán devastadas las casas de los que habitan Jerusalén, y las mujeres serán violadas para dolor de sus dueños y maridos, quienes no podrán prohibir ni la población de las casas ni el estupro de sus esposas por los enemigos, según aquello que leemos en otro lugar: «Los que están congregados en medio de ti caerán a espada, y estrellarán a vuestros hijos ante vuestros ojos, y deprenderán vuestras casas, y tendrán a vuestras mujeres» (Is 13), de lo cual nada más cruel ni nada más mísero puede hallarse: que por temor de la muerte propia no se atrevan a defender ni la salud de los hijos ni el pudor de las esposas. Esto mismo

habla también el profeta Amós amenazando a Amasías, el impío sacerdote: «Tu mujer fornicará en la ciudad, y tus hijos y tus hijas caerán a espada, y tu suelo será medido con cordel» (Am 7, 17).

Y todas estas cosas sucederán al pueblo de los judíos: «Porque bramaron las gentes y los pueblos meditaron cosas vanas. Se presentaron los reyes de la tierra y los príncipes se reunieron en uno contra el Señor y contra su Cristo» (Sal 2, 1-2). El cual se rió y se burló de ellos, y en su furor los conturbó, hasta tal punto que el Apóstol también, viendo que aquellos años que habían sido dados para la penitencia ya estaban completos y que, no obstante, persistían en la negación aquellos que mataron al Señor y persiguieron a los profetas y apóstoles, dijera: «Llegó sobre ellos [Al. nosotros] la ira hasta el fin» (1 Tes 2, 16).

Todas estas cosas las conmemora plenísimamente Josefo, que escribió la historia judaica, y mucho mayores de las que leemos en los profetas dice que ellos sostuvieron. También Cornelio Tácito, que después de Augusto hasta la muerte de Domiciano escribió las Vidas de los Césares en treinta volúmenes.

Mas cómo haya sido tomada la mitad de la ciudad y el resto del pueblo haya permanecido en la urbe, se prueba tanto en aquel tiempo como en otros: que la parte septentrional e inferior de la urbe fue tomada, mas el monte del templo y Sión, en el cual estaba la ciudadela, permanecieron íntegros. Los judíos dicen que estas cosas han de cumplirse bajo Gog; otros, que en tiempos de

los macedonios y egipcios y de diversas gentes se transigieron en parte. Nosotros, dejando la verdad del tiempo a la sentencia del Señor, expliquemos lo que está escrito.

(Vers. 3, 4.) Y saldrá el Señor, y peleará contra aquellas gentes, como peleó en el día del certamen. Y estarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está frente a Jerusalén al Oriente; y se hendirá el monte de los Olivos por su mitad hacia el Oriente y hacia el Occidente, con un precipicio muy grande. LXX: Y saldrá el Señor, y peleará contra aquellas gentes, como en el día de la formación [o encuentro] y en el día de la batalla; y estarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está frente a Jerusalén hacia la región oriental. Y se hendirá el monte de los Olivos, su mitad hacia el Oriente y su otra mitad hacia el mar, con una vorágine muy grande.

Que Dios salga, y luche contra las gentes, y que sus pies estén sobre el monte de los Olivos, y lo demás que en las Sagradas Escrituras se dice antropopáticamente (*anthropopathos*) y se contiene carnalmente, debemos recibirlo de manera digna de Dios. De lo contrario, cuando habla el Apóstol: «Que es la imagen del Dios invisible» (Col 1, 15). Y de nuevo: «Mas al Rey de los siglos incorruptible, invisible, único Dios» (1 Tim 1, 17). Y en el Evangelio esté escrito: «A Dios nadie lo vio jamás: el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, él mismo lo contó» (Jn 1:18). Y otra vez: «No porque alguien haya visto al Padre, sino aquel que es del Padre» (Ibíd., 6, 46); así como su ira y su arrepentimiento, y su alma, y sus manos,

pies, vientre, ojos y demás miembros del cuerpo, los recibimos según la variedad de las causas y sentidos de la interpretación, así también esto que está escrito: «Saldrá el Señor y peleará», ha de recibirse según aquello que leemos en Habacuc: «Saliste para la salvación de tu pueblo, para la salvación con tu Cristo» (Hab 3, 13). Y en Miqueas: «Porque he aquí que el Señor saldrá de su lugar, y descenderá y pisoteará sobre las alturas de la tierra, y se consumirán los montes debajo de él, y los valles se hendirán» (Miq 1, 3-4). En Isaías también: «El Señor de las virtudes saldrá, y quebrantará la guerra, y suscitará el celo, y clamará sobre sus enemigos con fortaleza» (Is 42, 13).

Saldrá, pues, Dios de su lugar cuando se ve obligado a romper su quietud y mansedumbre y clemencia para la enmienda de los que pecan; el cual, aunque por naturaleza es dulce, por nuestro vicio se vuelve amargo (parapikraínetai): no para sí mismo, sino para los que padecen, para quienes los tormentos son amargos. Aquel que en otro lugar habla por el profeta: «Yo soy Dios y no cambio» (Mal 3, 6). Y a él mismo se le dice: «Mas tú eres el mismo y permaneces» (Sal 101, 28). Y en la epístola de Santiago: «En quien no hay mudanza» (Sant 1, 17); ahora sale y pelea como en el día del certamen, cuando sumergió al faraón en el Mar Rojo y luchó por el pueblo israelítico (Éx 14).

Y sus pies estarán en aquellos de quienes se hubiere compadecido y de ningún modo se moverán, para que de nuevo pueda decirse de él: «Y el Señor tocará la trompeta, y andará en la amenaza de su ira» (Zac 9, 14). Ni andará,

declinando ya el sol y cercanas las tinieblas después del mediodía, lo que leemos que hizo sobre Adán (Gén 3, 8). Y cuando estuviere en pie, no estará en un valle ni en lugares bajos, sino en el monte que no tiene árboles infructuosos ni una selva estéril, sino donde nacen los olivares con los que se alimenta la luz eterna, se sueltan las enfermedades y se da descanso a los cansados. Y el mismo monte de los Olivos en el que están los pies del Señor está frente a Jerusalén y al Oriente, de donde nace el Sol de justicia, y está plantado con aquellos olivos de los que se dice: «Tus hijos como renuevos de olivos alrededor de tu mesa» (Sal 127, 3).

Su mitad se hendirá hacia el oriente, en la cual están los árboles plantados de entre las gentes, de los cuales uno habla: «Mas yo como oliva fructífera en la casa de Dios» (Sal 51, 10). Y la otra mitad se hendirá hacia el Occidente y el mar, con un precipicio muy grande, que es el pueblo de la circuncisión, al cual Dios habla por el profeta: «¿Por qué mi amada en mi casa hizo abominación? ¿Acaso los votos y las carnes santas quitarán de ti tus malicias?» (Jer 11, 15); ¿o en estas escaparás? Esta amada en la casa de Dios hizo abominación para crucificar al Hijo de Dios, y oyera: «Oliva umbrosa y de boscosa hermosura llamó el Señor tu nombre»; y se hicieron inútiles tus ramas, que fueron desgajadas de la buena raíz para que nosotros fuéramos injertados en su lugar. Y advierte los misterios de las Escrituras, cómo la mitad que declina al Occidente y es golpeada por las olas saladas y amargas, no se dice simplemente que está

en el mar, sino en una vorágine del mar escarpada y muy grande, de la cual también habla Miqueas: «Arrastraré al valle sus piedras (sin duda que las de Jerusalén) y revelaré sus cimientos» (Miq 1, 6).

Estas cosas las hemos dicho como en lugares difícilísimos y muy oscuros, según la pequeñez de nuestras fuerzas. Por lo demás, los judíos, siguiendo la letra que mata, intentan mostrar que el Señor estuvo sobre el monte de los Olivos y que el monte mismo fue dividido en dos partes, de modo que hacia el oriente la hendidura de una parte tenga su principio y la otra parte tienda su fin hacia el occidente; y en medio de un valle muy escarpado, una parte se divida hacia el Aquilón [Norte] y la otra hacia el Austro [Sur].

(Vers. 5.) Y se separará la mitad del monte hacia el Aquilón [Norte], y su otra mitad hacia el Mediodía [Sur]. Y huiréis al valle de mis montes; porque se unirá el valle de los montes hasta el próximo; y huiréis como huisteis de la faz del terremoto en los días de Ozías, rey de Judá; y vendrá el Señor Dios mío, y todos los santos con él. LXX: Y se inclinará la mitad del monte hacia el Aquilón, y su otra mitad hacia el Austro [Sur]. Y se obstruirá el valle de mis montes, y se unirá el valle de los montes hasta Asael; y se rellenará como se rellenó ante la faz del terremoto en los días de Ozías, rey de Judá; y se presentará el Señor Dios mío, y todos los santos con él.

En lugar de lo que nosotros dijimos, «huiréis», los Setenta y los demás intérpretes tradujeron *amphrakhthésetai*, esto es, «se obstruirá» o «se rellenará». Y en lugar de lo que nosotros pusimos,

«porque se unirá el valle de los montes hasta el próximo»; en lugar de «próximo», los Setenta tradujeron «Asael»; Aquila puso la misma palabra hebrea ASEL con e breve (Azél), Teodoción con e larga (Azál); solo Símaco interpretó «próximo», a quien también nosotros hemos seguido.

Digamos parafrásticamente para que puedan quedar patentes las cosas que están escritas: cuando el monte de los Olivos haya sido hendido por una gran vorágine, de modo que una parte de la vorágine mire al Oriente y la otra al Occidente, de repente también en esa misma vorágine excelsa, escarpada por ambas partes, se romperá otra vorágine hacia el Aquilón y otra hacia el Austro, y se hará un precipicio cuadrangular, de modo que la vorágine se extienda cuádruplemente hacia las cuatro regiones de Oriente y Occidente, Aquilón y Austro. Y huiréis, dice, al valle que está entre el templo y Sión. Pues estos dos montes del templo y de Sión se llaman montes de Dios; porque aquel valle del monte de los Olivos, que está ceñido por escarpados montes de una y otra parte, arrastrará su vorágine hasta el monte del templo, que es santo. Mas el terremoto en los días de Ozías, rey de Judá, se transmite que fue de aquel tiempo cuando Ozías, que por otro nombre se llama Azarías, intentando vindicar para sí el sacerdocio ilícito, fue herido de lepra en la frente (2 Cr 26); sobre cuyo terremoto leemos también en el principio de Amós (Am 1): «Palabras de Amós que estuvo entre los pastores de Tecua, las cuales vio sobre Israel en los días de Ozías, rey de Judá, y en los días de Jeroboán, hijo de Joás, rey de Israel, dos

años antes del terremoto» (Is 1). Finalmente, después de que murió este rey malvado, ante cuya impiedad toda la tierra se conmovió, vio Isaías la gran visión que entretejió en su volumen.

Pasemos a la inteligencia espiritual. Después de que el monte de los Olivos haya sido separado hacia el Oriente y el Occidente por la vocación de las Gentes y la abyección de los judíos, de nuevo se hará otra hendidura de Aquilón y Austro. El Aquilón se unirá al Occidente, el Austro a la región oriental; a la izquierda estará la Circuncisión, a la derecha el pueblo cristiano. De estos dos vientos habla la Iglesia: «Levántate, Aquilón, y ven, Austro» (Cant 4, 16), para que al retirarse el viento Aquilón frigidísimo, que se interpreta como el diablo, venga el viento Austro cálido, al cual la esposa buscando dice: «¿Dónde apacientas, dónde te recuestas al mediodía?» (Cant 1, 6). De lo cual también Habacuc habla místicamente: «Dios vendrá de Temán» (Hab 3, 3), por lo cual en el hebreo está escrito: «Dios desde el Austro», esto es, desde la luz plenísima. De la cual en otro lugar el Salmista clama: «Iluminando tú maravillosamente desde los montes eternos» (Sal 75).

Mas cuando hubiere sido tanta la división de los dos pueblos en todo el orbe, que unos se separen hacia el Oriente y el Austro, esto es, a la derecha; y otros hacia el Aquilón y el Occidente, a saber, a la izquierda, entonces todo el que es santo huirá al valle de los montes de Dios de los que arriba dijimos, el templo y Sión, a saber, los dos Testamentos; porque aquella vorágine que antes había sido de ambos montes se extenderá

hasta Asael, esto es, hasta la casa de Dios, que es vecina del paraíso y de la Jerusalén celestial, y del monte santo en el que el templo está situado. Y tal como en aquel tiempo en que bajo el rey leproso Ozías un terremoto vehementísimo aterró los corazones de los mortales y dispersó a los aterrados de un lado a otro, así la separación de los dos pueblos, y de nuevo la sociedad de los creyentes en una sola fe, descansará en una sede aplacable entre los dos montes; puesto que tanto el viejo como el nuevo Instrumento se unirán ambos entre sí. Mas lo que se dice, «hasta Asael», esto es, «hasta el próximo», esto significa que ciertamente están unidos entre sí los dos Instrumentos de la Ley y del Evangelio; pero unidos de tal modo que más bien son vecinos que una sola cosa: pues muchas cosas de la antigua Ley hemos perdido, y hemos recibido las de la nueva gracia. Mas cuando esto hubiere sido perfeccionado por la razón, entonces vendrá, dice, el Señor Dios mío, y todos los santos con él. Pero si quisiéramos en lugar de lo que nosotros dijimos, «huiréis», seguir aquello que otros intérpretes tradujeron, «se obstruirá» o «se rellenará» el valle de sus montes, diremos esto: que la venida del Señor Salvador, separados entre sí los dos pueblos, obstruye y rellena esa vorágine que dividía a los dos pueblos, para que caminen por un camino llano el uno hacia el otro.

(Vers. 6, 7.) Y sucederá en aquel día que no habrá luz, sino frío y hielo. Y habrá un día, el cual es conocido para el Señor, ni día ni noche, y en el tiempo del atardecer habrá luz. LXX: En aquel día no habrá luz, sino que habrá frío y hielo en un solo

día, y aquel día será conocido para el Señor: y ni día ni noche, y al atardecer habrá luz.

Manifiestamente se predice acerca de la segunda venida del Salvador, de la cual también habla Juan en su Apocalipsis: He aquí que vendrá con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron (Apoc. 1, 7). Y el Señor en el Evangelio pronuncia que el Hijo del hombre vendrá en las nubes del cielo con gran poder y gloria (Mat. 24). Vendrá con las nubes, esto es, con los ángeles, que son ministros del espíritu y son enviados a diversos oficios, y con los profetas y apóstoles, de quienes está escrito: Tu verdad hasta las nubes (Sal. 35, 6).

Y cuando el día de su venida se haya cumplido, no habrá luz, sino frío y hielo, enfriándose la caridad de todos, y por la multitud de males que han de sobrevenir, enfriándose todas las cosas y perdiendo el calor de la fe antigua. Mas después de que el frío y el hielo hayan contraído a todos los pecadores, habrá un solo día y perpetuo: de ningún modo sucediéndose la luz y las tinieblas, el día y la noche; sino que el Señor mismo será la luz de todos; de lo cual Isaías dice más plenamente: No será, dice, el sol para ti para luz del día, ni el orto de la luna te iluminará por la noche; sino que el Señor será para ti luz eterna, y tu Dios tu gloria (Is. 60, 19).

Quien también en otro lugar clama a Jerusalén: Ilumínate, ilumínate, Jerusalén: porque ha venido tu luz sobre ti, y la gloria de tu Dios ha nacido sobre ti. Porque he aquí que las tinieblas y la calígene cubrirán la tierra sobre las gentes; mas

sobre ti aparecerá el Señor, y su gloria en ti se verá. Y caminarán los reyes en tu luz, y las gentes en tu esplendor (Vers. 1 y ss.). Si la calígene y las tinieblas cubrirán la tierra sobre las gentes, ¿cómo de nuevo caminarán las gentes en el esplendor del Señor? Pero aquellas gentes estarán en las tinieblas a las que el frío y el hielo hayan contraído; y aquellas caminarán por la luz del Señor, las que hubieren seguido a los reyes, a los apóstoles y a los profetas, de quienes está escrito: El corazón del rey está en la mano del Señor (Prov. 21, 1).

Finalmente, en el tiempo del atardecer, esto es, de las tinieblas y la tristeza de todos los pecadores, habrá luz para los santos, y un solo y eterno día, el cual, si será conocido para el Señor (pues ni podrá ignorar lo que él creó), debe considerarse cómo dice en el Evangelio que ni los ángeles ni el Hijo conocieron aquel día, sino solo el Padre (Mat. 24).

(Vers. 8.) Y será en aquel día, saldrán aguas vivas de Jerusalén, la mitad de ellas hacia el mar Oriental, y la mitad de ellas hacia el mar Novísimo: en verano y en invierno estarán. Y será el Señor rey sobre toda la tierra. LXX: En aquel día saldrá agua viva de Jerusalén, su parte media hacia el mar primero, y la parte media hacia el mar novísimo: en verano y en primavera será así; y será el Señor como rey sobre toda la tierra.

En aquel tiempo (pues esto significa el día que solo es conocido para el Señor, en el cual no se sucederán la luz y las tinieblas, sino que habrá luz perpetua, conforme a lo que leemos en el Apocalipsis: Y la ciudad no tendrá necesidad de la luz

del sol, porque el Señor Dios todopoderoso será su luz [Apoc. 21, 13]), saldrán aguas vivientes de Jerusalén, de las cuales arriba (Cap. 13) hemos disputado poniendo el testimonio de Ezequiel. De las cuales la parte media irá hacia el mar Oriental; al que los libros de los griegos llaman Lymnen Asphaltitin [Lago Asfaltites], y vulgarmente es llamado mar Muerto, por el hecho de que nada pueda vivir en sus aguas. Y la parte media hacia el mar novísimo, que conduce a Egipto y forma las costas de Palestina. En verano, dice, y en invierno será así, para que estas aguas que saldrán de Jerusalén ni sean constreñidas por el hielo del invierno, ni sean secadas por el excesivo fervor del verano; aunque por invierno los Setenta tradujeron tiempo primaveral, lo cual no conviene para la distinción del verano.

Y cuando las aguas vitales hubieren ingresado en ambos mares, y hubieren mitigado las aguas amargas con un río dulce, entonces será el Señor rey sobre toda la tierra. El agua que sale de Jerusalén, esto es, de la Iglesia, indica la doctrina del Salvador: Porque de Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén (Is. 2, 3); conforme a lo que en otro lugar está escrito: Llenas están todas las cosas de la ciencia del Señor, como mucha agua cubriendo el mar (ibíd., 11, 9). De estas aguas la parte media irá al mar Oriental, el pueblo de la Circuncisión, que en los apóstoles y por los apóstoles fue elegido; y la mitad de ellas al mar Novísimo, para que del Oriente y del Occidente vengan los que se recostarán con Abraham, Isaac y Jacob. O ciertamente, entendamos por mar

Oriental y mar Novísimo el viejo Instrumento y el nuevo, que a menos que sea endulzado por el río del Salvador y por su inteligencia espiritual, es amarguísimo; matando la letra y vivificando el espíritu (Mat. 8).

Y lo que sigue: En verano y en invierno estarán, se sobrentiende de las aguas vivas que salen de Jerusalén, para que tanto en la paz como en las persecuciones estas aguas vivientes no cesen de manar. O porque los LXX tradujeron: En verano y en primavera será así, digamos esto: que en aquel tiempo no haya invierno, sino primavera y verano perpetuo, cuando la voz de la tórtola se oiga en nuestra tierra, y las higueras den sus brevas, y las viñas florezcan, y el invierno pase, y la lluvia se retire y se vaya (Cant. 2). En cuyo tiempo por tanto será necesaria la primavera, porque las flores aparecerán en nuestra tierra para que celebremos la Pascua y el Pentecostés, en los cuales pasemos de las cosas terrenas a las celestiales, y ofrezcamos todos nuestros frutos a Dios. Pues en la Pascua es el fin del invierno, el comienzo de la primavera; en el Pentecostés el principio del verano, cuando ofrecemos a Dios los trabajos de nuestras manos y de nuestros frutos.

De este verano y primavera perpetua habla el justo al Señor: Tú has fabricado la aurora y el sol, el verano y la primavera tú los has plasmado (Sal. 73, 16. 17). Entonces será el Señor rey sobre toda la tierra, cuando digamos: El Señor reinó, exulte la tierra (Sal. 96, 1). Y de nuevo: Decid entre las gentes que el Señor reinó. Pues corrigió el orbe de la tierra, el cual no será conmovido (Sal. 95, 10).

Mas el agua viva rectamente explicada por nosotros como la doctrina del Salvador, la conocerá aquel que bebiere, y el que oyere al Salvador predicando: Si alguno bebiere de la agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua viviente, que salta para la vida eterna (Juan 4, 14). Y de nuevo: El que cree en mí (como dijo la Escritura) de su vientre saldrán ríos de agua viviente (Juan 7, 38). Pues así como el que bebiere de su doctrina tendrá en sí una fuente viviente, así el que creyere en él, conforme a lo que se contiene en las voces de las Escrituras, ríos de agua viviente saldrán del vientre de aquel. Muchos refieren las aguas vivientes al bautismo, las cuales en la primavera y en el verano, esto es, en la Pascua y el Pentecostés, han de ser concedidas a los sediendo, cuando se cumpla lo que está escrito: Lavaos, sed limpios (Is. 1, 16).

(Vers. 9 y ss.) En aquel día el Señor será uno, y su nombre será uno: y volverá toda la tierra hasta el desierto desde el collado de Remón al Austro de Jerusalén: y será exaltada, y será habitada en su lugar, desde la puerta de Benjamín hasta el lugar de la puerta primera, hasta la puerta de los ángulos: y desde la torre de Ananeel hasta los lagares del rey, y habitarán en ella, y no habrá más anatema, sino que Jerusalén se sentará segura. LXX: En aquel día será el Señor uno, y su nombre uno: rodeando toda la tierra, y el desierto desde Gabaá hasta Remón al Austro de Jerusalén: mas Ramá en su lugar permanecerá, desde la puerta de Benjamín, hasta la puerta primera, hasta la puerta de los ángulos, y hasta la torre de Anamael, hasta los

lagares del rey habitarán en ella, y no habrá más anatema, y habitará Jerusalén confiada.

La reconstrucción de la ciudad de Jerusalén, y la salida de las aguas de en medio de ella, que fluyan hacia ambos mares, se la prometen los judíos y los cristianos judaizantes para el último tiempo, cuando de nuevo deba practicarse la circuncisión, e inmolarse víctimas, y guardarse todos los preceptos de la Ley, para que no los judíos se hagan cristianos, sino los cristianos judíos. En aquel día, dicen, cuando Cristo se siente a reinar en una Jerusalén de oro y gemas, no habrá ídolos ni culto diverso de la divinidad, sino que el Señor será uno, y volverá toda la tierra hasta la soledad, esto es, a su estado antiguo. Y pone los nombres de los lugares desde qué lugar hasta qué lugar ha de ser edificada Jerusalén: desde el collado de Remón (pues esto suena Gabaá, donde está el granado) hasta la región austral de Jerusalén.

Y lo que sigue: Mas Ramá en su lugar permanecerá, mejor lo interpretaron Áquila y los demás, que pusieron: será exaltada; pues Ramá se dice exaltación, conforme a aquel dicho profético y evangélico: Voz en Ramá fue oída, esto es, en las alturas sonó (Mat. 2, 18). Será exaltada, pues, Jerusalén, y será edificada en su lugar antiguo, desde la puerta de Benjamín hasta la puerta que se llama de los ángulos, y desde la torre de Ananeel (no como los griegos y latinos mal leen Anamael) hasta los lagares del rey: lo cual en hebreo está escrito AMMELECH. Y habitarán, dice, en ella, esto es, en Jerusalén; y no habrá más anatema: a saber, ningún miedo de ímpetu hos-

til, ningún temor; sino que se sentará Jerusalén descansando en paz eterna. Estas cosas sueñan los judíos según la letra, y nuestros milenaristas, que desean de nuevo oír: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra (Gén. 1, 28), y por la continencia y breve ayuno de esta vida, se prometen para sí bulbos, y matrices, y aves del Fasis, y el francolín, de ningún modo jónico, sino judío, de quienes verdaderamente puede el Señor decir: No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne (Gén. 6, 3). Pues la carne combate contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gál. 5, 17). Ni nos opondan el Apocalipsis de Juan (Cap. 20), porque también él ha de ser disertado espiritualmente.

Mas nosotros interpretemos la Jerusalén celestial como la Iglesia, la cual, caminando en la carne, no vive según la carne, cuya ciudadanía está en el cielo (Fil. 3). Pues después de que el Señor Jesús haya sido rey sobre toda la tierra, de quien al Padre habla el Espíritu Santo por el Profeta: Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey (Sal. 71, 1); Entonces un solo Señor será, de quien está escrito: Sabed que el Señor mismo es Dios (Deut. 4, 35). Y un solo nombre el suyo, hollada toda depravada religión, conforme a lo que el Profeta canta: ¡Señor, Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! (Sal. 8, 1). Y de nuevo: Magnificaste sobre todos tu nombre santo (Sal. 137, 3). Y en otro lugar: Como tu nombre, Dios, así también tu alabanza en toda la tierra (Sal. 47, 11); de lo cual también habla Habacuc: De su alabanza llena está la tierra (Hab. 3, 5). De cuya

gloria del nombre el mismo Dios habla: Sin mí no conocerás a Dios, y fuera de mi nombre, que ha sido magnificado sobre todos (Is. 44, 8).

Entonces volverá toda la tierra en la que habitaron los judíos hasta el desierto, esto es, hasta el pueblo de las naciones, que antes estaba desierto y no tenía noticia de la Ley: desde Gabaá hasta Remón, esto es, desde el collado hasta lo excelso, porque de la tierra y del desierto a los collados, y de los collados a las montañas nos elevamos. De donde también el esposo en el Cantar de los cantares salta los collados que son menores, y brinca sobre los montes excelsos (Cant. 1), de los cuales está escrito: Montes excelsos para los ciervos (Sal. 103). Mas si queremos tomar Remón como granado (pues de ambos modos se interpreta entre los hebreos), digamos esto: que los confines de la Iglesia comienzan desde los collados, para que todo el orden eclesiástico sea construido, de lo cual arriba dijimos cuando interpretamos el llanto del unigénito y el llanto como de Hadad-rimón. Ni con este confín está contenta la Iglesia, sino que llegará hasta el Austro en luz plenísima, sobre lo cual hace poco expusimos; y ahora por tanto callamos, para no ser molestos al lector inculcando lo mismo demasiadas veces. Y será exaltada la Iglesia que comenzó desde los collados y llegó al mediodía; y habitará en su lugar, de lo cual está escrito: En lugar de pasto allí me colocó (Sal. 22, 1). Desde la puerta de Benjamín, que se interpreta hijo de la derecha, y no hijo de los días, como mal sospechan algunos: pues una cosa es si en la letra NUN, otra si en MEM termina.

Y llegará hasta el lugar de la puerta oriental y primera, hasta la puerta de los ángulos. Desde la virtud empezamos: pues esto significa la derecha; y llegamos hasta la puerta primera, para que por ella entremos a las demás; y enseguida nos sale al encuentro la puerta de los ángulos, donde está la piedra angular, la que reprobaron los edificadores, y ha sido hecha en cabeza de ángulo (Sal. 117, 22). La cual piedra angular conecta ambos muros y reduce a los dos pueblos a uno solo (Ef. 2), de lo cual también habla Dios por Isaías: He aquí que pondré en Sión una piedra angular, elegida y preciosa en sus fundamentos; y el que creyere en él no será confundido (Is. 28, 16). Esta piedra angular quiso que las demás piedras angulares se sobreedificaran sobre ella misma, para que el apóstol Pablo pudiera decir libremente: Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la misma suma piedra angular Cristo Jesús (Ef. 2, 20). A estas piedras no imitan los herejes, que hacen todas las cosas por causa de la gloria y del lucro, y oran en los ángulos de las plazas, dejando la senda recta. Pues todo ángulo rompe la línea recta; y por tanto la meretriz en los Proverbios (Cap. 7), de cualquier modo que queramos tomarla, cuyos pies no descansan en casa, sino que o vaga por fuera o acecha en todos los ángulos de las plazas, cuando ha visto a un joven insensato (pues no invita a quien haya sentido que es prudente y maduro por la vejez, de quien está escrito (Sab. 4, 8): La canicie del hombre es su sabiduría), enseguida le prende, y le besa y le halaga, y le lleva al lupanar, e invita al coito. De-

jemos pues los ángulos fingidos, y pasemos a los firmes y robustos ángulos de Cristo, a los cuales cuando hubiéramos llegado, enseguida nos sale al encuentro la torre de Ananeel, que se interpreta graciosísimo de Dios. Pues ¿qué hay más gracioso que la torre de Salomón? de la cual se dice a la esposa: Como la torre de David tu cuello, que ha sido edificada con baluartes: mil escudos cuelgan sobre ella, todos los dardos de los fuertes (Cant. 4, 4). Esta torre el Señor en el Evangelio (Cap. 14) quiere que sea edificada, calculados primero los gastos y las expensas; Y de la cual se dice a Jerusalén: Hágase la paz en tu virtud, y la abundancia en tus torres (Sal. 121, 7); de la cual también el santo habla al Señor: Me condujiste, porque has sido hecho esperanza mía: torre de fortaleza ante la faz del enemigo (Sal. 60, 4). De la torre de Ananeel llegamos a los lagares del rey, por los cuales también tres salmos tienen título. Y el Señor dice en Isaías: El lagar he pisado yo solo (Is. 63, 3), para que exuberé en ellos nuestra vendimia, y expresemos los racimos, y pisemos los mostos que se enrojecen en la sangre de Cristo; para que bebamos el vino que alegra el corazón del hombre (Sal. 103); Y la esposa desea hablando a los compañeros del esposo: Introducidme en la bodega del vino, poned sobre mí la caridad (Cant. 2, 4). Si tales lagares nos hubieren embriagado, habitaremos en Jerusalén, en la cual no habrá más anatema, a saber, maldición y abominación. De donde dice también el Apóstol: Si alguno no ama al Señor, sea anatema (1 Cor. 16, 22). Y en otro lugar: Nadie hablando en el espíritu de Dios dice

anatema a Jesús (1 Cor. 12, 3). Y por la salvación de sus hermanos desea ser anatema, queriendo imitar a su Señor, que él mismo, no siendo maldición, por nosotros fue hecho maldición (Rom. 9). Mas quitado todo anatema, habitará Jerusalén segura y confiada, y expresando esto en sí misma: El que confía en el Señor, es bienaventurado. Y: Mejor es confiar en el Señor que confiar en el hombre (Sal. 117, 8); de cuya seguridad y confianza hace mención el profeta Jeremías: Bendito será el hombre que confía en el Señor (Jer. 17, 7).

(Vers. 12.) Y esta será la plaga con que herirá el Señor a todas las gentes que combatieron contra Jerusalén. Se consumirá la carne de cada uno estando sobre sus pies, y sus ojos se consumirán en sus cuencas, y la lengua de ellos se consumirá en su boca. LXX: Y esta será la ruina con que herirá el Señor a todos los pueblos que militaron contra Jerusalén. Se consumirán las carnes de ellos estando sobre sus pies, y los ojos de aquellos fluirán de sus cuencas, y la lengua de ellos se consumirá en su boca.

Qué es lo que han de padecer las gentes que lucharán contra la ciudad del Señor, lo atestigua la presente Escritura: Estarán, dice, sobre sus pies, y su carne se consumirá y fluirá, y sus ojos se pudrirán y caerán de sus cuencas; la lengua jactanciosa, que blasfemaba contra el pueblo de Dios, se disolverá en podre, y se pudrirá dentro del vallado de los dientes. Que los romanos que subvirtieron Jerusalén no padecieron estas cosas, es perspicuo para todos: a menos que tal vez los judíos aserten que han de padecerlas aquellas

naciones que han de luchar contra la Jerusalén de oro y gemas.

Mas nosotros diremos que todos los perseguidores que afligieron a la Iglesia del Señor, por callar acerca de los futuros suplicios, incluso en el presente siglo recibieron lo que hicieron. Leamos las historias eclesiásticas, qué padecieron Valeriano, qué Decio, qué Diocleciano, qué Maximiano, qué Maximino el más cruel de todos, y recientemente Juliano: y entonces probaremos por los hechos incluso según la letra, que la verdad de la profecía se ha cumplido, porque se pudrieron sus carnes, y sus ojos se consumieron, y la lengua se disolvió en hedor y podre.

Por lo demás, si por este dicho la crueldad de Dios parece mostrarse a los herejes, oiga que todas estas cosas se hacen para que, al desfallecer los males, crezcan los bienes. Pues el que hubiere estado en el Señor y con el Señor, fluirán sus cosas carnales para que surjan las espirituales, y los ojos que veían mal caerán de sus cuencas, para que otros sean repuestos, que puedan recibir al Señor con el profeta diciendo: A ti levanté mis ojos, que habitas en los cielos (Sal. 122, 1). Y la lengua blasfema por tanto se pudrirá, para que otra lengua nazca, que glorifique a Dios y pueda decir: Mi lengua meditará tu justicia, todo el día tu alabanza (Sal. 70, 15).

De donde también Simeón, recibiendo en sus brazos al Infante y prenunciando las cosas futuras, dice: He aquí que este ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos (Luc. 2, 34), para que las cosas malas caigan y las óptimas sean re-

sucitadas. De donde también el Señor: Para juicio, dice, he venido yo a este mundo, para que los que no ven, vean; y los que ven, se hagan ciegos (Juan 9, 39). No veía el pueblo de los gentiles, y después de la fe de Cristo comenzó a mirar la luz de la verdad, la cual habla por el profeta: El Espíritu del Señor sobre mí, por lo cual me ungió, me envió a evangelizar a los pobres, a predicar a los cautivos la remisión, y a los ciegos para que vean, y sean iluminados con la sabiduría (Is. 61, 1. 2), de la cual está escrito: La sabiduría del hombre ilumina su rostro (Ecl. 8, 1). Y en los Salmos leemos: El Señor ilumina a los ciegos, o hace sabios (Sal. 145). Pues esto significa más *sophoi* [sabios]. Veían los judíos; y porque no quisieron recibir la luz, han sido cubiertos de eterna ceguera.

(Vers. 13, 14.) En aquel día habrá un gran tumulto del Señor en ellos: y prenderá el hombre la mano de su prójimo, y se juntará su mano sobre la mano de su prójimo. Mas también Judá combatirá contra Jerusalén, y se congregarán las riquezas de todas las gentes en el circuito: oro, y plata, y vestidos muchos en abundancia. LXX: Y habrá en aquel día un gran estupor del Señor sobre ellos: y prenderá cada uno la mano de su prójimo, y se adherirá su mano en la mano de su prójimo: y Judá se preparará en Jerusalén, y congregará la fuerza de todos los pueblos por el circuito: oro, y plata, y vestidos muchísimos.

Cuando hubieren sido cumplidos estos milagros, de modo que la carne de los enemigos fluya, se consuman los ojos, y la lengua en la boca de los blasfemos se pudra: entonces habrá un gran

tumulto, o estupor en ellos; pues esto significa ekstasis que los LXX tradujeron: Y prenderá cada uno la mano de su prójimo, y se juntará la mano con la mano de otro, por el temor y el peso de los males que sobrevendrán. También Judá combatirá contra la metrópoli, de lo cual también arriba (Cap. 12) dijimos, y concedida la victoria por el Señor: se congregarán las riquezas de todas las gentes que militaron contra Jerusalén, oro y plata, y multitud de vestidos, que son las cosas más preciosas en las riquezas.

Estas cosas se promete para sí el infeliz Judá, esperando recibir oro, ella que al Señor apreció en treinta monedas de plata. Mas nosotros, siguiendo el orden comenzado, refiramos todas estas cosas a la bienaventuranza de la Iglesia, de que todos los que estuvieren en ella se admiren de la sujeción de los enemigos y de su propia felicidad, y cada uno prenda la mano de su prójimo, para que unan las diestras y sean acoplados por mutua fe y necesidad. Mas lo que leemos en el hebreo: Y Judá también combatirá contra Jerusalén; por lo cual los LXX tradujeron: Y Judá se preparará en Jerusalén, de ambos modos lo tomemos: que Judá que en otro tiempo confesó el nombre del Señor, y coaccionado en las persecuciones persiguió al pueblo de Cristo, también él se convierta a la alegría.

O ciertamente Judá, todo el que confiesa y es fiel, no combata contra Jerusalén, sino que se prepare en Jerusalén para que luche contra los adversarios. Y congregará el mismo Judá las riquezas de todas las gentes en el circuito, oro, y

plata, y vestidos muchísimos. Oro y plata en el sentido y en el discurso a menudo dijimos que se entienden: de donde también los vestidos igualmente debemos tomar, con los cuales la Iglesia de Cristo es decorada, de la cual está escrito: Asistió la reina a tu diestra con vestido de oro, circundada de variedad (Sal. 44, 10). Con cuyos vestidos vestida se alegra la turba de los creyentes y dice: Exultaré en el Señor, porque me vistió con vestidos de salvación, y con túnica de alegría (Is. 61, según LXX). Pues le había dicho el Señor: Te vestí con trichaptois [vestidos tejidos de pelo] y con linos finos (Ezeq. 16). Por trichaptois entendamos vestidos tenues, que son tan bellos y sutiles que parecen ser semejantes a cabellos. Estos vestidos la Iglesia congrega para que tenga con qué vestir a su pueblo, al cual por el verdadero predicador se le preceptúa: En todo tiempo sean tus vestidos blancos (Ecl. 9, 8).

(Vers. 15.) Y así será la ruina del caballo, y del mulo, y del camello, y del asno, y de todos los jumentos que hubiere en aquellos campamentos, como esta ruina. LXX: Y esta será la ruina de los caballos y de los mulos, de los camellos y de los asnos, y de todos los jumentos que hubiere en aquellos campamentos, conforme a esta ruina.

Y estas cosas los judíos contienden que han de cumplirse carnalmente bajo su Eleimmeno [Ungido]. Grande en verdad la fortaleza del Señor, para que caigan en los campamentos de los enemigos los caballos y los mulos, los camellos y los asnos, y todos sus jumentos tal como los hombres habían caído. Gran triunfo, gloriosa vic-

toria, que los animales brutos sean superados combatiendo Dios. Digamos pues conforme a la tropología comenzada: que por eso caigan todos los males que antes lucharon contra la Iglesia, para que los bienes de repente surjan.

Finalmente, el que antes había sido un caballo relinchando tras la mujer de su prójimo (Jer. 5), y era llevado impacientemente a la libido, y yacía en la torpeza de los placeres: cuando hubiere comenzado a seguir la castidad, se le dirá: Levántate, vámonos de aquí (Juan 14, 31). Y: Levántate, ven, prójima mía (Cant. 2, 10). Y en el Apóstol: Levántate tú que duermes, y surge de entre los muertos, y te iluminará Cristo (Ef. 5, 14). Y cuando hubieren surgido los que antes habían caído caballos, y hubieren ofrecido sus blandos lomos al Señor para sentarse, dirán a Dios: Sube sobre tus caballos, y tu cabalgata es la salvación (Hab. 3, 8).

Conforme a este sentido tomemos a los mulos, que son estériles y no procrean hijos, sino que lascivean en el placer; de los cuales el Salmista hace mención: No os hagáis como el caballo y el mulo, en los que no hay entendimiento (Sal. 31, 9). Como pues los que son propensos a la libido son llamados caballos, así justamente llamaremos mulos a los que son vírgenes en la carne y no en el espíritu: que son eunuchizados no por los reinos de los cielos, sino por el placer de los hombres. Cuando pues estos mulos, y estos eunucos, hubieren sido vueltos en pro genie, y procrearen hijos espirituales, oirán por Isaías: Y no diga el eunuco: He aquí que yo soy un leño árido. Pues

esto dice el Señor a los eunucos que hubieren guardado mis sábados, y elegido lo que quise, y mantenido mi pacto: les daré en mi casa y en mi muro un lugar nombrado, y un nombre mejor que de hijos e hijas: un nombre sempiterno les daré que no desfallecerá (Is. 56, 3 y ss.). Tales mulos y mulas tenían los reyes de Israel, y máxime David, que se refiere a Cristo (2 Sam. 13, y 1 Rey. 1).

Si hemos entendido quiénes son los caballos y mulos que caen y surgen, pasemos a los camellos, animal que rumia y no hiende la pezuña (Lev. 11): y digamos que el camello son todos los pecadores de la tierra, que son oprimidos por la pesada carga de los pecados, y les parece leer las santas Escrituras, pero no hienden la pezuña, rumiando las elocuencias divinas y descuidando aquellas cosas que están escritas. Mas más rectamente puede decirse camello al pueblo de los judíos, que también él medita la Ley de Dios, y la rumia y vuelve en su pecho, pero no divide la pezuña, para que crea en el Padre y en el Hijo: y en eso es inmundo, en que de ningún modo separa la letra del espíritu, la sombra de la verdad, y lleva las cargas de la Ley, y oye por el profeta: ¡Ay, nación pecadora, pueblo lleno de delitos! (Is. 1, 4). De esta clase de camello que rumia y no hiende la pezuña, también se dice en los Proverbios como a un hijo: El que deja de guardar la disciplina del padre, meditará elocuencias malas (Prov. 21).

Tras el camello pasemos al asno, que en otro tiempo era llevado sin freno, y era inmundo, y tenía muchos señores, y se deslizaba por precipicios, para que cayendo de repente surgiera, y

llevara al Señor Salvador, e ingresara en la santa Jerusalén, y la turba de los párvulos de los creyentes le recibiera triunfante (Mat. 21 y Juan 12). A este asno se dice que el Salvador ató a la vid y a la viña (Gén. 49, 11), de la cual en los Salmos está escrito: Trasladaste una viña de Egipto, y echaste a las gentes, y la plantaste (Sal. 79, 9). A la cual el mismo viñador habla: Yo te planté viña fructífera toda verdadera (Jer. 2, 21). Todos los jumentos también y animales, que el profeta comprende bajo un solo nombre, han de ser interpretados conforme a las naturalezas de cada uno, y esto conviene más al Hijo de Dios que aquellas cosas que el pueblo de los judíos presume con necia vaticinación.

(Vers. 16.) Y todos los que quedaren de todas las gentes que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año para adorar al Rey, el Señor de los ejércitos, y para celebrar la festividad de los Tabernáculos. LXX: Y sucederá que todos los que hubieren quedado de todas las gentes que vinieron contra Jerusalén, subirán cada año para adorar al Rey, el Señor todopoderoso, y para celebrar la festividad de los Tabernáculos.

Todos, dice, los que quedaren de las naciones que hubieren venido contra Jerusalén, subirán cada año para adorar al Rey, el Señor de los ejércitos, y para celebrar la festividad de los Tabernáculos. Estas cosas también los judíos con vana esperanza las prometen para el futuro en el reino de mil años, de cuya solemnidad este es el comienzo: Habiendo salido el pueblo de Israel de Egipto por la vasta y terrible y ancha soledad, en

la cual no había casa, villa, ciudad, cueva, se hacía para sí tabernáculos y tiendas (que ahora por la semejanza de un pajarillo se llaman pabellones) en los cuales moraran con sus esposas e hijos, y tomaran alimento, y evitaran por el día los ardores del sol, por la noche la humedad, y el frío, y la injuria del rocío; Y se mandó que en el mes séptimo, en el día decimoquinto del mes, se hiciera la solemnidad de los tabernáculos. Y cuando, dice, mañana te preguntare tu hijo diciendo: ¿Qué significan estos tabernáculos? Le responderás: Por mucho tiempo peregrinamos en Egipto, de donde nos sacó el Señor a la soledad, y por eso levantamos tabernáculos, para que nos acordemos de los beneficios de Dios en todo tiempo, cuando hubiéramos empezado a habitar en ciudades (Deut. 6, 20. 21, y Lev. 23, 43).

Preceptuó también que hicieran tabernáculos de madera bellísima, que los judíos llaman cidro, y de ramas de palmeras y frondas de madera densísima, y de sauce y de álamo. Hemos echado los fundamentos de la historia para que desde estos pasemos a las cosas espirituales. Mientras estamos en el progreso y en la carrera y en el combate, habitamos en tabernáculos, esforzándonos con toda la mente en esto: que de los tabernáculos pasemos a una sede firme y estable, esto es, la casa de Dios. De donde también el santo David dice en el Salmo: ¡Ay de mí, que mi morada se ha prolongado! (Sal. 119, 5). Y: Advenedizo soy yo, y peregrino como todos mis padres (Sal. 38, 31). Esto lo dice quien está en Egipto, y todavía situado en el siglo. Mas el que sale de Egipto,

que en hebreo se dice MISRAIM, y se interpreta tribulación; e ingresa en la soledad de los vicios, emprende su camino y dice en el salmo: Pasaré al lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios (Sal. 41, 5). Pues es admirable no querer habitar con los egipcios, sino, sumergido el Faraón, desear entrar en la tierra de la promesa (Éxod. 14).

De donde también en otro lugar habla: ¡Cuán amados son tus tabernáculos, Señor de las virtudes! Codicia y desfallece mi alma en los atrios del Señor (Sal. 83, 1). Y tras un poco: Bienaventurados todos los que habitan en tu casa, por los siglos de los siglos te alabarán (ibíd., 5). Pues voz de exultación y de salud en los tabernáculos de los justos (Sal. 117, 15). Y en los Proverbios encontramos escrito: Las casas de los justos permanecen, y los tabernáculos de ellos, que obran rectamente, estarán en pie (Prov. 2, 21). De las casas, que permanezcan; de los tabernáculos, que han de estar en pie, promete. Dice también en otro lugar el santo varón: Una sola cosa pedí al Señor, esta requeriré: que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida, y vea la delicia del Señor, y visite su templo (Sal. 26, 4).

El que habita en tabernáculos de esta clase, y se apresura a ir de los tabernáculos a los atrios, y de los atrios a la casa, y de la casa al templo del Señor, debe celebrar las solemnidades de los tabernáculos en la madera bellísima de la sabiduría, de la cual se dice en los Proverbios: Leño de vida es para todos los que se acercan a ella, y para los que se recuestan sobre ella como sobre una casa de firmeza (Prov. 3, 18). Y en ramas de

palmeras, en las que se contiene el signo de la victoria y el premio de la virtud, y en frondas de árbol densísimo que los judíos entienden como mirto, por causa de la mortificación de la carne y de las libidines. De donde también al Señor Salvador por los magos se le ofrece mirra en don (Mat. 2).

Y en ramas, dice, de sauce y de álamo, a los que algunos llaman un solo árbol; y el mismo nombre de la madera que en griego se dice agnos [sauz-gatillo], indica castidad. Dicen los médicos, y los que escribieron sobre las naturalezas de los árboles y las hierbas, que si alguno bebiere la flor del sauce o del álamo mezclada con agua, todo calor en él se enfriaría, y la vena de la libido se secaría, y no podría ya engendrar hijos. El que hubiere sido protegido por las ramas de tales árboles, ejerza la festividad de los tabernáculos, pasando el sexto mes, que se refiere al mundo, y en el séptimo celebrando el sábado espiritual, en el decimoquinto día del mismo mes, cuando la luna de la noche está plenísima, y todas sus tinieblas se disuelven por la clara luz. Estas cosas dijimos brevemente, contemplando hace tiempo en el ánimo la magnitud de los libros, para que pasemos a lo demás.

(Vers. 17.) Y sucederá que los que no subieren de las familias de la tierra a Jerusalén para adorar al Rey, el Señor de los ejércitos, no habrá sobre ellos lluvia. LXX: Y será que los que no subieren de las familias de la tierra a Jerusalén para adorar al Rey, el Señor todopoderoso, también estos se añadirán a aquellos.

Por lo que los Setenta tradujeron: también estos se añadirán a aquellos, en el hebreo está escrito: ULO ALEHEM YEJE GESHEM, lo cual Áquila y Símaco y Teodoción interpretaron de modo semejante: y no habrá sobre ellos lluvia. La Iglesia del Señor Jesús es llamada Jerusalén celestial, de la cual escribe el Apóstol: Mas la que es de arriba Jerusalén, libre es, la cual es nuestra madre (Gál. 4, 26); y: Habéis accedido al monte Sión, y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial (Heb. 12, 22).

Y esta Jerusalén no está situada en lugares humildes, sino en un monte excelso, de la cual habla el Salvador: No puede ocultarse una ciudad puesta sobre un monte (Mat. 5, 14). De donde el que ha de adorar al Señor de los ejércitos en Jerusalén, debe subir a las montañas. Mas el que es de las familias y tribus de la tierra, y por tanto no puede adorar al Señor, no habrá sobre él lluvia temprana y tardía, ni su tierra será regada por las lluvias del cielo. O bien, como vertieron los Setenta, los que no subieren de las familias de la tierra a Jerusalén para adorar al Rey, el Señor todopoderoso, serán reputados con aquellos que combatieron contra Jerusalén, y cuya carne se consumirá, y los ojos fluirán, y la lengua se pudrirá.

(Vers. 18, 19.) Y si la familia de Egipto no subiere y no viniere: tampoco sobre ellos habrá, sino que habrá la ruina con que herirá el Señor a todas las gentes que no subieren a celebrar la festividad de los Tabernáculos. Este será el pecado de Egipto, y este el pecado de todas las gentes que no subieren a celebrar la festividad de los Taber-

náculos. LXX: Mas si la tribu de Egipto no subiere, ni viniere allá: también sobre ellos habrá la ruina con que herirá el Señor a todas las gentes que no subieren para celebrar la solemnidad de la escenopegia [fiesta de los tabernáculos]. Este será el pecado de Egipto, y el pecado de todas las gentes que no subieren para celebrar la festividad de la escenopegia.

El que es egipcio, y de las demás gentes, mientras permanezca egipcio y étnico, no subirá a Jerusalén; y porque no puede subir, ni levantar el paso a lo excelso, por eso no habrá sobre él lluvia de la bendición del Señor. Y este pecado será el máximo para el egipcio, el asirio, el caldeo, el sirio, el moabita y el amonita, si no quisieren salir de sus tierras y subir a Jerusalén, para que por los tabernáculos pasen a Jerusalén, y encuentren la casa eterna, y dejen de ser hombres de otras naciones, y se conviertan en israelitas en quienes no hay dolo (Juan 1).

Todas estas cosas que nosotros rozamos con veloz discurso, los judíos y nuestros judaizantes, o mejor no nuestros, porque judaizantes, esperan que sean futuras corporalmente, por cierto prometiéndose para sí tanto la circuncisión como los matrimonios en el imperio de mil años, para que no se cumpla en ellos la maldición que está escrita: Maldita la estéril que no hace simiente en Israel; y: Bienaventurado el que tiene simiente en Sión y domésticos en Jerusalén (Is. 31, 9, según LXX). Lo cual si es verdad, todas las vírgenes que el reino de mil años encontrare, subyacerán

a maldición y esterilidad perpetua: o ciertamente han de casarse para que escapen de la maldición.

(Vers. 20.) En aquel día habrá lo que está sobre el freno del caballo, santo al Señor: y serán los calderos en la casa del Señor como las fiolas ante el altar. Y todo caldero en Jerusalén y en Judá será santificado al Señor de los ejércitos. LXX: En aquel día habrá lo que está sobre el freno del caballo santo al Señor todopoderoso: y serán los calderos que están en la casa del Señor como las fiolas ante la casa del altar: y todo caldero en Jerusalén y en Judá será santo al Señor todopoderoso.

La palabra hebrea MESULOTH, Águila y Teodoción la interpretaron como bython, esto es, profundo; Símaco como peripaton syskion, esto es, paseo sombreado. Solo los Setenta tradujeron chalinon, esto es, freno; a los cuales también nosotros hemos seguido en este lugar, para no parecer que aportamos algo nuevo en una cuestión vulgata. Cuando pregunté a un hebreo qué significaba, me dijo que no debíamos leer MESULOTH, sino MESALOTH, que significa las gualdrapas de los caballos y el ornato bélico, y que excepto en este lugar, en ningún volumen de las sagradas Escrituras se encuentra esta palabra.

Mas el freno en lengua hebrea se llama RESEN, y no MESULOTH, que los LXX tradujeron. Y que el sentido es: En el tiempo de la solemnidad perpetua, y del reino de Jerusalén, pacificados todos y tranquilos, de ningún modo hay necesidad de caballería, que es el género más fuerte de combatientes; sino que todo el ornato y la belleza de las gualdrapas debe ser conferido al culto del Señor.

Esto digan ellos. Nosotros lo profundo de los caballos, y el paseo sombreado o tenebroso, refirámoslo a la ciencia mística, que David también como caballo óptimo se jactaba de tener, diciendo: Las cosas inciertas y ocultas de tu sabiduría me manifestaste (Sal. 50, 8). Y el Apóstol: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! cuán inescrutables son sus juicios, e investigables sus caminos (Rom. 11, 33). De este profundo el profeta clamó al Señor, y él le escuchó. En estas profundidades y tinieblas puso Dios su escondite (Sal. 17): Estas tinieblas y sacramentos divinos ingresó Moisés en la calígene del monte Sinaí, para que viera a Dios (Éxod. 19): De las cuales también David en otro Salmo hablaba: Los juicios del Señor son un gran abismo (Sal. 35, 9). Estos arcanos y esos misterios son santos al Señor, los cuales conocía el evangelista Juan, que se atrevió a decir lo que quizá los ángeles no sabían: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios (Juan 1, 1). Y por eso es amado por el Señor, porque tenía un óptimo profundo; y se había recostado sobre el pecho de Jesús, de donde también había sacado la sabiduría (Juan 21).

Mas si quisiéramos, como tradujeron los LXX, tomar el freno como la palabra de Dios, entendamos en el freno a aquel que refrena de los vicios a los caballos que deliran por la libido, y a los mulos estériles y lascivos, y los coacciona, y no les permite ir por el precipicio, de los cuales se dice: No os hagáis como el caballo y el mulo, en los que no hay entendimiento. Con freno y camón constriñe

las mandíbulas de ellos, que no se aproximan a ti (Sal. 31, 9. 10). De este freno también Santiago habla: En las bocas de los caballos metemos frenos, y todo su cuerpo giramos (Sant. 3, 3), para que a saber caminen por el camino recto, y puedan ofrecer blandos lomos al Señor para sentarse. Tal freno y tal discurso compuesto con variedad de oro y plata, prepara caballos fieros para que el Salvador se siente; y los hace santos, y propiamente consagrados a su culto. Oí a cierto hombre una cosa, dicha por cierto con sentido piadoso, pero ridícula: que los clavos de la cruz del Señor, de los cuales Constantino Augusto había hecho frenos para su caballo, eran llamados santo del Señor. Si esto deba ser así tomado, lo dejo a la prudencia del lector. Nosotros pasemos a los calderos, que han de ser en la casa del Señor como las fiolas del altar. Pues todo caldero en Jerusalén y en Judá será santificado al Señor todopoderoso. Amen los calderos de bronce los que amaron las ollas egipcias, y las carnes, y los melones, y los ajos, y las cebollas, y los pepinos (Núm. 11). Nosotros los calderos judaicos en los que se cocían las carnes de las víctimas, los vertamos en fiolas de aromas ante el altar del Señor, de las cuales la esposa dice al esposo: El hijo de mi hermano descendió a mi huerto a las fiolas de los aromas, a pastar en los huertos y a recoger lirios (Cant. 6, 1). El huerto y el paraíso al que el esposo desciende hacia la esposa, es la lectura de las sagradas Escrituras: de las cuales lirios y violetas y rosas y varios aromas cosecha, para que llene las fiolas de las almas de los creyentes, y derrame al Señor libaciones

de ellas. Tales calderos cuando hubieren sido vueltos en fiolas del Señor, y pudieren decir: Buen olor de Cristo somos (2 Cor. 2, 15), y en lugar de la virulencia de las carnes, hubieren empezado a llevar varias flores de virtudes: entonces serán en Jerusalén y en Judá santificados a Dios todopoderoso, de los cuales más frecuentemente dijimos que Jerusalén expresa la visión de la paz, y Judá al que confiesa.

(Vers. 21.) Y vendrán todos los que inmolan, y tomarán de ellos, y cocerán en ellos: y no habrá más mercader en la casa del Señor de los ejércitos en aquel día. LXX: Y vendrán todos los que inmolén y tomarán de ellos, y cocerán en ellos, y no habrá más cananeo en la casa del Señor todopoderoso en aquel día.

Por cananeo, Áquila interpretó mercader, al cual también nosotros hemos seguido en este lugar. Cuando los calderos hubieren sido vueltos en fiolas, vendrán todas las naciones del circuito, o los que quedaren de todas las gentes inmolando, y tomarán los calderos, y cocerán en ellos las carnes de las víctimas, para que no coman carnes crudas de cordero, sino que hervido todo el humor de las carnes, permanezca lo que por el fuego hubiere sido preparado para comer.

Qué sean las fiolas ante el altar del Señor, en las que los calderos israelíticos se conviertan, ya dijimos arriba, y ahora diremos en parte. Alaba la esposa en el Cantar de los cantares a su esposo: Sus mejillas como fiolas de aromas (Cant. 5). En las mejillas se entiende el discurso, el cual profesado por el Señor, saca varios ungüentos, y tanta

será la fragancia del buen olor que se haga el Señor un látigo de los testimonios del texto de las Escrituras, y eche del templo a los que venden y compran, y les diga: Escrito está: la casa de mi Padre, casa de oración será llamada para todas las gentes; mas vosotros la habéis hecho casa de negociación (Mat. 21, 13).

Algunos aquello que está escrito en Daniel, aunque en el hebreo no se lea: Simiente de Canaán, y no de Judá (Dan. 13, 56): y lo que por el profeta Oseas se dice de Efraín: Partícipe de los ídolos Efraín: se puso escándalos, provocó a los cananeos: fornicando fornicaron (Os. 4, 17. 18), lo coaptan a este lugar, y quieren que todo fornicador sea llamado cananeo y extranjero, al cual asertan que ha de ser quitado de la casa de Dios.